

DOS HORAS DE TERTULIA



XISTE en la calle de Toledo, frente á la colegiata de San Isidro, una casa de severo aspecto y en buen estado de conservación, á quien las tiendas de diferentes tráficos y comercios que, con arreglo á las necesidades de los tiempos, se han ido abriendo en su planta baja, quitan en gran parte el aire aristocrático que sin duda quisieron darle sus fundadores.

Con efecto, el águila imperial de piedra berroqueña que autoriza sus umbrales, lo ancho del zaguán, la distancia entre uno y otro hueco exterior y la elevación y amplitud de sus pisos es seguro indicio de que se atendió al construirle más bien al decoro de sus huéspedes que á la utilidad material del propietario.

Razón habría para calificar su arquitectura como de la escuela de Villanueva ó de D. Ventura Rodríguez, mas no me detendré en probarlo á riesgo de escatimar espacio á los sucesos que, con ayuda de Dios, me propongo referir, añadiendo, sólo por incidencia, que la tal casa llevaba el nombre del Duque de la Roca en los años de mi narración.

Poco más ó menos, en la primer década del siglo actual vino á partir lindes en el desahogado entresuelo del edificio la fábrica de naipes del Sr. Castellanos con el establecimiento

tipográfico de D. Miguel de Burgos (entonces se llamaba imprenta simplemente), y allí continuaba en 1835, época del presente relato. Más adelante se inauguró en el piso principal la *Academia filarmónica matritense*, que no dejó de tener importancia en aquellos tiempos por los excelentes conciertos musicales que en ella se verificaban, y aun sostuvo rivalidad afortunada con el *Liceo artístico y literario*, de gloriosa memoria. Del resto del edificio no hay para qué averiguar el destino.

Era el D. Miguel de Burgos varón especial por su carácter y circunstancias. Alto de cuerpo, enjuto de carnes, ralo de cabellos, de ojos pequeños y mirada penetrante é investigadora, revelaba su aspecto el hombre positivo y firme en sus resoluciones. Nacido en un pueblo de la Rioja, se dedicó en la corte al arte de imprimir, en el que hizo adelantos fundamentales, superiores á los verificados por Ibarra y los dos Sanchas. A él se debe la supresión de las *balas*, usadas para extender la tinta sobre los moldes desde el origen de la imprenta, reemplazándolas por los *rodillos*, cambio que le ocasionó no pocos disgustos con los operarios opuestos á la innovación.

Viajó por Francia é Inglaterra, conservando por las costumbres de la última gran simpatía. De ingenio claro y constante amor al estudio, fué literato original, sin maestro alguno, ni copiar de nadie, algo amanerado en su estilo, aficionado en extremo al arcaísmo, y tan aferrado en sus ideas, que tuvo la desgracia, que no sé si él contaría como lauro, de ver prohibidas, aun en las épocas de mayor libertad, casi todas sus obras.

Las *Cartas de la Reina Witinia*, libro raro á la sazón y apreciable por las consideraciones que encierra, en vista de los hechos, le alcanzó fama notoria, á pesar de la prohibición. Abraza la época de 1820 á 1822 inclusive, juzga los acontecimientos, el carácter de las personas reales, y aun del pueblo español de entonces, sin detener su crítica ante lo inviolable. Todo encubierto bajo transparentes alusiones, que no impiden adivinar en la Princesa sajona Witinia, supuesta autora de las cartas á una hermana suya, á D.^a María Josefa Amalia, tercera esposa de Fernando VII.

Publicó asimismo una tragedia en verso libre, bajo el título de *Vasconia salvada*, prohibida también por sus juicios atrevidos acerca de las varias formas de gobierno puestas en cuestión al tratar de constituirse la Nación española, con motivo de la invasión sarracena.

Tradujo la *Merope* de Voltaire, y por último, dió á luz un tomo en octavo con el epígrafe *Adición á la obra El incrédulo desengañado y el cristiano afirmado en la fe*, en que el autor hace alarde de sus sentimientos religiosos, recapitulando las desgracias de Napoleón I, como consecuencia de haber sido uno de los tres personajes célebres que han intentado en vano restablecer la nación judaica, y fueron considerados por aquella familia reprobada y proscrita como sus anhelados Mesías.

Otros muchos escritos se debieron á su pluma en periódicos y folletos; pero basta los indicados para formar juicio cabal del espíritu independiente que tanto contribuyó para elevar á Burgos al principio en alas de la fortuna, como á la postre reducirle á morir en la escasez.

Ansioso de reformas y adelantos, hay motivos para creer que las primicias de sus opiniones políticas fueron consagradas al gobierno de los Bonaparte, engañado por aquel aparato de Imperio teatral, como tantos otros españoles de mérito; mas posteriormente fué constante en el liberalismo, conservando siempre su particular criterio, que le hacía aparecer intransigente con los diversos partidos, si bien estrechase amistad íntima con hombres notables en todos ellos.

Un rasgo pintará su carácter.

Siendo individuo de la Diputación Provincial, asistía por obligación de su cargo al acto de desmontar la pedrería de las alhajas recogidas con los templos por orden del Gobierno Mendizábal. Viendo cierta mañana que la operación verificada en una corona de Nuestra Señora de la Almudena sólo producía largo tiempo perdido y unas hojuelas de diamantes, que fuera de su engaste carecían de valor, preguntó al platero cuánto valdría cada piedra.

—Unos dos reales y medio—le fué respondido.

—Bien poco es—contestó Burgos,—para una hora que nos

cuesta á cada uno de los doce que estamos aquí desatendiendo nuestras obligaciones.

Decir esto y volver la espalda para nunca más autorizar semejante manipulación, fué cosa del momento.

Dando de mano á noticias biográficas, paso á hilvanar los recuerdos de una de las tertulias reunidas habitualmente después de anocheado en el despacho de D. Miguel. A ellas concurrían, por lo común, hombres de alto concepto por su historia política, su eminente saber y grandes servicios, ya con objeto de corregir pruebas de las obras que de ellos se imprimían en el establecimiento, adquirir noticias del día, ó por lo menos entretenerse en sabrosa plática literaria hasta la hora de las nueve.

Hacíales coro, sirviendo como de echamano, un mozuelo barbilindo, preferido del dueño de la casa, hasta el punto de acompañarle á tomar chocolate, que tanto servía de intermediario entre la imprenta y aquellos señores, dándoles cuenta del estado de sus ediciones, como se enteraba de las advertencias que acerca de ellas les pluguiera hacer, llevándoles la pluma en muchos casos, resolviendo cualquier dificultad tipográfica, ó desempeñando la plaza de lector, si el curso de la conversación demandaba consulta de autoridad acreditada en la materia.

Era de ver la presteza con que el tal mozalvete trepaba por una escalerilla de mano en busca del libro conveniente, indicado quizá por él mismo, pues debe saberse que nadie mejor conocía la colocación de los volúmenes encerrados en los estantes que guarnecían el aposento, así como su contenido, gracias á sus instintos de ratón de biblioteca, unidos á las amplias facultades que el dueño le otorgó siempre para satisfacer su afición.

Y todo esto en silencio, atentó á las preguntas y breve en las contestaciones, sin emitir su opinión, á no ser requerido con instancia, según cumplía á su edad y merecimientos.

Una noche del mes de diciembre, bien me acuerdo (supongamos que es el mozalvete quien habla), los tertulianos rodeaban la gran mesa central cubierta de papeles; una ancha copa de azofar llena de lumbre difundía su calor suave, y la

luz del quinqué dejaba en la penumbra la parte superior de la estancia, resaltando en el fondo de la habitación un excelente grabado que representaba á Bonaparte en el Consejo de los Quinientos el 18 Brumario.

Burgos y el Conde de Toreno sostenían animada polémica acerca de las cualidades del favorito D. Manuel Godoy, cuyas memorias escritas por él mismo, se anunciaban próximas á publicarse.

—No trataré, Sr. Conde—decía el primero,—de formar de Godoy un héroe del siglo, bastante á cambiar la faz de su nación; esto es dado á muy pocos y en pocos países, y se crían en raras y extraordinarias circunstancias; pero hay mucha diferencia entre no ser un héroe y ser un famoso criminal. Y bien puede probarse que si Godoy no fué lo primero, está muy lejos de merecer reputación de lo segundo.

—Del cargo de traición contra su patria para meterla so el yugo de Napoleón—replicó el Conde de Toreno,—yo mismo le defiendo, y sería injurioso y absurdo cuestionarlo; mas nunca se le perdonarán sus convenios solemnes con Francia, perjudiciales y vergonzosos, primer origen de la ruina y desolación de España; su ambición desapoderada, que le hizo eclipsar la majestad real. ¿Y cuáles fueron los servicios para tanto valimiento; cuáles los singulares hechos que le abrieron la puerta y le dieron suave y fácil subida á tal grado de sublimada grandeza? Pesa el decirlo, pero no es menester, pues se hallan en la conciencia de todos. Recuérdese el efecto que en los oídos del pueblo español hicieron los versos pronunciados por el inimitable Máiquez cuando se estrenó el restaurado teatro del Príncipe con la representación primera del *Pelayo*:

«No lo dudéis: los vicios, la insolencia
de Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
y, ya la copa de su enojo llena,
abrió la mano, y la vertió en los godos,
que tan torpes escándalos sufrieran.»

—Insinuaciones que fueron acogidas del vulgo, siempre propenso, como dice Jovellanos, á achacar á los que mandan los males que no quisiera sufrir.

—Nunca serán vulgaridades los cargos hechos á D. Manuel Godoy de haber permitido al extranjero introducirse á mano armada en nuestro país, entregándole antes nuestras escuadras y ejércitos—añadió el Conde.

—Convengamos—terció diciendo D. Alvaro Flórez Estrada, allí presente—que si Godoy no fué un malvado, ocasionó los desastres que siempre suscita un ambicioso ignorante elevado al poder, pues en política las faltas son de peores consecuencias que los delitos. Hoy cabalmente conmemora Madrid la capitulación con los franceses que la torpeza del favorito trajo como por la mano.

—¡Fecha gloriosa, como todas las de la guerra de la Independencia!—exclamó el General D. Evaristo San Miguel—pues gloria es en una población abierta, sin elemento ninguno de defensa, haber detenido al triunfador de Europa. Veamos qué dice acerca de esto en su *Historia* el Conde de Toreno, que á fe me conviene refrescar la memoria para mejor escribir mi *Revista militar*.

Trájose el libro, y el mozuelo lector leyó de la siguiente manera:

«Amaneció el 3 (diciembre, 1808) cubierto de niebla, la cual, disipándose poco á poco, aclaró el día á las nueve de la mañana y apareció bellísimo y despejado: Napoleón, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atención por las puertas del Conde-Duque y Fuencarral hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la Fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la Veterinaria, cayeron algunos tiros junto al Emperador, que diciendo: «Estamos muy cerca,» se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga que quería meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda á la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron, por lo general, sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se había apostado en las casas de Brin-

gas, allí contiguas. También hubo entre la del Conde-Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en el que fué herido en un pie con una bala el General Maisón. Mas el Retiro, cuya eminencia, dominando á Madrid, es llave de la posición, fué el verdadero y principal punto de ataque. Los franceses, ya en tiempo de Murat, habían reconocido su importancia: los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habían esmerado en fortificarle.

»Treinta piezas de artillería, dirigidas por el General Senarmont, rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores, que no eran sino paisanos, y un cuerpo levantado á expensas de D. Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boquerón, por donde entraron sus tiradores y la división del General Villate. Entonces los nuestros decayeron de ánimo, fueron ahuyentados, y los franceses, derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquéllas habían sido escavadas, en la parte más elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero, que los robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la Escuela de Mineralogía de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y de penosa tarea.

»La pérdida del Retiro no causó en la población desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá, en donde fué muerto el General francés Bruyere. Castelar, en tanto, respondió á la segunda intimación, pidiendo una suspensión de armas durante el día 3, para consultar á las demás autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podía resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al General francés, é invadido el Retiro, desistió Napoleón de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio más suave y seguro de una capitulación. Pero para conseguirla mandó al de Neufchâtel que diese á Castelar una réplica amenazadora, diciendo: «Inmensa artillería está preparada contra la villa, minadores se disponen para volar sus

principales edificios... las columnas ocupan la entrada de las avenidas...; mas el Emperador, siempre generoso en el curso de sus victorias, suspende el ataque hasta las dos. Se dará á la villa de Madrid protección y seguridad para los habitantes pacíficos, para el culto y sus ministros: en fin, olvidado de lo pasado. Enarbólese bandera blanca antes de las dos y envíense comisionados para tratar.»

»La junta establecida en Correos mandó cesar el fuego y envió al cuartel general francés á D. Tomás de Morla y á D. Bernardo Iglesias. Avistáronse éstos con el Príncipe de Neufchâtel, quien los presentó á Napoleón, vista que atemorizó á Morla, hombre de corazón pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleón le recibió ásperamente, echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailén, sus contestaciones con Dupont, y hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellón. Por último, díjole: «Vaya V. á Madrid, doy tiempo para que se me responda, de aquí á las seis de la tarde, y no vuelva V. sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo, usted y sus tropas serán pasados por las armas.»

»Demudado volvió á Madrid el General Morla y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comisión. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, más sereno, aunque anciano y no militar: hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinión de la entrega. El Marqués de Castelar, no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche con la poca tropa que había, camino de Extremadura. También y antes el Vizconde de Gante, que mandaba la puerta de Segovia, salió subrepticamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia.

»A las seis de la mañana del 4, D. Tomás de Morla y el Gobernador D. Fernando de la Vera y Pantoja, pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la capitulación. Napoleón la aprobó en todas sus partes con cortísima variación, si bien se contenían en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

»El General Belliard, después de las diez del mismo día, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesión de los pun-

tos principales. Sólo en el cuartel de Guardias de Corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fué menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

»Silencioso quedó Madrid después de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Sólo hubo de su parte falta de valor y deshonoroso proceder. Murió años después ciego, lleno de pesares y aborrecido de todos.

»Consiguióse con la defensa de Madrid, si no detener al ejército francés, por lo menos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitía á Napoleón y á su hermano. Respecto de lo cual, oportuna, aunque familiarmente, decía Mr. de Pradt, capellán mayor del Emperador, primero Obispo de Poitiers y después Arzobispo de Malinas, «que José había sido echado de Madrid á puntapiés y recibido á cañonazos.»

En silencio profundo oyó Burgos la lectura; mas apenas terminada, parecía faltarle tiempo para decir:

—¡Vanos esfuerzos! Sólo la omnipotencia de Dios era capaz de vencer el formidable poderío de Napoleón. Y ésta le venció cuando se revolvió contra ella. Escuche V., Sr. Conde, lo que tengo dicho acerca de este punto en la adición al *Incrédulo desengañado*.

La dominación de Bonaparte no estribaba solamente en el peso de las armas ni en el número y aparejo de sus ejércitos, ni en la maestría de su dirección y acaudillamiento; consistía más en la fuerza de la opinión, que por todas partes llevaba la fama, no con una, sino con miles de trompetas, y que como precursora diligente le preparaba los caminos y allanaba los pasos. Todo cedía ante las águilas victoriosas que tomó por divisa del que llamaba *ejército grande del grande Imperio*, á cuya capital, París, comenzó á dar el nombre de *sagrada*. Cuando él declaraba la guerra y marchaba al frente de sus tropas, los ejércitos contrarios peleaban con desconfianza y desaliento, los Generales con deslealtad; las plazas de armas le abrían las puertas y los habitantes le salían al encuentro; las monarquías pequeñas imploraban su soco-

ro, las medianas solicitaban su alianza y sus enlaces, las poderosas codiciaban su amistad y su benevolencia; los ejércitos de los demás Estados imitaban ó adoptaban sus uniformes, organización, insignias y divisas, que han prevalecido y prevalecen hoy y observan su táctica; sus Generales se presentaban erguidos y arrogantes delante de los Monarcas; militares tibios y desleales á sus Gobiernos servían bajo sus banderas con un celo y una lealtad á toda prueba. Las ciencias y las artes concurrían á porfía con todo su esmero y esplendor á tributarle homenajes, alabanzas y adoraciones. Aun lo que destruía se presentaba con el colorido de la ventaja social y de una prudencia providente. La tragedia *Blanca y Montcasín*, que frecuentemente se repite en nuestros teatros (1), se escribió para adularle por la destrucción del Senado y República de Venecia, que se presentan allí con caracteres abominables. Casimiro de Lavigne, en su *Marino Faliero*, se ha propuesto en nuestros días el mismo objeto, y recientemente el romántico Víctor Hugo acaba de presentar en su *Tirano de Padua* al Gobierno y magnates venecianos con coloridos y caracteres infernales y endemoniados, para que las futuras generaciones bendigan la mano del varón fuerte y bienhechor que les quitó el poder y la existencia.

¿Qué más diremos de este mortal?... Que los judíos de todo el orbe, creyéndole rodeado de la gloria y la majestad que debe acompañar al Mesías que aguardan, se le acercan, le acatan, le halagan, le imploran, le celebran; y él, presumiendo sacar partido de la terquedad y del extravío de esos infelices y atraer á la Francia sus intereses y recursos, los alucina, los adula y los congrega prometiéndoles patria, ciudadanía, leyes, derechos, Gobierno y templo.

Todo el tiempo que duró el reato de atentados y chabacanerías inconcebibles contra la independencia de España, anduvo Napoleón en tratos y concordias con los judíos; ya iba á pronunciarse contra las profecías; ya se acercaba el día 17 de julio de 1808 que debía ser el en que se estrellase chocando contra las determinaciones del Sér Supremo. En este

(1) No se olvide que esto se decía hace muchos años.

día, en Marrac, quinta perteneciente á un judío, inmediata á Bayona, firmó el decreto para la reunión del gran Consistorio central ó Sanhedrín de los judíos, y para el restablecimiento de la nación que debe andar siempre proscrita, dispersa y errante en castigo de su deicidio y obstinación, y para testimonio perenne de la cólera del Señor.

¡Venid, incrédulos, negad la obra y la mano del Altísimo! Ved á Napoleón Bonaparte, el no vencido, dando patria y ciudadanía á los judíos en 17 de julio de 1808, y volved vuestra atención á los campos de Andújar y Bailén desde este mismo momento: allí están los débiles é inespertos peleando con los robustos, los aguerridos, los probados en mil batallas siempre ganadas, y que no sabían qué cosa era volver la espalda al enemigo; allí veréis rendida la disciplina y la táctica más sublime á los primeros rudimentos y á la impericia; contemplad esos dos campamentos en el día 19 y decid si la mano de Dios hiere ó no hiere al que ha osado quebrantar sus decretos desde el instante mismo que los ha traspasado; decidid si puede realizarse la rendición de los ejércitos de Dupont y Vedel sin que la diestra del Altísimo esfuerce y conforte á sus contrarios. ¡Castaños! ¡modesto Castaños! Tú que andas hoy entre nosotros; dinos de dónde si no de tu religiosidad sacaste esfuerzo para luchar con el gigante que parecía que con sólo descargar su brazo había de dejarte sumergido en las entrañas de la tierra. Tú sorprendiste al mundo, y no será tu menor timbre el haber indagado Bonaparte con curiosa inquietud y diligencia tu carrera, estudios y prendas, cuando el 27 de julio le llegó la noticia de que por primera vez de su vida se había vencido tan completa y decisivamente el más escogido y vanaglorioso de sus ejércitos por tu diestra y bajo tu dirección. La Europa aterrorizada cobró ánimo por tí, con tu hazaña, por tu ejemplo; hiciste ver que las tropas de Bonaparte no eran invencibles como se creía; atreviéronse muchos á hacerle la guerra de nuevo; sobrevínole al mismo tiempo el descrédito; los parciales uno tras otro se le convirtieron en contrarios; la Providencia le hace caer á cada paso de extravío en extravío, de desatino en desatino.

Trazas llevaba Burgos de continuar su disertación, después de haber tomado un punto de respiro, á no detenerle el Conde de Toreno diciendo á su vez:

—Habla V. perfectamente, pero discurre bajo un principio falso. Cierto es, sin género de duda, que nada sucede en el mundo sino por ordenación divina; pero también es indudable que las acciones son de Dios, la intención, buena ó mala, de los hombres. Dios manda el bien, y si permite el mal como un hecho, es para salvar el libre albedrío, pues Él mismo ha dicho: *Ante tí tienes el fuego y el agua: elige lo que quieras: así tu perdición vendrá sólo de ti.* Por consecuencia, si la intención de Napoleón hubiera sido buena, Dios no hubiese escogido sus acciones para castigo de los pueblos, ni hubiera designado al nuestro para humillar al tirano á no ser sus intenciones dignas por lo heroicas de contribuir á los altos fines de la divina justicia.

—Lástima es—interrumpió Flórez Estrada—que anden ustedes por las ramas para explicar los graves sucesos ocurridos en el mundo desde fines del siglo anterior, cuando tan fácil se encuentra la solución en la lucha constante entre el bien y el mal, origen de cuanto sucede.

—¡Fuego al maniqueo!—prorrumpió San Miguel, haciendo ademán de aplicar una luz á los cabellos de su interlocutor.

—Tenga V. la mano, D. Evaristo, y suspenda el auto de fe, hasta darme tiempo para decir á Burgos, por si le conviene rectificar su opinión acerca de los poco envidiables triunfos que en nuestro país alcanzó Napoleón, que en buena lid y campo abierto hicieron prisionero los españoles á un Rey francés de los más batalladores, teniéndole guardado en la torre de los Lujanes, donde no vinieron á buscarle sus paladines, esperando pacientes que los tratados, que no cumplió ciertamente, se le restituyesen, y por el contrario, otro Rey español, menguado de ingenio y sin haber visto nunca más fuego que el de las chimeneas de su palacio, fué llevado á Francia con engaños y trapacerías, donde los españoles fueron á buscarle á tambor batiente y banderas desplegadas.

—Ha cometido V. una inexactitud histórica, lamentable en su mucho saber—replicó San Miguel.

—Si el error es cierto, tendré cuidado en adelante con mis citas cuando aventure alguna delante de tan eminente maestro.

—No es necesaria mucha erudición para saber que Francisco I nunca estuvo preso en la torre de los Lujanes. Por tradición vulgar, sin fundamento, se creía que al Monarca francés sirvió de prisión en Madrid el antiguo edificio que se alza en la plazuela de la Villa frente á la casa municipal, y aun se enseñaba con misterio una pequeña puerta que se abre en la calleja inmediata á dicha torre, asegurando que por ella salía el Monarca prisionero á nocturnos devaneos y novelescas aventuras; mas hoy con mayor criterio y sin gran trabajo de investigación se ha puesto en claro que únicamente el Alcázar Real sirvió de prisión al Rey vencido en Pavía.

No es única esta inexactitud histórica acogida cual moneda corriente.

Desde principios del siglo, sin más interrupción que la invasión francesa, el P. Guadalupe enseña á los curiosos todas las preciosidades del Monasterio del Escorial, empleando para ello una relación rutinaria sin duda trasmitida por su antecesor *cicerone*. Al llegar al ángulo de la derecha de la silla prioral del coro, «esta es la silla, dice en su tono cadencioso y acompasado, que solía ocupar el Rey Felipe II durante los oficios divinos, y en la que se hallaba sentado cuando recibió la fausta noticia del triunfo de Lepanto, sin que S. M. interrumpiese el rezo, ordenando cantar el *Te-Deum* después de concluído.»

No pude contenerme cuando escuché semejante cosa, sin rectificar al sencillo relator, diciéndole: — P. Guadalupe, no vuelva V. jamás á ser órgano de esa inexactitud estupenda. En 23 de abril de 1563 se puso aquí la primera piedra; á 7 de octubre de 1571 fué el magnífico triunfo alcanzado en Lepanto por D. Juan de Austria, y hasta el 9 de agosto de 1586, en que se cantaron las vísperas en San Lorenzo, nadie pudo realmente asistir á los oficios divinos dentro de este suntuoso templo, ni desde el coro, ni desde parte alguna.

El P. Guadalupe oyó con mansedumbre la advertencia

afectuosa, pero creo que la falsa noticia seguirá corriendo como cierta.

De que Blasco de Garay aplicó el vapor á la navegación por junio de 1543 á la vista de toda Barcelona y antes que otro alguno, se halla la primera noticia en la introducción apreciablesima de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, del erudito Sr. D. Martín Fernández Navarrete. Con fundamento lo divulgó por indudable, pues el Sr. D. Tomás González tenía reputación de formal, y se lo había comunicado en carta de 27 de agosto de 1825 desde Simancas, no sin el aditamento de que así resultaba de los expedientes y registros de aquel archivo famoso. Con esto nadie puso en duda la primacía del invento á favor de Blasco de Garay; pero años adelante se puso muy en claro con auténticos y copiosos documentos que todo él se reducía en suma á poner ruedas á las bordas de los buques, movidas interiormente por mayor ó menor número de hombres asidos á cigüeñas ó manubrios y cuyos rayos hacían las veces de remos.

Otra inexactitud más y concluyo.

En las historias de Ávila se habla de las *Hervencias* ó *Fervencias*. Referente es la tradición á los primeros años del reinado de D.^a Urraca y á los días en que su esposo D. Alfonso el *Batallador* vencía á los guardadores de su entenado el niño Alfonso en Viadangos. Según la *Historia Compostelana*, desde allí se retiraron á Orcejón con el Príncipe los vencidos y después á Galicia; y la sana crítica lo debe reconocer de este modo, porque en Galicia era donde tenían pujanza y ascendiente el Obispo D. Diego Gelmírez y Conde Pedro Floraz de Traba, que se disputaban su custodia. Pero la tradición supone que de Viadangos fué traído á Simancas y de Simancas á Ávila el niño Alfonso; que á poner sitio á la ciudad vino su padrastro; que desde la torre ó el cimborrio de la catedral se lo enseñaron los vecinos, en muestra de que le guardaban leales, y que ofendido el *Batallador* de que no le pusieran en sus manos, al punto dispuso que fuesen degollados algunos caballeros de Ávila que tenía en rehenes, y hervidas además sus cabezas, de donde provinieron la deno-

minación de las *Hervencias* tan decantadas y las armas concedidas á la ciudad por el hijo de D.^a Urraca, donde se figura un Rey asomado á lo alto de una torre.

Esto se vino creyendo y autorizando hasta que no faltó quien probase que no existe el privilegio original por el cual se supone que Alfonso VII dió á la ciudad de Ávila sus armas, que aquel Monarca no estuvo en Ávila siendo niño, ni salió de Galicia y sus confines, y por tanto, la tradición de las *Hervencias* es una fábula mal forjada en el siglo XVI, enteramente contraria á la verdad y á la cronología (1).

—Basta de lección, señor pedagogo—interrumpió Flórez Estrada en tono amistoso,—que también por acá sabemos algo de errores y preocupaciones históricas, sin embargo de la inexactitud que confieso haber cometido; pero las dejo correr, excepto en casos muy especiales, como tan admitidas dentro de España y fuera mucho más, y tan divulgadas y aun originadas por autores de fama, que oponerse á ellas casi parece efecto de humor atrabiliario; por ejemplo, historiador hay de general reputación que se ha lanzado á decir, con mucha formalidad, que teniendo Aníbal precisión de abrirse paso por los Alpes, pensó hacerlos disolver con vinagre, y aun en nuestros días se encuentran lectores bastante enemigos de todo género de reflexión para admitir un hecho de esta naturaleza. ¡Cuánto consumo de vinagre! ¡Desgracia tuvo Napoleón en ignorar tan sencillo medio cuando cruzó por aquellos montes!

Existen dos manantiales eternos de error: la credulidad, que es el más fecundo, y la incredulidad ante lo racional, contra la que es preciso vivir siempre precavido. Bajo el tes-

(1) Para resolver estas dudas históricas en el sentido que aparece he condensado los datos que tratando de ellas suministran los Sres. Ferrer del Río, Laso de la Vega y Tro y Ortolano. Con respecto á las *Hervencias*, sostuvieron una animada y discreta polémica, no hace mucho, los Sres. Lafuente y Carramolino, negando el primero y sosteniendo el segundo la verdad de la tradición. Sin embargo de la docta competencia del respetable Sr. Carramolino, y á despecho de la íntima amistad que con él me unió, debo confesar que sus razones dejan en pie las de su adversario.

timonio de Descartes han demostrado los geómetras hace mucho tiempo que era imposible que Arquímedes hubiese incendiado la flota romana con un espejo ustorio, y las experiencias de Buffón han probado que era nada menos que impracticable.

¿Quién no ha oído hablar de Belisario, ciego y reducido á mendigar el pan diciendo: Dad un óbolo á Belisario? ¿Quién al saberlo no se conmueve deplorando este ejemplo de la ingratitud de los Príncipes y de la inestabilidad de las grandezas humanas? La poesía, la música, la pintura y la filosofía, han convertido en patrimonio suyo este grande hecho histórico, y después que lo han acreditado de todas las maneras posibles, se averigua hoy que no es más que un cuento bonito. Es la verdad del caso que próximo ya al término de su carrera, fué acusado Belisario de fraguar una conspiración y le confiscaron los bienes; pero ni quedó ciego ni en situación de mendigar. Reconocido inocente al cabo de siete meses, recobró su fortuna y la confianza del Emperador. Parece que á su historia se la confunde con la de otro favorito de Justiniano, llamado Carpocraciano, que habiendo caído en desgracia, fué desterrado á Egipto, donde, en efecto, se vió precisado á mendigar el pan.

¿Dónde iríamos á parar si fuésemos recordando los dichos célebres atribuídos á personajes históricos que jamás los han pronunciado? Me ceñiré, pues, á algunos, y entre ellos el tan célebre de Francisco I, después de su prisión, origen de nuestra polémica: *Todo se ha perdido menos el honor*: tal es la carta de sublime laconismo que se supone escribió el Rey francés á su madre después de la batalla de Pavía. Sin embargo, el texto mismo de la carta, encontrado en los registros manuscritos del Parlamento, dice así, al comenzar, pues lo demás ni viene al caso ni lo recuerdo literalmente:

«Para daros cuenta de cómo se ha colmado la medida de mi infortunio, basta decir que de *todo sólo me ha quedado el honor y la vida.*»

Otro Rey de Francia, Felipe de Valois, se presentó á la puerta del castillo de la Broye, después de perdida la batalla de Crecy, y al preguntarle desde la muralla quién era, res-

pondió con estas palabras, que se hallan escritas en la mayor parte de las historias de aquel país: «Abrid, abrid, castellano, *es la fortuna de la Francia.*» La contestación no carece de grandeza, pero sin duda se había leído mal el manuscrito, que dice sólo: «*Es el desgraciado Rey de Francia.*» Se atribuye al Presidente Matthieu Mole esta frase: «*Hay mucha distancia del puñal de un asesino al pecho de un hombre honrado,*» mientras que se limitó á decir: «*¡Cuando me hayáis muerto, sólo necesitaré seis pies de tierra!*» A los cumplidos y elogios que se dirigían al abad Edgeworth por las sublimes palabras de *¡Hijo de San Luis, subid al cielo!* cuando auxilió en el cadalso á Luis XVI, contestó el heróico sacerdote con una sencillez que no carece de mérito, que «estaba demasiado conmovido en aquel instante para decir semejante cosa.» El pueblo y los que pretenden causar efecto con sus escritos, son, por lo común, los que inventan esas palabras históricas, no comprendiendo que en circunstancias críticas se avviene mal el pensamiento á formar períodos académicos. ¿No hicieron, por ejemplo, un perjuicio al bravo general Cambronne, que cayó prisionero en la batalla de Waterloo, atribuyéndole aquellas sentenciosas palabras de «*la guardia muere, pero no se rinde,*» en vez de la exclamación enérgica y militar con que acogió la proposición de rendirse?

Pero no bastaba sólo inventar frases, sino que era preciso crear personajes históricos. No diré nada acerca del Judío Errante, aunque afirme su existencia el benedictino Matthieu Paris, escritor inglés del siglo XIII, que tomaba esta historia de un Obispo armenio, que había visto al Judío y hablado con él, sino que me limitaré á citar en comprobación de lo que debe desconfiarse de ciertas historias, á la papisa Juana. Damos la preferencia á este hecho, porque es la prueba más palpable de que la mentira y la credulidad no retroceden ante nada, pues se concibe bien la invención de algún personaje oscuro; pero colocar una mujer en el trono mismo de San Pedro y hacer parir á este Papa de nueva especie en plena iglesia ó procesión, conduce á imaginar que lo absurdo y disparatado tiene privilegio á ser creído con preferencia cuanto más irracional se presente.

Pues bien; este hecho más que inverosímil, está confirmado sesenta años después de la muerte de la supuesta papisa, por un monje de la diócesis de Beauvais, llamado Rodolfo. Marianus Scotus dice positivamente en su crónica: «A León IV sucedió Juana, mujer, durante dos años, cinco meses y cuatro días.» Y téngase entendido que Marianus fué un sabio teólogo, gran partidario de la Silla apostólica. Sigeberto de Gemblours, monje que vivía en el siglo XII, un siglo después que Marianus, da otros pormenores, y pretende que para ahogar el escándalo se convino en borrar á Juana de la lista de los Papas. Las mismas circunstancias refieren otros dos Obispos contemporáneos de éste y también Godefroy de Viterbo en su *panteón* y Martín de Polonia, que había sido penitenciario de Juan XXI y de Nicolás III, que le dió el arzobispado polaco de Gnesne.

Como es natural, á medida que se aparta de su origen la novelesca mentira, abundan más los testimonios, debidos á Bernardo Guy, inquisidor contra los albigenses; el Cardenal Piccolomini, después Pío II; el famoso Torquemada, espanto de la herejía; Fulgoso de Platina; Esteban Pasquier y otros muchos, entre los ciento cincuenta que dicen pudieran citarse. Sin embargo, no es esto todo; de la papisa Juana ha existido en Roma una estatua, que la representaba con su hija. Teodorico de Nimes, que fué secretario de muchos Papas, asegura haberla visto, además de confirmarlo San Antonino y Nauclerc, añadiendo que por orden de Sisto V fué arrojada al Tíber. A mediados del siglo XV fueron colocados en la basílica de Sena los bustos de todos los Papas, según orden cronológico, y el de la papisa se hallaba también entre el de León IV y Benito III, con esta inscripción: *Joannes VIII, femina*. Parecen estas pruebas admisibles; pues sin embargo, todas ellas son falsas apariencias, nacidas de la ignorancia y afán por las leyendas extraordinarias en siglos que pasaban como cosa cierta, y de ello escribían personas muy doctas, la existencia del unicornio, la salamandra, el dragón, el basilisco, el águila con dos cabezas, etc.

Los testimonios de tantos autores que han escrito acerca de la papisa Juana se rebaten uno después de otro, y como

yo no tengo espacio, ni debo penetrar en campo que no me pertenece, me contentaré con decir que Voltaire, cuya opinión en este punto no da que sospechar, niega rotundamente los fundamentos del romance en cuestión, y es bien seguro le hubiese admitido con sólo encontrar en él algún viso de probabilidad.

—Por el camino que V. lleva, Sr. D. Álvaro, temo llegue á considerar la historia como un tejido de falsedades—advirtió el Conde de Toreno.

—De ningún modo—replicó Flórez Estrada;—considero á la historia cual gran maestra de la vida, teniendo presente que todos los políticos de nombre, ó han sido historiadores ó de conocimientos profundos en la filosofía de los acontecimientos humanos; mas quiero que su estudio se haga bien, teniendo presente que *un sabio tonto es más necio que un tonto ignorante*, es decir, que no se conceda todo á la autoridad, sino á la razón apoyada en pruebas fehacientes; por último, que se escriba la historia como V. la ha escrito.

Dió gracias el Conde con un ligero movimiento de cabeza, y su interlocutor siguió diciendo, sin darle tiempo para otra cosa:

—¿Cómo achacar sólo á la historia el triste privilegio del error, cuando en toda clase de conocimientos hay tantos que fuera imposible contarlos? Recuérdense los que cada día se descubren en las ciencias naturales y los enormes creídos en la antigüedad; no es necesario decir que se buscaría en vano injusticia, atropello, costumbre sanguinaria, que no haya sido autorizada por sanción legal; sirvan de ejemplo los sacrificios humanos, el infanticidio, la esclavitud, hasta las ciencias exactas dan su tributo al largo catálogo de las locuras humanas; y sabido esto, ¿quién podrá extrañar que en la historia se hallen problemas ó errores, cuya mayor parte basta su criterio al hombre de juicio para resolver fácilmente con tal que la pasión ó las preocupaciones de escuela dejen lugar al entendimiento?

Aquí llegaban los tertulianos cuando entró á deshora el eminente poeta D. Manuel José Quintana, y sin cambiar saludo se dirigió á Burgos, diciendo:

—Acabo de prevenir á los cajistas que me llamo Joséf y no José, como se ha dado en escribir aquel nombre hebreo quitándole la *efe* que tiene en su origen. Adopte quien quiera esta corruptela que obliga á cometer un barbarismo para formar el femenino. ¿Por qué no dicen *Josea*, que sería el derivado gramatical, y dicen Josefa con arreglo á su raíz primitiva? Porque les crispa los nervios completar la irregularidad, creyendo más disculpable ir corrompiendo poco á poco el castellano.

Con la magnificencia del latín, la grandilocuencia del árabe y abundante en giros oratorios como el griego de Demóstenes, nuestro idioma va desfigurándose con galas prestadas y exóticos amaneramientos. Dije mal, no galas, arreos de polichinela, son los que se nos presentan por quienes los usan á falta de género de más valía. Falta la paciencia al considerar que todo ello consiste en que desde hace cosa de un siglo se olvidan nuestros excelentes modelos, dando razón al poeta que dijo:

Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau ó el Tasso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

—Ni recitar bien los primeros—añadió Burgos.—Pluguiese á Dios fuera esta corruptela tan fácil de corregir como las obras de V., Sr. D. Manuel, sin faltar en un ápice á su buen gusto, con mayor razón cuanto ya sabe que el corrector que yo tengo es un escrupuloso purista.

—También Iriarte tenía fama de serlo, y sin embargo, su primer verso del *Poema de la música* es un perfecto modelo de falta de armonía y concordancia. ¡Purista! No me agrada ese vocablo: tiene un tufillo á extranjero y remilgado, que le hace impropio cuando no se usa para calificar á un pedante.

—He oído hablar hace tiempo—dijo en esto San Miguel,—de no sé qué contradicción que hubo en un círculo literario donde se leyó el poema que ha citado V. Si quisiera satisfacer mi curiosidad, le agradecería la referencia.

—Que me place—respondió Quintana;—ojalá sirva á los

demás de tanto ejemplo y escarmiento como para mí ha servido.

Causa ciertamente maravilla que un hombre como D. Tomás de Iriarte, que por afición y práctica en la música debía tener un oído tan delicado, diese principio á su poema con un verso á quien falta la cadencia y acentuación de tal, y que jamás quisiese corregirle sin embargo de ser tan fácil. De cualquier modo que se coloquen haciendo sentido las palabras que le componen, resulta siempre un verso bien construído, menos en la combinación en que él las puso; escribió así:

Las maravillas de aquel arte canto

lo que no es propiamente verso, pudiendo serlo de estos otros tres modos:

Canto las maravillas de aquel arte:

Canto del arte aquel las maravillas:

Del arte aquel las maravillas canto.

Contábase entonces que Huerta, recientemente reconciliado con Iriarte y convidado á una lectura del poema, al oír el primer verso y extrañando su disonancia, se le hizo repetir dos veces; preguntó si había allí alguna errata, y viendo que el autor no convenía en la necesidad de reformarle, se levantó de su asiento y dejó la concurrencia, sin que ni el ruego, ni el respeto, ni consideración alguna le pudiesen reducir á que continuase escuchando.

Lamentaron los tertulios que siendo Iriarte frecuentemente poeta en sus fábulas y alguna vez en sus epigramas y poesías ligeras, no lo fuese nunca en el poema de la música, que es más bien un tratado que un poema, y trazas llevaban de levantar la sesión cuando advirtió Quintana que á un extremo de la mesa se hallaba corrigiendo pruebas D. Romualdo Gallardo con tanto afán que, ya por esto, ó bien á causa de su modestia, no había tomado parte en la conversación general. La circunstancia de ser versos lo que vió corregir excitó la curiosidad del autor del *Pelayo* á preguntar al distraído Gallardo de qué trataba lo que traía entre manos.

—Es una traducción—contestó el interpelado—de las *Cartas á Emilia sobre la Mitología*, escritas en prosa y verso por Mr. Demoustier.

—Escritor de amenísimo ingenio, festivo al par que discreto—añadió Quintana.—Veamos, si no es impertinente mi deseo, una muestra de cómo va V. saliendo de su difícil empeño.

—Creo que muy mal, Sr. D. Manuel; pero mucho podrá servirme la censura de tan competente auditorio, que no dudo me otorgará benévolo.

Llega la traducción á los estudios de ciencias y artes emprendidos por el Amor en compañía de Hebé, diosa de la juventud, y dice así:

Este dios inconstante,
Cuyos gustos varían cada instante,
Concibió la manía
De explicar la sutil geografía.
En Pafos se fijó, y presuroso
Delineó sobre mármol muy lustroso,
Con azul muy subido,
Los países del orbe conocido.

Hebé, su compañera,
Auxilió su proyecto placentera,
Tomando á su cuidado
El globo por Cupido modelado.

El Amor en la cátedra explicaba,
Y la diosa al oyente demostraba
Los puntos cardinales,
Las montañas, los lagos y canales.

La diosa á breve rato
Se cansó de trabajo tan ingrato;
Mas Cupido, con arte,
Por el mismo ecuador la esfera parte,
Y después, con semblante muy sereno,
A Hebé clavó los globos en el seno:
Así ya no pesaba,
Y el uno al otro antípoda miraba.

Un día Flora bella,
Discípula de Amor, joven doncella,
Tocó, no sin su miedo,
Los Polos de la tierra con el dedo,
Y brotaron entonces presurosos
Dos botones de rosa muy preciosos,
Con tan bellos colores,
Que dejaban atrás los de las flores.

La diosa placentera
Los gastó como adorno la primera,
Y hasta el mismo Cupido
Al mirarlos quedaba sorprendido.
Un adorno tan lindo y tan brillante
Progresó con la moda en un instante:
Y en la corte celeste
De botones y globos hubo peste.

Las deidades celosas,
Y de ajar sus botones temerosas,
El *Mapa-mundi* bello
Cubrían con la gasa y el cabello.
Céfiro bajo el velo se ocultaba
Y los bellos botones halagaba,
Y aun á veces, travieso,
Levantaba la gasa con exceso.

El adorno divino
A ser moda también al mundo vino;
Porque siempre natura
Imitó de las diosas la hermosura.
Mas aquestos adornos soberanos
Que la joven, estando muy lozanos,
En tanto grado aprecia,
En rugosa vejez ya los desprecia,
Y el cariño materno
Abandona después el globo tierno
Al hijo idolatrado,
Según Naturaleza lo ha mandado.

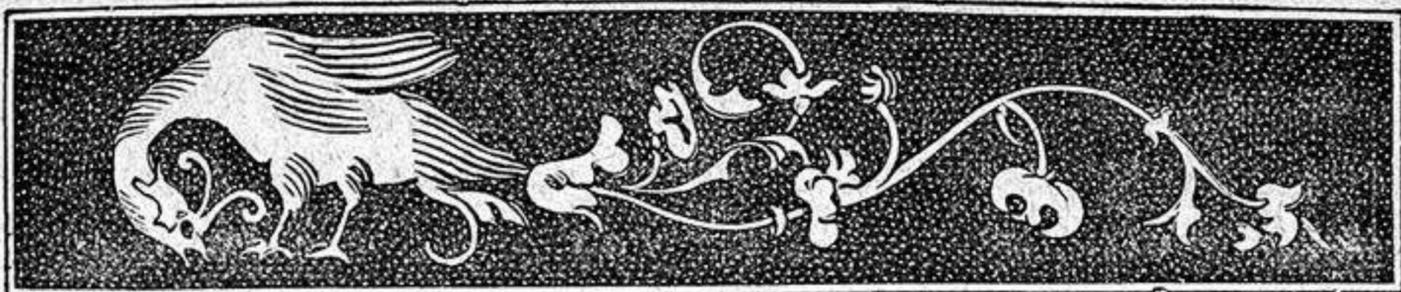
No leyó más el Sr. Gallardo, pero fué lo suficiente para

que recibiese enhorabuena de los tertulianos por lo bien que desempeñaba su espinosa y agradable tarea, retirándose satisfechos con propósito de repetir sus amistosas reuniones.

¡Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces! Todos los señores que figuran en mi relación han muerto, después de azarosa vida. Roguemos por ellos. Sólo el mozuelo que mencioné al principio se conserva, cual testimonio de otra edad, á despecho de contratiempos y afanes. Roguemos también por él, pues tal vez lo necesita más que Burgos y sus tertulianos.

DIONISIO CHAULIÉ.





ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

DE MADRID

CURSO DE CIENCIAS NATURALES

UNDÉCIMA CONFERENCIA

20 de abril de 1882



SEÑORES: Sin la existencia de algo que sirviera para transmitir el sonido de mi voz, imposible fuera llegar á establecer esa correspondencia, que de hecho existe ya en este momento, entre los que, siempre benévolos, habéis acudido á escuchar la conferencia de hoy, y el que, alentado por vuestras bondades, tiene la honra de dirigiros la palabra. Y este cuerpo conductor, este agente que como por red telefónica maravillosamente extendida sirve para enlazar nuestro pensamiento, es el aire; cuerpo de importancia suma, cuyo conocimiento es tan necesario al de la atmósfera que constituye, como el del agua para el estudio del mar; el de los minerales para el conocimiento de la tierra; el de las propiedades de la cantidad para el desarrollo de esa magnífica y portentosa ciencia que se desenvuelve en el cálculo, y es la base más firme, la palanca más poderosa de la física moderna.

Procedería en consecuencia que antes de entrar en la enumeración y examen de los fenómenos que se verifican en la atmósfera, os recordase, aunque fuera tan sólo de pasada, algunas de las propiedades del aire; las que constituyen principios fundamentales sobre los que descansa el estudio de la meteorología, separando de este modo los que forman suma de verdades y de principios axiomáticos, de lo que es tan sólo conjunto de hipótesis más ó menos fundadas, pero que no alcanzan, por falta de precisa demostración, á recibir el carácter de verdaderas leyes.

Este método, sin embargo, con ser el más natural y por consecuencia el más lógico, resulta inadmisibile en la ocasión presente, dada la extensión de la materia, y la brevedad del tiempo disponible que no consiente encerrar en los límites de una conferencia cuanto, siguiendo aquel procedimiento, habría de decirse para desarrollar el tema.

Permitidme, pues, que involucrando cuestiones hable indistintamente de lo que es elemental y de lo que ya constituye fenómenos en el campo de la meteorología; es decir, del aire y de la atmósfera.

Bajo el punto de vista químico, el aire fué tenido en la antigüedad por uno de los cuatro elementos, que según el común pensar de aquellos pueblos, constituían la naturaleza. Más tarde, cuando empezaron á conocerse algunos principios verdaderamente científicos, el aire fué tenido por uno de los llamados *cuerpos simples*; y ha sido preciso llegar á la segunda mitad del pasado siglo, para que un químico distinguido, Lavoisiere, demostrara que el aire es una mezcla de oxígeno y nitrógeno [en proporción que el análisis demuestra ser constante para todos los puntos en que la observación se ha verificado.

Acompañan al aire como sustancias accesorias ó accidentales, por más que nunca falten, varios gases y corpúsculos microscópicos inorgánicos ú organizados; pero todos estos cuerpos y en particular los últimos, aumentan en cantidad para la capa que se halla en contacto con la tierra; aquella en que se verifican los fenómenos de la vida y los de composición ó descomposición inorgánica.

Entre los procesos que unos y otros siguen para su constante evolución, ninguno tan importante como el que se realiza mediante el oxígeno del aire; gas eminentemente transformador que rompe afinidades para crear otras nuevas, y que, dada la naturaleza especial de los seres organizados que pueblan la tierra, se convierte para ellos en elemento principal de su existencia.

Entre los gases que unidos al oxígeno se encuentran en el aire, aunque en muy pequeñas porciones, merecen ser citados el ácido carbónico, el ácido nítrico, el amoníaco, el ozono, algunos vapores de yodo y otros de menor importancia. Como cuerpos sólidos flotantes en la atmósfera se observan generalmente los detritus de las rocas y tierras, y en general, restos de cuantos objetos emplea el hombre en las diversas industrias y los usos más generales de la vida, acompañándoles, y exigiendo particular estudio, innumerables seres organizados, gérmenes microscópicos de animales ó plantas, cuya acción directa, bajo el punto de vista químico y filosófico, es cada día mejor apreciada, y que merced á los trabajos de MM. Pasteur, Miquel, Levy y otros, constituyen en la actualidad uno de los ramos más interesantes de la ciencia de la naturaleza. La existencia de estos *bactéridos*, *bibriónidos*, etc. en el aire y su exacta determinación ha contribuído á desechar las antiguas creencias sobre generación espontánea, combatidas un día por la razón y destruídas hoy por la razón y la ciencia, que demuestra ser dichos gérmenes los que originan la vida en aquellos medios que se creía privados de ella.

Por otra parte, y como ya antes he indicado, el aire, propiamente dicho, es sólo una mezcla de oxígeno y nitrógeno, sorprendiendo ciertamente que en tales condiciones se mantenga constante la cantidad y relación que de ambos existe en un determinado volumen. Y aumenta la dificultad de comprender este hecho, el que á las numerosas causas perturbadoras por acciones químicas, se añade el de la diferencia de densidades y la solubilidad distinta de los mismos, que hace sea más rico en oxígeno el aire disuelto en el agua, hasta alcanzar 32 por 100 de dicha sustancia, cuando en el

aire, la proporción es siempre de 21 próximamente de oxígeno por 79 de nitrógeno.

La explicación de aquel hecho debe buscarse en la gran cantidad que de ambos gases existe, y en que el período histórico de nuestro estudio se halla entero, comprendido en el de la aparente inacción cósmica de nuestro planeta, y auxiliado además por el efecto de la exhalación vegetal, que devuelve á la atmósfera el oxígeno consumido por los animales. Más aventurado sería—aunque nunca resultara absurdo—el pensar que dichos cuerpos, oxígeno y nitrógeno, tienen una afinidad máxima especial para determinada relación en la mezcla de ambos, cobrando el primero mayor ó menor energía en las constantes reacciones con otros cuerpos, según aumente ó disminuye la cifra que marca la relación normal de los mismos. Dicha constancia, en la proporcionalidad numérica de los componentes del aire, se da en la naturaleza como un *hecho* y nada más; pero, ¿tiene valor definido en este concepto la idea y hasta la palabra *aire*? ¿Puede aplicarse este nombre á cualquier otra mezcla de oxígeno y nitrógeno, en que la relación de ambos se modifique? ¿Quién marca límites á esta variación cuando aplicamos genéricamente el nombre de aire á la mezcla gaseosa, rica en oxígeno, que llena las pequeñas cavidades del agua?

El aire, además, como todo cuerpo, es pesado; y esta propiedad, puesta en duda, cuando no negada en tiempos de Aristóteles, es hoy cosa perfectamente definida, no sólo por las experiencias que se hacen en el gabinete, utilizando la máquina neumática, sino por las manifestaciones que de la atmósfera se obtienen sirviéndose del barómetro; precioso instrumento que á un tiempo mide el peso real de la columna de aire que se levanta sobre un punto cualquiera de la tierra, y la presión ejercida por el esfuerzo que neutraliza la tensión elástica, ó sea la fuerza expansiva del aire ante los agentes compresores, que constantemente le solicitan. Que ante el hecho práctico vale tanto *peso* como *presión*, tratándose de un fluido perfectamente elástico, no hay por qué decirlo; pero en principio, el barómetro mide presiones, modificadas por la acción de las corrientes, y sólo de un modo incompleto

expresa la cantidad de materia que gravita sobre el punto de la observación.

El cuerpo del hombre, cuya superficie exterior es de 1,50 metros cuadrados próximamente, soporta una presión de 15.000 kilogramos; presión que bastaría para comprimirle y aplastarle, si únicamente se ejerciera dicha presión de fuera adentro y no en todos sentidos, y que además se encuentra contrariada por la tensión de los fluidos contenidos en el interior del organismo.

El equilibrio así establecido por la Naturaleza persiste, aunque se modifiquen algún tanto las condiciones de presión de la atmósfera en que se vive; pero se rompe y origina fenómenos especiales, cuando dicha presión aumenta ó disminuye en notable cantidad. Así, por ejemplo, cuando pasando de un punto á otro más elevado de la atmósfera disminuye la presión por cuanto gravita entonces sobre nuestro cuerpo una capa menor de aire, los animales hallan defecto en la respiración, toda vez que en igualdad de volumen aspiran menor cantidad de aire y por consiguiente de oxígeno, necesitando para mantener la combustión de la sangre verificar mayor número de aspiraciones en un tiempo dado. A su vez los líquidos y gases elaborados y mantenidos dentro del cuerpo con fuerza expansiva propia, tienden á salir de los recipientes, invadiendo otras cavidades ó apareciendo al exterior, como acontece á los aeronautas, que han sido víctimas muchas veces de congestiones, y en cuyas ropas interiores se han observado señales de la extravasación de la sangre.

Por otra parte, y obedeciendo á la ley general de la constitución de los cuerpos, toda esta cantidad de aire que hay al rededor de la atmósfera ha de tener una forma y una limitación en su extensión.

Si el aire no estuviese sometido á más fuerza que á la elasticidad, claro es que entonces, obedeciendo á la repulsión molecular, se extendería indefinidamente por el espacio, y en consecuencia, no llegaría á constituir una atmósfera envolvente de la tierra. Pero al propio tiempo, el aire, que como todos los cuerpos, está sometido á las leyes generales de la atracción, tiende á dirigirse hacia los centros de ésta y

principalmente á la tierra por efecto de la gravedad; debiendo todavía añadir otra fuerza perturbadora que se desarrolla desde el punto en que la atmósfera acompaña á un cuerpo que con movimiento circular se agita en el espacio, y cuya acción se traduce por una tendencia á alejarse cada molécula según la tangente del elemento curvilíneo que describe.

Luchan, por consiguiente, tres fuerzas: la *gravedad*, que tiende á aproximar las moléculas del aire á la superficie de la tierra; la *elasticidad* ó *facultad expansiva*, que favorece su difusión en el espacio; y la *fuerza centrífuga*, que propende también á alejarlas por efecto del movimiento á que la atmósfera se encuentra sometida.

El cálculo nos demuestra que tomando sólo en cuenta la gravedad y la fuerza centrífuga, inversamente proporcional aquélla al cuadrado de las distancias, y variable ésta en razón directa al radio del círculo que en su movimiento describe cada molécula, la destrucción de ambas, ó mejor, el equilibrio de la molécula á ellas sometida, se realizaría á una grande distancia de la superficie de la tierra. Y sin embargo, á pesar de introducir la fuerza expansiva del aire, la atmósfera ocupa un espacio mucho menor á causa de que los fenómenos no tienen igual valor ni las fuerzas igual intensidad en las diversas condiciones en que el hecho se verifica. Así, por ejemplo, en el caso actual que examinamos, la fuerza expansiva del aire disminuye rápidamente con el descenso de temperatura; y á pesar de que, alejándose de la superficie de la tierra, cada vez es menor el peso de las capas de aire que gravitan sobre el lugar de la observación ó del supuesto, la elasticidad se reduce y anula por efecto de la baja temperatura que la radiación y la dilatación engendra en las altas capas de la atmósfera.

Así encontramos que, tanto los datos referentes al peso de la capa de aire que rodea nuestro planeta, como los alcanzados estudiando el decrecimiento de las presiones, y el suministrado por el examen de los fenómenos crepusculares, han conducido á Laplace, Biot, Lambert y otros á admitir como término aproximado á la verdad que la atmósfera tiene una altura de 50 kilómetros próximamente, entendiendo que pa-

sada esta magnitud, no existe ya el vacío ni esa región inmensa ocupada sólo por las materias etéreas ó radiantes, sino que hasta una mayor distancia, aceptada por algunos autores en 100 kilómetros, existe un aire tan sumamente enrarecido, que apenas si esta *supra-atmósfera* equilibraría á medio milímetro en la columna del barómetro, no pudiéndose hacer tampoco en ella manifiestos los fenómenos luminosos, como no sea, á lo sumo, la incandescencia de los *bólidos*, cuya marcha vertiginosa suple la escasa materia que al rozamiento opone aquella enrarecida y última porción de nuestra atmósfera.

Y pues he nombrado los fenómenos luminosos, detengámonos un instante á examinar el que es fundamento de todos los que á este grupo corresponden, é investiguemos de dónde procede la luz, cómo se propaga en el aire y con qué intensidad y coloración alcanza la superficie de la tierra.

Sabido es que ésta constituye un cuerpo oscuro y opaco como la luna, teniendo sólo datos para creer que, vista desde otros astros, presentará un aspecto análogo al de nuestro satélite, reflejando como éste la luz recibida del sol, único foco que nos alumbrá por virtualidad propia, y sin el cual viviríamos en la oscuridad más completa. Las estrellas, ese incontable número de cuerpos luminosos que se observan durante la noche, poseen luz propia que emiten en el firmamento; pero dada la inmensa distancia á que se encuentran de la tierra, apenas si la recibida de cada una basta para hacerla perceptible y señalar el punto que ocupa en el espacio.

Antes de llegar á la parte sólida de la tierra, necesita la luz del sol atravesar la atmósfera, perdiendo en ella tanto más de su intensidad, cuanto menor sea la transparencia del aire que la constituye. ¿Es diáfano el aire, como parece indicar la nitidez con que se ven los objetos que á nuestro alrededor observamos?

La experiencia propia y constante nos enseña que si miramos objetos situados á nuestra proximidad y convenientemente iluminados, se nos presentan perfectamente claros, con sus colores propios, y la suma de detalles que permite la relación angular producto de la magnitud y la distancia. Si

observamos objetos más distantes situados al fin de un extenso horizonte, disminuye á un tiempo la claridad y la coloración, presentándose más ó menos confusos, según el estado de pureza del aire y la inclinación de los rayos que reciben del sol. En estado de sequedad y libre de sustancias extrañas, el aire interpuesto entre nosotros y el objeto observado, aparece transparente aun en el segundo caso, siendo preciso aumentar el campo de experimentación y llevar ésta á la totalidad de la atmósfera para que se manifiesten otros fenómenos que induzcan á determinar la acción de la luz sobre la capa gaseosa que nos rodea.

Si en un día claro, cuando el sol brilla sobre el horizonte, levantamos la vista á un punto cualquiera del espacio, vemos la tierra envuelta por una gigantesca cúpula trasluciente, de suave y dulcísima coloración, azul como la esperanza de los que la llaman cielo. Si repetimos la observación durante la noche, cuando los rayos reflejados por la luna atraviesan con mayor ó menor inclinación la atmósfera, ésta se colora de azul oscuro, y la bóveda que en sus límites nos representamos aparece tachonada de estrellas, semejando puntos brillantes sujetos á la cara interna de aquella superficie. En noche oscura, cuando los rayos luminosos del sol no pueden ser reflejados por nuestro satélite, la vista penetra en la inmensidad y en ella descubre innumerables puntos brillantes, soles de diferente magnitud que parecen inmóviles en el espacio, negro como el infinito en que se abisman de consuno la razón y la ciencia. ¿Qué ley preside á la formación de estos fenómenos, cuya grandiosidad atrajo á los primeros pueblos, subyuga al creyente, admira á los hombres de ciencia y eleva el pensamiento de todos á esas regiones en que la razón limitada busca consuelo á sus dolores y asiento al Creador del mundo?

Por desgracia ignoramos su explicación exacta, reemplazada hasta hoy por hipótesis, admisibles todas en el campo de la ciencia. La más generalizada, la que parece recibir el asentimiento de todos los físicos, explica la coloración azul de la atmósfera por ser este el color para el que mayor diafanidad ofrece el aire que absorbe cierta cantidad de los otros rayos

del espectro. Alguien ha pretendido conceder una diafanidad casi completa al aire, atribuyendo á sustancias extrañas en él contenidas la absorción y consiguiente coloración que se observa en diversas horas y á diferentes alturas de la atmósfera. Y, en efecto, cuando el aire se encuentra cargado de vapor acuoso, éste absorbe gran cantidad de luz, y por reflexión nos manda rayos coloreados que tiñen las nubes de rojo, amarillento y violáceo en las primeras horas de la mañana y á la caída de la tarde.

Un astrónomo americano, Langley, afirma que la luz solar es azul, y que la atmósfera con sus refracciones, y los cambiantes que introduce el vapor de agua, son los que producen la luz blanca y coloraciones amarilla y rojiza.

Recientemente se han verificado experimentos que de un modo indirecto vienen á introducir un nuevo modo de explicar este fenómeno. Comprimiendo Mrs. Hautefeuille y Chapuis el ozono encerrado en un tubo capilar á la presión de 200 atmósferas y temperatura de 87° bajo cero, han observado que dicho gas se colorea de azul, tanto más intenso cuanto mayor es la compresión ó el enfriamiento á que se encuentra sometido. A la temperatura de 88° bajo cero el ozono adquiere un color azul intenso. Pero sabemos que en la atmósfera se contiene siempre cierta cantidad de este gas, séalo como cuerpo libre ó simple electrización del oxígeno del aire, y sabemos también que en los gases como en los líquidos, la intensidad de su coloración depende de la cantidad de materia colorante contenida en un mismo volumen. Ahora bien; si la cantidad de ozono existente en una delgada capa de aire halla compensación en el espesor total de la atmósfera, y si además se tiene en cuenta la temperatura sumamente baja, que como veremos más adelante reina en los límites superiores de aquélla, no ha de parecer infundado el pensar—como yo me atrevo á hacerlo en vista de los anteriores resultados—que bien pudiera ser el ozono causa determinante de la coloración que adquiere el aire, siquiera debamos admitir las causas modificadoras de que antes se ha hecho mérito.

Lo que está fuera de duda, es que la relación entre la luz

solar llegada á la atmósfera y la que, después de haber atravesado á ésta toca la superficie de la tierra, varía con las horas del día y con el estado de pureza del aire. Instrumentos especiales que la física enseña y la climatología utiliza con gran ventaja de la ciencia que busca las leyes del crecimiento en la vida de las plantas, nos dan á conocer la intensidad luminosa en el lugar de la observación; bien entendido que en este género de estudios no debe limitarse al examen y medición de la luz directa, sino que entra como factor importantísimo esa luz reflejada y refractada que ilumina puntos desde los cuales no se distingue el sol que alumbra el interior de nuestras habitaciones, y que aumenta la duración del día con el valor de los crepúsculos. De éstos, el vespertino es siempre más largo que el matutino, por cuanto, si bien teóricamente á igualdad de inclinación de los rayos sobre ó bajo el horizonte, corresponde la misma cantidad de luz directa sobre la atmósfera y la misma cantidad de luz reflejada sobre la tierra, en la práctica ocurren variantes, como son la pureza del aire al amanecer, y la gran cantidad de vapor acuoso que por la tarde se halla generalmente contenido en el aire; vapor que si de una parte amortigua la luz de los rayos directos momentos antes del ocaso, sirve después para hacer del aire como gigantesca pantalla que refleja otros rayos, los cuales, sin la existencia de dicho vapor, irían á perderse en el espacio.

La transparencia del aire y el fondo negro en que durante la noche se proyectan las estrellas, es consecuencia de la naturaleza de la luz; agente sutil en etéreo movimiento, inapreciable á los sentidos mientras no encuentra materia en que chocar sus ondas. Haced extensivo al espacio planetario el concepto de la luz, sacado del experimento que se practica en la cámara oscura, provista de dos pequeños agujeros en paredes opuestas, y atravesada por un rayo solar que sigue la línea de dichas aberturas; ¿no continúa la oscuridad en el interior de dicha caja, si el aire que la llena está desprovisto de corpúsculos que la impurifiquen? Pues bien; en el espacio inter-planetario no existe ni aun siquiera aire; le ocupa sólo el éter en cuanto es vehículo del movimiento;

y la luz que es ondulación cruza y se pierde en la inmensidad, sin que nada nos revele su existencia. Por eso es negro el firmamento, y por eso la oscuridad es como el infinito á que se dirigen los rayos, perdidos en la totalidad del cosmos.

Ni la luz llega sola á la tierra, formando con la atracción las manifestaciones únicas de la actividad del sol; pues de igual manera que antes dijimos ser éste el manantial de luz para nuestro planeta, debemos repetir también ahora que es el único foco de calor, ó al menos el que por su intensidad domina y anula los otros manantiales que la física y la mecánica nos enseñan.

El calor central de la tierra, con ser bastante para mantener en estado líquido los materiales que constituyen el núcleo central del globo, apenas si puede hacerse sensible en la superficie del terreno. Los datos recogidos desde los tiempos más antiguos autorizan á creer que ninguna variación apreciable se ha verificado desde entonces en la temperatura propia de nuestro suelo. Si, pues, todo el calor que la tierra recibe viene del sol—ya que el de las estrellas apenas puede llegar á nuestro planeta por la inmensa distancia que las separa—impórtanos averiguar qué influencia ejerce la atmósfera en la trasmisión y repartición de este agente.

Prescindiendo por el momento de la relación que existe entre el valor del rayo incidente y la cantidad de calor repartida en cada elemento de la superficie de proyección, según la marcha de dicho rayo se aproxime ó aleje de la vertical, encontramos desde luego que el aire absorbe una parte del calor emitido por el sol, pudiendo admitir que un haz que cae perpendicularmente á la superficie de la tierra pierde $\frac{2}{10}$ de calor al atravesar la atmósfera. Esta, que impropriamente he llamado pérdida, no es sino *acción de calentamiento* del aire, el cual aumenta su temperatura por virtud de los rayos directamente absorbidos, de los reflejados por la tierra y de la trasmisión verificada por contacto con la superficie de la misma.

Cuando desaparece el sol bajo el horizonte, ó la porción observada queda en sombra por otro hecho cualquiera, el calor acumulado durante algunas horas se desprende por ra-

diación buscando el equilibrio entre la tierra y el espacio, en donde algunos admiten el cero absoluto de temperatura, y todos un enfriamiento grande que alcanza al menos el valor de 140 grados bajo cero. ¿Cómo en estas condiciones puede acumularse calor en la tierra durante una parte del año y en el resto no alcanzar su enfriamiento la intensidad que pudiera sospecharse?

Para explicar este hecho, los físicos han venido considerando y consideran en la actualidad á la atmósfera como la cubierta de cristales de un inmenso invernadero que deja paso al calor del sol y retiene más tarde el radiado de la tierra.

Aun admitiendo el hecho como cierto, buscábase inútilmente razón que lo justificase; pues era lógico preguntar: ¿En qué cambian ó se modifican, según las horas, las condiciones del aire ó su capacidad para el calor? Y ha sido preciso aguardar los modernos adelantos de la física para conocer que lo modificado es el propio calor; distinto en parte, antes y después de haber tocado la superficie de la tierra.

Las profundas y bellísimas conclusiones de Müller, Tyndall y otros, sobre el espectro calorífico de los rayos del sol, —que comprendiendo en su totalidad al espectro luminoso, desde el violado al rojo, se prolonga más abajo de éste con creciente intensidad— demuestran que á la manera que en la luz hay rayos de distinta coloración y poder refringente, hijo éste de la diversa magnitud y velocidad de las ondas que los originan, también en el calor hay rayos distintos con diferencias más notables que en la luz; diferencias que pasan del límite superior donde su refrangibilidad es igual á la de los rayos violeta del espectro, hasta un límite inferior, en el cual los rayos caloríficos—producto de un movimiento ondulatorio menos activo—dejan de producir luz, ocasionando el llamado *calor oscuro*, en oposición al primero que designan *calor luminoso*.

Ahora bien: á la manera que los proyectiles—y permitidme esta vulgar y poco exacta comparación—atraviesan una porción de la atmósfera con velocidades que guardan relación precisa con el esfuerzo impulsor ó velocidad inicial que á cada uno corresponde, los rayos caloríficos emanados del

sol emplean tiempos diversos en cruzar el espesor de la atmósfera, y por consecuencia sufren pérdidas distintas por absorción al contacto del aire. Este, por otra parte, y debido á misteriosa constitución que la ciencia no ha explicado todavía, muestra poder diatérmico distinto; como si el calor luminoso, por la magnitud de sus ondas, hallara menos obstáculos que el calor oscuro para conservar su integridad en medio de ese incomparable movimiento y choque de la actividad con la materia.

Cuando, llegado ya el calor á la superficie de la tierra y calentada ésta comienza la radiación, todos los rayos caloríficos que de la misma emanan son oscuros, es decir, de aquellos más retenidos por el aire, con lo cual éste se calienta, contribuyendo bajo un doble concepto á que el enfriamiento de la tierra no sea tan rápido como lo sería ciertamente si desapareciese la capa atmosférica que la rodea, ó no existieran las diferencias que acabamos de señalar.

Si pretendiésemos establecer comparaciones sobre la importancia absoluta y relativa que cada uno de los fenómenos indicados tiene en la producción de ese otro fenómeno complejo y como suma de actividades que da á la tierra su manera de ser en orden al desenvolvimiento de la vida, hallaríamos que nada es accidental ni nada es indiferente en ella, por cuanto entre unos y otra existe esa relación que liga siempre el efecto y su causa, los agentes de la producción y el producto por ellos originado. Limitándonos, sin embargo, á estudiar los fenómenos que se verifican en el seno de la atmósfera, cobra el calor la mayor importancia, pudiendo afirmarse que en el conjunto de fuerzas que concurren á la formación de dichos fenómenos, es el calor la determinante y la que señala direcciones á la producción inmediata ó por influencia de los hechos que estudia la meteorología.

El primer efecto producido por el calor solar incidente sobre la tierra, es la temperatura de las rocas, tierras y demás sustancias que la reciben; las cuales á su vez y por contacto, calientan el aire de la capa inferior de la atmósfera. Por el calentamiento el aire se dilata volviéndose específicamente más ligero, y en busca del equilibrio, que es la aspiración

constante en la naturaleza, se eleva hasta encontrar otras capas de su misma densidad. Masas de aire no calentado, procedentes de regiones más ó menos próximas, vienen á llenar el espacio que antes ocupaba el aire ascendido, originándose con ello una primer corriente, tranquila y continuada, que se cierra con el descenso posterior del aire frío de las capas elevadas; movimiento que á su vez continuará el círculo mantenido por el calor de la tierra, el frío de las altas regiones y el cambio de densidades que ambos producen en el cuerpo conductor á que nos venimos refiriendo.

Á esta primera causa de las corrientes de la atmósfera se añade otra que viene á modificar la dirección é intensidad de las mismas, y es el movimiento circular de la tierra, por el cual las superficies calentadas cambian de Este á Oeste, pasando por todos los meridianos en el trascurso de veinticuatro horas, y las corrientes así producidas se desvían del camino natural que habrían seguido, á ser cierto ese otro movimiento aparente que hace pensar en la inmovilidad de nuestro planeta y rotación diurna del sol, moviéndose en gigantesca órbita cuyo centro correspondiese al lugar ocupado por la tierra.

Cuán grande ha de ser la variedad de estas corrientes, dada la inclinación diversa con que los rayos solares inciden sobre los diferentes puntos de un mismo meridiano; la capacidad calorífica de las diversas sustancias que constituyen la superficie de la tierra; la desigualdad en las formas de esta misma superficie y repartición en ella de los continentes y de los mares; la inclinación de la órbita terrestre que origina el cambio de las estaciones ó suma de tiempo, durante el cual ilumina el sol cada una de las partes de nuestro globo, etc., etc., fácil es de comprender é imposible para mí exponerlo en este momento sin traspasar los límites que necesariamente se imponen á la presente conferencia. De ella son producto, tanto los vientos periódicos como los irregulares, los de escasa ó mínima velocidad como los impetuosos y huracanados, marcando todo el tránsito que existe desde las corrientes ecuatoriales, á las alicias, monzones, simún, brisas, etc.

Ni todo el calor que atravesando la atmósfera llega á la tierra se invierte en calentar después el aire produciendo los movimientos indicados, sino que una parte (y prescindiendo del que es motor y agente esencialísimo en las funciones de la vida ó cambios de estado en las sustancias inorgánicas) se invierte en evaporar una cierta cantidad de agua, tanto de la contenida en los mares y ríos como de la exhalada por los vegetales, y la que existe humedeciendo la capa superior de los terrenos.

El vapor así producido, menos denso que el aire bajo la presión ordinaria, se eleva por la atmósfera y difunde por ella, hasta que la falta de presión ó el descenso de temperatura, no sólo detiene aquel movimiento, sino que favorece una primera unión de las moléculas de agua, las cuales toman la forma vesicular con que constituyen las nubes.

Admítase por lo general que cada vesícula es una pequeña esferita hueca de paredes muy delgadas, constituídas por agua líquida, en cuyo interior existe el vacío ó aire sumamente enrarecido. Alguien ha dicho modernamente que las vesículas de agua necesitan para su formación un núcleo sólido, tomado entre los innumerables y pequeñísimos cuerpos que abundan en la atmósfera; pero esta teoría deducida de muy escasas é incompletas observaciones, no tiene hasta hoy otro valor que el otorgado siempre á cuantos esfuerzos hacen los hombres de ciencia por adelantar en el conocimiento de la verdad.

La marcha de la evaporación es, como la de ciertas corrientes, variable con las estaciones y con las horas del día; lo cual vale tanto como decir que es función del calor en cada punta de la superficie de la tierra. Contribuye igualmente á aumentar ó disminuir dicha evaporación el estado higrométrico del aire y su movilidad, adquiriendo aquélla un maximum cuando al cuerpo evaporante rodea aire seco, y un minimum, por el contrario, cuando se encuentra saturado de humedad. Pero sabemos también que la saturación es un término relativo que cambia con la temperatura y con la presión, haciendo que una misma cantidad de vapor acuoso, insuficiente para saturar un volumen de aire á determinada

temperatura, le sature cuando ésta descienda, dando origen al fenómeno de la precipitación en forma de pequeñas gotas, que son la causa del *rocío* ó de la *escarcha*, según la temperatura se mantenga superior ó descienda bajo el grado de la congelación del agua.

En el estado vesicular, el agua, he dicho anteriormente, constituye las nubes: masas informes en constante evolución, que al descender ó elevarse por la atmósfera, lo mismo que al moverse horizontalmente á impulso de cualquier corriente, pierden por evaporación ó ganan por condensación, disminuyendo ó aumentando su volumen. Y es lo común que ciertas nubes, inmóviles al parecer á una cierta altura, sean producto de un movimiento constante de descenso para sus elementos vesiculares, los cuales se evaporan por la cara inferior de la nube y son reemplazados por otros que superiormente se le agregan.

Cuando la temperatura de toda la capa de aire en que la nube está contenida desciende más allá del límite que señala la saturación, ó por efecto de corrientes encontradas, aumenta la presión disminuyendo el volumen de dicha nube, las vesículas carecen de facultad para sostenerse en aquel equilibrio, y reuniéndose en cantidad variable, originan las gotas de agua; forma bajo la cual desciende ésta á la tierra, produciendo la *lluvia*. Que aquella *sobre-saturación* se verifique en un medio cuya temperatura sea inferior á 0° y tendremos la *nieve*, mezcla de cristales perfectamente agrupados, como acusando una formación tranquila sin más causa determinante que la baja temperatura.

Un nuevo factor, la electricidad, origina fenómenos que no debo pasar en silencio, aunque de ellos no haga otra cosa que presentaros su definición.

Es la electricidad un agente, que algunos suponen universalmente esparcido y que aparece resultado de acciones muy distintas. El frotamiento, la combustión, las reacciones químicas, la exhalación vegetal, la simple evaporación, etc., producen electricidad que se acumula en la tierra y en la atmósfera. En sus relaciones con la meteorología la mayor producción se supone originada por la evaporación del agua

del mar, acompañando á los vapores la electricidad positiva: el agua destilada no desarrolla electricidad al tiempo de evaporarse. Y es tan grande la cantidad de dicho fluído retenido en las capas inferiores de algunos puntos de la tierra, que según afirma M. L. Amat, en las regiones cálidas del Africa, y con viento seco que es allí el dominante, se ven frecuentemente saltar pequeñas chispas hasta de la crin de los caballos.

Conducida primero por el vapor de agua, y acumulada después en las nubes que éste constituye, la electricidad descompone por influencia el fluído natural ó neutro de otras nubes, y desde aquel momento hay tendencia á la reconstitución mediante el fenómeno de la chispa. Para que ésta se verifique, hace falta solamente que la electricidad adquiera tensión suficiente con que vencer la resistencia del medio, resistencia que disminuye con la humedad del aire, y con la existencia de pequeñas nubes que sirven como de eslabones para enlazar las masas condensadoras. Desde el momento que entre éstas salta la chispa, queda producido el *relámpago*, destello vivísimo de luz que toma coloraciones diversas del blanco al violáceo, según el enrarecimiento del aire, su estado higrométrico y la naturaleza y cantidad de los gases que le acompañen.

Pero en las nubes como en el gabinete, á la reconstitución de la electricidad por medio de la chispa acompaña siempre un sonido que en su producción es simultáneo con el de la luz, y que llega con gran retraso á nuestro oído por efecto de la diversa velocidad con que ambos caminan por la atmósfera. Dicho sonido, instantáneo como el fenómeno que lo origina, y proporcional á la electricidad reconstituída, es prolongado y aumentado por el eco de las nubes y sinuosidades de la superficie terrestre, convirtiéndose en ruido fuerte con alternancias de intensidad, que es á lo que llamamos *trueno*. Si alguna vez en las tardes calurosas del verano y otras se observan relámpagos en diversos puntos del horizonte sin escucharse truenos ni aun casi descubrir la presencia de nubes, es porque éstas se hallan á muy grande distancia, y el sonido no puede conservar la velocidad inicial de las

vibraciones del aire. Cuando, por el contrario, el relámpago se forma en nubes que están muy próximas al observador, el trueno es seco y estridente, ocurriendo muchas veces la descarga entre la nube y la tierra, originando el rayo.

Estos fenómenos eléctricos llevan, por lo común, su acción á otros diversos fenómenos meteorológicos. El primer efecto de la descarga es una fuerte conmoción en las capas atmosféricas que rodean á las nubes productoras; y es frecuente observar, cuando á las descargas acompaña la lluvia, que á cada relámpago ó trueno sucede un aumento en la cantidad de agua desprendida, como si ésta obedeciese antes á una fuerza de retención, destruída con la pérdida de electricidad.

Acompaña á veces á estos fenómenos un descenso rápido de temperatura, efecto tal vez de la grande evaporación producida en el aire fuertemente electrizado y enrarecido, y entonces, por causas que no son bien conocidas, —á pesar de numerosos trabajos que empiezan en Franklin y llegan á Colladon en nuestros días, —el agua se congela en núcleos más ó menos arredondados, dispuestos por capas concéntricas y estructura radiada, los cuales caen con estrépito y animados de gran velocidad, llevando la ruina á los campos, cuyos frutos destruye en la época crítica de su madurez y recolección. Y que la electricidad es necesaria para que haya producción de *granizo* no puede dudarse desde el momento en que la experiencia, millares de veces comprobada, enseña que este fenómeno jamás se produce sino en nubes tormentosas, entre la luz del relámpago y el estampido del trueno.

En las regiones tropicales, y por causas perfectamente desconocidas, nace otro orden de fenómenos, en los cuales tiene el viento su más poderosa manifestación. Son éstos los llamados *tornados* ó *ciclones*, remolinos de aire movido con extraordinaria rapidez y que se trasladan de unos á otros puntos con acompañamiento de lluvias y truenos, constituyendo el más temible y pavoroso fenómeno de la atmósfera. En las regiones templadas, y avanzando hacia los polos, se hacen cada vez más frecuentes los vientos fuertes y huracanados, pero sin alcanzar nunca la intensidad de los que se producen entre los paralelos de 10° y 20° á ambos lados del ecuador.

La meteorología moderna, concediendo á estos fenómenos todo el valor que tienen en la dinámica de la atmósfera, busca con afán las leyes que presiden á su formación; y más de una vez, creyéndose algunos físicos dueños de ellas, las han expuesto con el pomposo nombre de *ley de las tempestades*. Por desgracia, distamos aún mucho de conocer, no sólo la causa, sino también el modo cierto de presentarse dichos ciclones. ¿Son estos, conforme á la teoría de Mr. Faye, movimientos giratorios siempre descendentes, ó pueden, según quieren otros autores, ser descendentes unas veces y ascendentes otras? Los llamados *huracanes, ciclones, tornados, trombas*, ¿son hechos que se diferencian esencialmente por su causa, ó marcan tan sólo intensidades distintas de un mismo fenómeno? Algún día la ciencia aclarará estas dudas, que á ello se prestan grandemente el adelanto moderno de la física y de la mecánica, con la generalización de este estudio y el aumento de los observadores. Mientras tanto, apenas si cabe formular otros que los dos siguientes principios:

1.º El viento sopla de los lugares en que hay mayor presión atmosférica, hacia aquellos en que la presión es menor.

2.º La dirección del viento no es perpendicular á las líneas isobáricas desde las de mayor á las de menor presión, sino que se inclina á la derecha en el hemisferio Norte, y á la izquierda en el Sur.

Del primero se deduce que al rededor de un *máximo* el viento sopla hacia afuera, y de fuera á dentro al rededor de un *mínimo*. La desviación anunciada por el segundo es producida por la rotación de la tierra y el impulso de la fuerza centrífuga del aire que constituye el remolino. Consecuencia de esto es que al rededor de un mínimo de presión las partículas de aire se muevan en trayectorias de forma espiral, cuya concavidad vuelve al centro, impelidos á la vez por la fuerza centrífuga y el desvío de la rotación, que obra en el mismo sentido; al paso que al rededor de un máximo las partículas se mueven hacia la mayor presión, pero la fuerza centrífuga y el desvío por la rotación de la tierra marchan en sentidos contrarios, disminuyendo la curvatura de la trayectoria.

De estos dos movimientos, centrípeto y centrífugo, nacen los llamados *ciclones* y *anticiclones*, por más que algún distinguido metereólogo, como Mr. Faye, proteste contra el nombre de anticiclón, atribuído á esas áreas, por lo común extensas, donde reinan fuertes presiones por algún tiempo, como acaba de suceder durante el invierno último en todo el centro de Europa y gran parte de nuestra España.

Todos recordáis el invierno excepcional que acaba de ocurrir, sin lluvias ni nieves, y con temperatura muy superior á la que es común en esos meses del año: pues bien, al tiempo que esto sucedía, y muchos afirman que por íntima relación y consecuencia, el barómetro acusaba presiones muy superiores á la media en cada lugar de observación. El 17 de enero del corriente año, el barómetro subió en París (hecha la reducción al nivel del mar), á 786,92 milímetros á las diez de la mañana. En los dos siglos de observaciones verificadas en la capital de Francia, tan sólo un día, el 6 de febrero de 1821, alcanzó el barómetro la altura de 787,52 milímetros. El resto de las observaciones no pasa para ningún día de 778 milímetros.

Al tiempo que esto sucedía en París, la presión barométrica en el centro de España alcanzaba valores nunca observados entre nosotros. Ya, desde el principio de enero, la presión se manifestó muy superior á la media, tanto en Madrid como en otros puntos de ambas Castillas. El 19 del propio mes la observación verificada á las nueve de la mañana en Albacete dió 785,00 milímetros como presión reducida al nivel del mar, y en Valladolid, á la propia hora, se contaba la de 785,70, es decir, poco más de un milímetro de diferencia con la presión anotada como máxima dos días antes en el observatorio de París. Y no fué accidental este aumento en la presión de la atmósfera; pues hasta el día 31 del citado mes de enero se contaron presiones superiores á 779,60 milímetros en Albacete, Salamanca, Burgos, Valladolid y Teruel.

Tan extenso, firme y continuado anticiclón fué producido probablemente por el cruce de los vientos inferiores de N. E. con los superiores del S. O.; manifestado este último al N.

de Europa por corrientes del O., que explican el temple tan benigno de la estación invernal en el presente año.

Citaré, para terminar este punto, un hecho muy curioso observado durante el invierno último en Antibes, pequeño puerto del Mediterráneo, y que consiste en el descenso del nivel del mar, de manera que en playas bajas quedaron éstas al descubierto. Mr. Faye, varias veces citado en el curso de esta conferencia, explica aquella depresión por el aumento de peso de la atmósfera; pues 27 milímetros de diferencia con la media, acusan una fuerza capaz de equilibrar una capa de agua de 0,325 metros de espesor, que es próximamente lo observado.

Otros fenómenos, muy interesantes en el campo de la física, pero de menor importancia en meteorología, son los *halos*, *coronas*, *arco iris* y *aurora*. Corresponden los tres primeros al grupo de los meteoros puramente luminosos, y el cuarto es manifestación grandiosa del magnetismo de la tierra. La difracción de la luz al atravesar por entre las vesículas de una nube elevada é interpuesta entre el observador y el sol, produce el *halo*. Si estas nubes están constituídas por cristales de hielo, la luz se refleja y refracta al mismo tiempo, originando las *coronas*, llamadas también *falsos soles* y *falsas lunas*. Esta misma reflexión y refracción de la luz solar, verificándose sobre gotas de agua desprendidas de una nube situada en la parte opuesta al sol, da origen al *arco iris*, cuando dichas gotas atraviesan por la circunferencia de la base de un cono ideal, cuyo vértice sea el ojo del observador, el eje sea paralelo á los rayos solares, y el ángulo formado por dos generatrices opuestas sea igual á 84° próximamente. Avanzando las gotas en su descenso, los rayos de luz refractados y reflejados en ellas cambian su valor angular; y como la refracción es distinta para cada uno de los colores del espectro, ofrece sucesivamente cada gota rayos de todos estos colores. No quiere esto decir que en cada momento no se produzca en una sola gota de agua todo el espectro luminoso; pero de sus rayos, sólo uno lleva la inclinación correspondiente á la distancia angular con el sol y el ojo del observador. Las gotas comprendidas entre los valores angulares correspondien-

tes á dos rayos inmediatos del espectro, producen igual coloración, roja, amarilla, anaranjada, etc., y por eso el arco iris se presenta formado de fajas tanto más anchas cuanto mayor sea la distancia que separa la nube productora del punto de la observación.

Réstame sólo, para terminar, dedicar algunas frases, casi tan sólo un recuerdo, á lo que ha dado en llamarse la predicción del tiempo. Tengo para mí que este deseo de conocer con antelación la marcha de ciertos fenómenos es tan antigua como el hombre, pues no puede negarse que sujeto más en las primeras edades que en la actual al rigor de las lluvias, tormentas, etc., debió pretender alcanzar medios para distinguir la proximidad de tales hechos, ora inspeccionando el estado de la atmósfera, ya también deduciendo por la observación señales tomadas en las costumbres de los animales ó en la propiedad de ciertos cuerpos. Semejantes pronósticos eran defectuosos, pero al menos no pugnaban con la razón, porque nunca se pretendió llegar con ellos á otra cosa que á prever ó predecir fenómenos de realización muy inmediata. Fué más tarde cuando el hombre, conocedor de algunos principios astronómicos y dando un valor inconcuso á ciertas relaciones de posición entre diversos astros, dedujo de ellas cambios atmosféricos que ligó con las fases de la luna, base por muchos siglos y época considerada como crítica hasta en la actualidad, para formar períodos de tiempo á que referir los pronósticos hechos para un año entero y hasta por varios años.

La ciencia, que casi siempre tiene su origen en el error, ha depurado lo que había de cierto en las antiguas creencias; y, cosa singular: respeta algunos de los principios más antiguos, al paso que destruye y echa el ridículo sobre otros de tiempos más próximos, pero de mayor fanatismo y ciega credulidad en lo que se encubría con el manto de la falsa sabiduría. El problema se encuentra hoy planteado en la siguiente forma:

Dado el estado actual de la ciencia y los progresos que en la misma se juzgan realizables, ¿es posible y por consecuencia racional predecir ó confiar en la predicción anunciada

con larga fecha, de los cambios y sucesión en los fenómenos meteorológicos? ¿Debe esta predicción limitarse,—supuesto el conocimiento de la atmósfera en un punto y tiempo dados,—al de los hechos que en días próximos han de verificarse?

Si á impulso del adelanto realizado en estos últimos años y de la fe en el porvenir de las ciencias, que es el carácter distintivo de nuestro siglo, buscamos contestación á las anteriores preguntas, no han de faltar seguramente espíritus anhelantes, hombres llenos de fe que, recordando las palabras de Laplace cuando decía: «*la más insignificante molécula de aire está sometida en sus movimientos á leyes tan invariables, como las que rigen los cuerpos celestes en el espacio,*» crean que la formación de verdaderos almanaques ó anuarios meteorológicos ha de ser posible en tiempo más ó menos largo, por el descubrimiento de esas leyes, cuya existencia el gran físico presentía. Y hoy nos consta que dijo verdad, y que las leyes del movimiento existen y hasta se conocen en muchos casos por sus efectos; pero ¿es esto bastante, señores? Porque ayudados del telescopio veamos los espacios antes insondables del espacio, y conozcamos la velocidad de la luz y la naturaleza del calor radiante, ó sujetemos á medida las ondulaciones del sonido estereotipándolas en la placa de un fonógrafo y pongamos á contribución la electricidad para reemplazar la luz del sol, y adivinemos por el análisis espectral la naturaleza íntima de los astros, etc., etc., ¿hay motivo bastante para pensar que el hombre todo lo puede y que la Naturaleza no tiene secretos para tan poderosa inteligencia? Acaso el proceso de los fenómenos meteorológicos se parece en algo por su complejidad al de los que acabo de enumerar?

Yo admitiría de buen grado—y con ello traspaso los límites de la realidad en los actuales momentos—que la ciencia está ya en posesión de las leyes que rigen los fenómenos elementales; los que miden la diatermancia del aire ó el poder absorbente de los gases que le constituyen; los que regulan la evaporación del agua en cada condición de calor, sequedad, velocidad y presión del aire; los que explican dónde, cómo y cuándo se crea, difunde y recompone la electricidad de la atmósfera; los que enseñan el valor de las radiaciones terrestres en función de

las temperaturas del planeta y del espacio; los que presiden á la condensación de los vapores, al desequilibrio constante del aire, al valor de las emanaciones caloríficas del sol, alteradas por el estado de su atmósfera de luz y las manchas que la impurifican, y en el de tantos y tantos otros que son factores esencialísimos en los fenómenos á que me refiero. Lo que no es posible aceptar es que aun teniendo este poderoso caudal de conocimientos, pueda con ellos integrarse ese otro conocimiento superior que todo lo abarca, que á todos los comprende, y que siendo como la síntesis absoluta de cuanto directa ó indirectamente se relaciona con la atmósfera, es tan mudable como la intensidad de cada uno de los fenómenos concurrentes, ya que de ellos nace, con ellos persiste y por cada uno de ellos se modifica.

Figuraos un cuerpo en movimiento solicitado á cada instante por fuerzas cuya naturaleza puede ser conocida, pero de los que se ignora su dirección y su intensidad, ¿cómo producir la trayectoria de semejante cuerpo?

Y si al menos, entre las fuerzas que determinan los grandes hechos atmosféricos hubiera alguna—como parece serlo el calor—que, dominando sobre todos los demás, imprimiera rumbo determinado á la resultante, aún podríamos sospechar que descubriendo su verdadera ley, hallásemos en ella pronósticos como los que algunos metereólogos modernos pretenden sacar del período ó turno de revolución con que parece se presentan las manchas solares. Pero aun en este caso, y con ser grande ciertamente el descubrimiento, poco ó nada habríamos adelantado en una predicción que, si de algo sirve, no es ciertamente porque enseña la probabilidad de tiempos medios, más ó menos calurosos y secos, húmedos y fríos, ó viceversa, sino que debe manifestarnos el valor práctico de los fenómenos que han de suceder, prefijando estaciones, lugares, duración y su probable intensidad.

En mi sentir—y bien pudiera ser hijo solo de mi ignorancia,—semejante resultado no debe pedirse á la ciencia, que es impotente para llegar á tanto, sobre todo si consideramos que estos son estudios de observación y que carecemos de medios para efectuarlos en su verdadero campo.

Bien sabéis, y de ello debemos felicitarnos, que la creación de observatorios meteorológicos sigue una progresión muy creciente en estos últimos años, en las diversas partes del mundo, y particularmente en Europa y América, y que además se ha reconocido la necesidad de establecer algunas de dichas estaciones en los puntos más elevados de nuestras cordilleras; allí donde eliminadas muchas causas perturbadoras, pueda anotarse la verdadera dirección de las corrientes y la intensidad propia de cada una de las fuerzas que concurren á la producción de los fenómenos. Francia, Italia, Austria, Alemania, los Estados Unidos y otras naciones cuentan con observatorios de montaña, merced á los cuales se modifican diariamente anteriores creencias sobre la marcha de los vientos, variación de la temperatura por cambios de altitud, etc.

El descubrimiento de la telegrafía permitiendo conocer en un momento dado el estado general de la atmósfera en muchos y distantes lugares del globo, es el principal auxiliar de la meteorología moderna.

La ciencia enseña y la experiencia confirma, que si para hallar lo característico de un clima bastan las observaciones efectuadas en cada lugar, éstos han de multiplicarse y relacionarse debidamente entre lugares no muy distantes, para conocer los cambios probables en la sucesión próxima del tiempo. Por esto la marcha adoptada en todas las naciones es la de reunir en uno ó varios centros, y á determinadas horas del día, la observación efectuada en el mayor número posible de localidades; anotar estas observaciones en cartas geográficas preparadas al efecto; trazar las curvas de presión y temperatura; los graduantes del viento y su velocidad; el estado higrométrico y nuboso de la atmósfera, para deducir en presencia de todo esto un pronóstico para el día siguiente ó pocos días más adelante, el cual se comunica con rapidez y se propala por medio de la prensa. Esto es lo realizable y lo que vemos se generaliza merced á la sanción otorgada por la experiencia. Algún día, tal vez, podremos mejorar nuestros aparatos de observación ya bastante perfeccionados, haciendo que nos permitan conocer el estado de la atmósfera

en su región más elevada y media, aquella en que realmente se verifican los hechos que pretendemos averiguar. Hasta hoy, únicamente el barómetro comprende en su indicación la totalidad de la atmósfera; los otros aparatos, termómetros, higrómetros, anemómetros, etc., apenas pueden atestiguar el valor de cada agente meteorológico en la capa de aire que rodea al instrumento.

Dispensadme no entre en mayores consideraciones sobre este punto, ó mejor aún, que no haya sabido expresar en menos palabras mis creencias y mis esperanzas sobre el valor actual y destino futuro de esta moderna ciencia, por algunos calumniada y por otros convertida, merced á un generoso entusiasmo, en panacea general de nuestras incertidumbres y remedio ó paliativo á nuestros temores en cuanto á la atmósfera se refiere.

Si conocer es prever, y á la previsión puede acompañar el remedio, ¿cómo desconocer la utilidad suma de una ciencia que aconseja al labrador efectuar ó suspender las operaciones agrícolas, y dice al navegante si puede sin temor tomar rumbo en el Océano ó aguardar en el puerto el paso de asoladora tormenta?

Estamos en el comienzo, y ya se tocan los benéficos resultados del servicio que á través del Atlántico nos prestan las observaciones sobre los huracanes venidos del Occidente. Trasladaos con la imaginación á uno cualquiera de nuestros puertos del Cantábrico; presenciad la detención de uno ó muchos buques, listos á partir y retenidos por la noticia de un ciclón, cuya llegada anuncia el cable americano; y cuando, trascurrido el plazo anunciado y pasada la tormenta, el naviero y el pescador, el armador y el viajante comprendan que á aquel aviso deben tal vez su fortuna ó su vida, no podréis menos de exclamar con ellos: ¡Bendita sea una ciencia que tales fines persigue y que tales lágrimas evita en el seno de nuestras queridas familias! He dicho.

CARLOS CASTEL.



GOETHE Y SCHILLER ⁽¹⁾

SEÑORAS y señores: Algunas veces póngome á reflexionar qué hubiera sido del mundo y de la especie humana, si los primeros habitantes de la tierra se hubiesen constituido en Congreso para el mantenimiento de la paz. Pero esto no podía suceder, porque en el hombre el instinto de conservación ha sido siempre superior á todas las utopias, aunque aparezcan estas del modo más simpático, para explotar, á despecho de verdades eternas, el fondo de piedad ó de benevolencia que pueda existir en cada corazón. La humanidad diferénciase del hombre, en que á medida que envejece, abandónase más al dominio de las ilusiones y fantasías, tiende como á crearse un mundo aparte en la esfera de la imaginación, y de ahí nacen los sofismas de esos filósofos pretendidos humanitarios, junto con las infinitas puerilidades, y acaso charlatanismo, de la filantropía moderna. Grandes calamidades ocasionan las guerras, ¡quién lo duda! mas á medirlas con los beneficios que la humanidad les debe, sospecho que la ventaja será en favor de estos últimos. Y luego, ¿qué nos es dado á nosotros, míseros mortales, sino inclinar la cerviz ante lo que constituye

(1) Conferencia dada en la Escuela mercantil de Mallorca, por D. Saturnino Jiménez.

una necesidad *sine qua non*, de nuestra existencia, y que en vano trataríamos de contrarrestar, sin pugnar al propio tiempo contra esa ley suprema cuyo concurso buscaríamos, para dar alas á nuestro denuedo y vigor á nuestro brazo? Porque la ley suprema, motor de nuestro destino, espíritu de nuestro ser, alma de nuestra alma, es la lucha. Luchar es vivir. Que se vaya en pos del bien, que se vaya en pos del mal; que se permanezca en la inacción ó se inquiete el movimiento; que sea uno apático ó exaltado, cobarde ó valiente; no hay más que un medio, no hay más que una salida, no hay más que una salvación: la lucha. Nacemos luchando, vivimos luchando, morimos luchando. Todo parece combatir contra nosotros y nosotros combatimos contra todo. Y como para ahorrarnos difusas clasificaciones, ha sido inventada la frase de lucha por la existencia, que en mi sentir es la expresión más concreta, más clara, de aquella ley. Lucha por la existencia que no es sólo patrimonio del individuo; pero extensiva á las sociedades, á los pueblos, á la naturaleza en cuanto de animada tiene, á la humanidad en su más amplia acepción. No nos formemos ilusiones. Admitida la guerra como útil, cosa que la historia se encarga de demostrar aun á los más obcecados, admitida la lucha por la existencia como imprescindible, cosa que nuestra propia condición á veces nos revela desde el foro íntimo, admitimos también que las ideas, forjadas por nosotros mismos, de amistad universal, de paz, de inercia, son ideas esencialmente negativas y opuestas á todo interés humano.

Mil perdones os pido por haber comenzado con esos pujos belicosos una disertación puramente literaria; mas ya iréis viendo cómo me hallo dentro de mi tema. Propóngome hablar de un renacimiento literario, y no hay renacimiento literario que no esté precedido por grandes perturbaciones materiales ó no coincida con una gran transformación en el orden moral, como fruto de anteriores turbulencias. Dos naciones que entre sí pelean, instrumentos inconscientes son de alguna fuerza superior irresistible; de ahí que el vencedor en la contienda suela ser menos quien ciña los laureles del triunfo, que quien, á la corta ó á la larga, mejor provecho

reporte de la sangre vertida y de los esfuerzos gastados; que no existe guerra sin consecuencias morales, y éstas no siempre gravitan de lado de quien obtuvo las materiales.

Hasta las guerras civiles que, bajo todos conceptos, aparecen fatales, han hallado discretísimos apologistas, y entre ellos citaré á un hombre de tan sano criterio y clara inteligencia como el autor del *Espíritu de las leyes*. Diríase que ese germen de destrucción, elemento de vida y de progreso, es también un germen de vitalidad intelectual, y en su virtud, no puede prescindir de estudiar guerras y revoluciones quien se empeñe en estudiar el carácter y la trascendencia de las grandes épocas literarias. El aliento de la guerra, guerra individual, social ó nacional, imprime movimiento á todas las partes de la literatura bíblica, desde el libro de Job hasta el libro de los Macabeos. De los llanos de Troya, empapados en sangre, brotó la primera epopeya; las guerras Médicas originaron los primeros libros de historia; con motivo de una guerra civil, Thucidides sentó las bases del arte de gobernar y del derecho político. Los *Eddas* de los scandinavos como los *Nibelungos* de los germanos, la *Canción de Rolando* como el *Romancero del Cid*, todas las fuentes de la literatura, á cualquier período que nos remontemos, surgen del seno de los campos de batalla. Y las literaturas, al par de las nacionalidades de que son reflejo, marchan á su apogeo, á su verdadera manifestación histórica, cruzando tiempos calamitosos, tiempos de incubación tanto más laboriosa cuanto más viriles y lozanos han de ser sus venideros frutos. En Italia, las luchas de los güelfos y gibelinos, las guerras sicilianas, las sangrientas colisiones con el papado, precedieron á aquel brillante siglo XIV que con razón se llama el siglo de oro de la literatura italiana. Entre nosotros fué indispensable la lucha secular contra los árabes y la conquista de América, para que adquiriésemos en las letras aquella gloria inmarcesible, la única quizá que nos resta íntegra, en medio del descrédito en que hemos dejado caer todas las demás. En Inglaterra, el reinado de Elisabeth, corolario de una larga serie de luchas de familia, de luchas de religión, de luchas civiles, de crímenes, de cadalsos, de crueldades, vió aparecer la titánica

figura del autor del *Hamlet*, que abarca por sí solo cuanto en el genio anglo-sajón puede haber de sublime é imperecedero. En Alemania, el pernicioso influjo de la Reforma luterana á principios del siglo XIV, y la invasión del afrancesamiento en el siglo XVII amenazaban dar al traste con las viejas tradiciones germanas; mas aquello no era sino una transición, aunque penosa, que no en balde vino la guerra de los Treinta Años, cuya obra de depuración completó más tarde la de los Siete Años, y bien puede decirse que los cantos de victoria de Rosbach y de Leuthen saludaron la aurora del renacimiento del espíritu alemán.

A las polémicas armadas sucedieron las polémicas universitarias. La sociedad alemana sentía, sin explicárselo bien, que algo fermentaba en su seno; experimentaba la duda y el malestar, premisas ineludibles en la elucubración de todo principio fijo. Gottsched y Bodmer capitaneaban los dos bandos opuestos, preocupando, durante largo tiempo, con sus disputas, la atención de la Alemania toda. Los ánimos estaban predispuestos á recibir la nueva idea; el fruto había llegado á su madurez. Klopstock fué el primero que enarboló la bandera revolucionaria: de plano rompió con todos los preceptos doctrinarios, y con su *Messiada* infiltró en el germanismo la savia épica de Milton y la savia dramática de Shakespeare. Ocurría esto en la segunda mitad del siglo XVIII. Lessing impulsó la reforma, dando á Alemania un teatro. Herder, el autor del *Cid*, imbuyó á la juventud alemana el espíritu caballeresco de nuestra raza. Tales fueron los precursores de la doble personalidad en que debía encarnarse el renacimiento alemán: Geëthe y Schiller. Nótese que al hablar de renacimiento, no digo renacimiento literario, porque yo entiendo que esa gran revolución intelectual equivale á la resurrección de Alemania, pues de no haberse aquélla verificado, no ocuparía hoy Alemania el puesto que ocupa en el concierto de las naciones modernas, cual si no pudiera ser gran potencia la nación que no posee una gran literatura. En una plaza pública de Wéimar he visto las estatuas de Schiller y Goëthe, sobre un mismo pedestal, en el que se lee: «A Goëthe y Schiller: la Patria.» Esta inscripción

y la sola corona de laurel que enlaza las manos de entarmbos poetas, dicen harto elocuentemente lo que ellos significan para la patria alemana. Los nombres de Goëthe y Schiller evocan ideas tan antagónicas y opuestas, que imposible parece que de semejante dualismo emane una sola gloria. El viejo axioma de que la desemejanza engendra amor y la semejanza odio, vese á maravilla consumado en las relaciones mutuas de Goëthe y Schiller. Para intentar un paralelo entre ambos, hay que servirse más de sus puntos de discrepancia, que son muchos, que de sus puntos de contacto, pues en verdad trátase de dos hombres que no llegaron á coincidir jamás entre sí.

Nació Goëthe en 1749; nació Schiller diez años después, en 1759 (1). El primero pudo, pues, leer las obras del segundo, cuando este ignoraba hasta la existencia de aquel. Antes de cumplir 20 años, dirigió Schiller en un teatro privado de Wurtemberg la representación del *Clavijo* de Goëthe, con lo que hubo de revelar sus aficiones goëthianas, que no habían de influir, sin embargo, en el carácter de sus obras. Hacia el año 1787 ocurrió casualmente el primer encuentro entre Goëthe y Schiller. Aquel acababa de llegar de Roma y hallábase en la plenitud de su fama. El segundo habíase ya hecho una reputación con sus primeros dramas. Ambos ejercían su respectivo influjo en las ideas de la juventud alemana de entonces. La publicación de los *Bandidos*, de Schiller, causó tanta sensación, como la había producido años antes la publicación del *Wérther*, de Goëthe. En el *Wérther* se romantizaba el tipo del suicida, elevando el suicidio al rango de remedio moral; en los *Bandidos* se poetizaba el brigandaje, elevándolo á la categoría de misión social. Lo uno provocó du-

(1) Juan Wolfgang de Goëthe nació en Francfort de Main en 28 de agosto de 1749: fueron sus padres Juan Gaspar Goëthe, consejero imperial, é Isabel Catalina Textor, hija del alcalde ó magistrado de Francfort.—Federico de Schiller vió la luz primera en el pueblo de Marbach (Wurtemberg) en 10 de noviembre de 1759: tuvo por padres á Juan Gaspar Schiller, cirujano militar y más tarde oficial en el ejército wurtemburgués, y á Isabel Dorothea Kodweiss, hija de un hospedero de Marbach.

rante algún tiempo la manía de los suicidios; por consecuencia de lo otro, no faltaron sociedades estudiantiles transformadas en poéticas compañías de bandoleros, animadas del propósito de reformar la sociedad.

La impresión recíproca que los dos poetas sintieron al verse por primera vez no fué nada satisfactoria. Desde un principio se manifestó entre ambos una inequívoca oposición de caracteres. Goëthe, acariciado por su buena estrella, gozábale en sus planes para lo futuro, hablaba con énfasis de su viaje á Italia, describía con pomposa frase las maravillas de que había sido espectador. Schiller escuchábale con suma indiferencia, esforzándose por encubrir la melancolía que le dominaba: la suerte no le había sido hasta entonces muy propicia; estaba falto de recursos, y además era modesto por naturaleza. Goëthe vió en Schiller un enemigo literario con quien tendría que partir mallas. Schiller, por su parte, debió sufrir una especie de desilusión, al reconocer la persona de quien tanto admiraba las producciones. Goëthe, por un arranque de vaga simpatía en que iba envuelto un asomo de piedad, interpuso su influencia para que se concediese á Schiller una cátedra de historia en Jena, junto á Wéimar. Schiller amaba la quietud, la vida doméstica, y si á cualquier posición aspiraba, era con el fin de crearse un hogar, antes que por móviles de codicia y especulación. En un viaje que efectuó á la ciudad de Rudolstadt, en la Thuringia, enamoróse de una de las hijas de cierta Sra. Legenfeld, y casó con ella en 1790. Es el único amorío formal que á Schiller se le conoce. En el propio año, el gran Duque de Sajonia-Wéimar, Carlos Augusto, le confirió la cátedra de historia, de Wéimar, vacante por el fallecimiento del célebre Eichorn. A partir de entonces, su posición quedó definitivamente asegurada.

Bosquejaré á grandes rasgos la vida de Goëthe hasta la misma época, para que se vea cuán radicales eran las diferencias que entre ambos genios mediaban. Todas las etapas de la existencia del autor del *Fausto* pueden señalarse por otras tantas aventuras amorosas. A los diez y seis años de edad enamoróse perdidamente de Margarita Schœnkopf, la hija de un tabernero de Leipzig. Suponen algunos que á la

sazón acudió á su mente la primera idea de la Margarita del *Fausto*: no falta, empero, quien suponga que la creación de aquel tipo débese á sus relaciones, ocurridas cinco años después, con Federica Brión. Goëthe era, en principio, un amante platónico, y parece que no le iba muy bien en ello. Antes de partir de Leipzig, dió plaza en su corazón á la traviesa Federica, hija del profesor Oesser; pero parece que al aventurar una declaración de amor, obtuvo por respuesta una solemne carcajada. Desengañado de Leipzig, determinó concluir en Strasburgo su carrera de derecho. Eso era ir de Scila á Caribdis. Apenas llegado, concibe una pasión—violentísima, como todas las suyas—por Federica Brión, hija del párroco de la aldea de Sesenheim. Un año duraron tales amores, amores tristes que grabaron profunda huella en el carácter de Goëthe. Abandonó éste á su amada en 1771 y abrió su despacho de abogado en Francfort, donde escribió su primera obra, el drama caballeresco *Götz de Berlichingen*. Al año siguiente fué nombrado miembro del tribunal de Wétzlar, en donde se enamoró perdidamente—como de costumbre—de la romántica é interesante Carlota, novia de su amigo Késtner, secretario de la embajada de Hannóver; episodio que merece indicarse, por haber dado pie á la inmortal creación de *Wérther*. ¿Pero hemos de seguir paso á paso á ese Tenorio teutón en todos sus amorosos devaneos? Francamente, la empresa sería difícil. Entre la turba de sus adoradas, porque el corazón de Goëthe era un tonel sin fondo, añadiré tan solo á las anteriores Maximiliana La Roche, de Francfort, que le inspiró la creación de la protagonista del drama *Stella*; á la Carlota de Stein, de donde salió la *Eleonora* del *Torcuato Tasso* y la *Iphigenia*; á la Cristina Vulpins... y pienso que mis oyentes me lo agradecerán, si no prolongo más la lista. Imagínese el efecto que semejante carácter produciría en el ánimo tranquilo y soñador de Schiller.

No debo pasar por alto el incidente que más contribuyó á intimar las relaciones entre Schiller y Goëthe. Las observaciones hechas por éste, en su viaje á Italia, sobre el desarrollo gradual de las hojas de una palmera abanico, inspiráronle la más bella de las teorías acerca de la vida progresiva de

los vegetales, teoría llamada á operar casi una revolución en el mundo científico, tanto que su aparición debe considerarse como el preludio de la teoría darwiniana. Schiller, aunque no tan dado á las ciencias naturales, asocióse al entusiasmo con que fué acogida, en 1794, la disertación de Goëthe sobre la *Metamórfosis de las plantas*. Goëthe ha confesado después que á este hecho se debió el que desaparecieran las malas inteligencias que le separaban de Schiller, con lo cual fueron de sobra colmados sus deseos y esperanzas. «La amistad de Schiller, dice Goëthe, considérola como la mayor felicidad que se me tenía reservada para mi edad madura.» Por su parte, Schiller ha declarado: «Cada instante de que he podido disponer, lo he pasado con Goëthe, y ese tiempo que con él pasaba, invertíalo exclusivamente en ensanchar el horizonte de mi saber.» En junio de 1794, Schiller, en compañía de Guillermo Humboldt y de Gitchte, inauguró una publicación literaria con el título de las *Horas*, para la cual solicitó la colaboración de Goëthe. Desde esta fecha data la admirable asociación intelectual, que no terminó sino con la muerte de Schiller. En dicha época figuraban ambos en los primeros puestos del mundo literario alemán. Goëthe, con cuarenta y cinco años de edad, había publicado *Goetz de Berlichingen*, *Clavijo* (una de sus producciones más flacas, en mi sentir), *Tasso*, *Iphigenia*, *Egmont*, y había comenzado el *Fausto*. Schiller era conocido por cuatro obras de primer orden: los *Bandidos*, la *Conspiración de Fiesco*, *D. Carlos* y *Amor é intriga*. Como el periódico las *Horas* no tuviera éxito, Schiller concibió la idea de una libre colaboración intelectual con Goëthe, y al efecto pusieronse ambos á trabajar combinadamente. Goëthe ocupábase en escribir el *Aprendizaje de Guillermo Meister*, mientras que Schiller trazaba el erudito y complicado plan de la trilogía del *Wallenstein*. En 1796 escribieron ambos en común las *Xenias*, colección de epigramas satíricos, y salió á luz el *Guillermo Meister*. Al año siguiente, la aparición del *Wallenstein*, de Schiller, coincidió con la *Hermann y Dorothea*, de Goëthe, y mientras éste se entregaba con todas sus fuerzas á terminar la primera parte del *Fausto*, aquél daba la última mano á la tragedia *María Stuart* y con-

cebía su obra maestra, el *Guillermo Tell*, que había de coronar tan espléndida carrera. En la novela de *Guillermo Meister*, el genio de Goëthe deja traslucir su contagio con el genio de Schiller. Pocos de vosotros conocéis, sin duda, dicha novela, que no creo haya sido traducida al español; pero todos conocéis, á buen seguro, más ó menos, el bellísimo tipo de *Mignon*, harto manoseado por poetas, músicos y pintores. *Mignon* en el *Guillermo Meister*, es Schiller incrustrado en Goëthe.

Aquella suave melancolía, aquella intensa nostalgia, aquel sentimiento de ángel que pide alas para volar, es cosa que no puede trasladarse á nuestro idioma y que sólo á comprender alcanza quien lo estudie, no en arreglos y mistificaciones, mas sobre el original mismo. Hay algo de divinal en esa aspiración del alma y de los sentidos por trasportarse á otras regiones en busca de los ignotos encantos que el corazón presiente, sin llegar á definirlos jamás: tal es el entusiasmo silencioso, el deseo vivísimo, el *Sehnsucht* adoptado por Schiller, y al que no hallaríamos equivalente cabal en nuestros diccionarios. Dejemos que Schiller mismo nos defina el *Sehnsucht*, tema de una de sus más célebres baladas, cuya traducción, hecha frase por frase, voy á leeros:

«¡Ah! si del fondo de este valle—que la fría neblina cubre—pudiese yo hallar salida,—¡Ah, cuán feliz me sentiría!—Diviso allí hermosas colinas—eternamente jóvenes, eternamente verdes.—Si yo tuviera alas,—si yo pudiera volar,—á las colinas yo me iría.

» Oigo resonar armonías—sones de dulce reposo celestial—y los ligeros vientos me traen—el bálsamo de los perfumes.—Dorados frutos veo brillar,—atrayéndome á la parda verdura,—y las flores que allí florecen—nunca serán el botín del invierno.

» ¡Cuán bello debe ser el pasearse—allí donde está la eterna luz del sol;—y el aire, en aquellas alturas,—¡Ah, cuán refrescante debe ser!—Pero me impone obstáculo la violencia del torrente,—que muy irritado muge;—sus olas están erizadas—tanto, que arredran el alma.

» Una embarcación veo balancearse;—pero ¡ay! le falta el

timonel.—Arriésgate á entrar, sin vacilaciones;—sus velas parecen animadas.—Tú debes creer, tú debes exponerte,—porque los Dioses no salen siempre garantes.—Sólo un milagro puede conducirte—al bello país de las maravillas.» (1)

Goëthe complaciase en arrancar sus tipos á la realidad vulgar para elevarlos á las regiones ideales. El idealismo de

(1) Para que quien pueda compruebe lo literal de la traducción, doy aquí el original alemán:

SEHNSUCHT.

Ach, aus dieses Thales Gruenden,
Die der kake Nebel drueckt
Koennt ich doch den Ausgang sinden,
Ach, wie fuehlt ich mich beglueckt!
Dort erblick' ich schoene Huegel,
Ewig jung und ewig gruen!
Haett' ich Schwingen, haett' ich Fluegel,
Nach den Huegeln zoeg' ich hin!

Harmonien hoer' ich klingen,
Toene suesser Himmelsruch,
Un die leichten W̄inde bringen
Mir der Dueste Balsam zu:
Goldn' Fruechte seh ich gluehen
Winkend swischen dunkelm Laub,
Un die Blumen, die dort bluehen,
Werden keines Winters Raub.

Ach! wie schoen muss sich' s ergenhen
Dort im ew' gen Sonnenschein,
Un die Lust auf jenen Hoehen
O wie laben muss sic sein!
Doch mir wehrt des Stromes-Toben
Der ergrimmt dasswischen braust;
Seine Wellen sind gehoben,
Dass dir Seele mir ergraust.

Einem Nachen seh ich schwanken,
Aber ach! der Faehrmann fehlt.
Frisch hinein und ohne Wanken!
Seine Segel sind beseelt
Du musst glauben, du musst wagen,
Denn die Gøtter leihn kein Pfand;
Nur ein Wunder kann dich tragen
In das schoene Wunderland.

Goethe, ha dicho alguien, es comparable á una planta, que tiene sus raíces en la humilde tierra, y embalsama el ambiente con los perfumes de sus olores. El tipo de Mignón le fué sugerido por una saltimbanquis, una danzante de cuerda floja, que hubo de conocer, y enamoróse de ella—perdidamente, por supuesto,—cuando estuvo en Venecia. No corresponde á la funámbula italiana sino lo relativo á la observación externa; su idealización es un efecto puramente interno, hijo de la facultad creadora de Goethe. Vino éste de Italia con buen acopio de impresiones. ¡Cuánto debieron influir en ellas los conocimientos femeniles que allende los Alpes hizo! Ignórase si le sonreían por allá las *buenas fortunas* que tanto menudeaban en Wéimar; pero por satisfecho debió darse el galante poeta con trocar temporalmente los ojos de cielo y los dorados bucles de las sajonas por los ojos de fuego y las cabelleras de ébano de las italianas. Las milanesas, al parecer, le trastornaron el seso. En Nápoles prendóse de una milanese. En Roma, con ocasión de su segundo viaje, perdió los estribos por otra milanese—de no muy elevada alcurnia,—con la cual marchó á Suiza. Schiller, que en aquella época sentía por Goethe el afecto de un hermano, escribió al malogrado poeta Theodoro Kœrner estas curiosas líneas: «Hoy he recibido la visita de Goethe y de Meyer, que acaban de llegar de Suiza. Por cierto que buenas cosas me ha referido Meyer. Según parece, Goethe se lió en Roma con una hija del país, de origen bastante bajo y de costumbres muy sospechosas, añadiéndose que casó con ella. Me ha referido Meyer acerca de este asunto tantas particularidades, que yo no puedo dudar de ello: dícese que Goethe satisface una pensión á los padres y á la hermana, con quien empezó á entrar en relaciones. La persona en cuestión era conocida de todos los artistas, pues desempeñaba el oficio de modelo en los talleres... Lo siento muchísimo por Goethe, toda vez que se trata de una aventurera, que le ha indignamente engañado.» Ese regreso de Suiza, que tan malas noticias—en su parte más grave infundadas—trajo á Schiller, trájole también el material de su gloria futura. Visitando Goethe, en 1797, el lago de los Cuatro Cantones, concibió la idea de describir en un

poema adecuado naturaleza tan grandiosa. «Yo apercibía el lago—dice Goëthe en sus *Memorias*—á la tranquila luz de la luna; yo veía levantarse las brumas en el fondo de los barrancos; yo veía las aguas brillar á los rayos del sol matutinal; en el bosque, en la pradera, todo era vida y regocijo; luego representábame la tormenta, armada de relámpagos y truenos, que del seno de las gargantas se precipitaba sobre el lago. Así me dibujaba yo la calma de las noches... Imaginábame *Guillermo Tell* como á un sér cándidamente heroico, de un vigor sano é íntegro, feliz con vivir, dotado de una alma infantil en que dormitaba aún la conciencia humana; convertíalo yo en un traginero montañés, prestando por doquiera sus servicios, tranquilamente ocupado en su tarea, trabajando para su mujer y para sus hijos, sin cuidarse de saber quién era el amo ni quien el servidor.» De aplazamiento en aplazamiento, Goëthe cedió el asunto de su obra á Schiller, quien, de esta suerte, sin haber visto la Suiza, escribió su admirable *Guillermo Tell*.

No creáis que esa constante, íntima colaboración contribuyese á extinguir las diferencias. Cada uno conservó hasta la muerte su individualidad propia, sus ideas exclusivas. Parece que mutuamente se imponían respeto, y que colocado cada uno á respetable altura, en el punto de vista de su respectivo sistema, semejaban las dos cúspides del mismo monte: aquellas dos cúspides del monte Parnaso, que orgullosas de la elevación en que radican, sirven para aumentar la hermosura de la cumbre, que gracias á ellas distínguese á lo lejos de todas las del contorno. El choque de los genios de Goëthe y Schiller ha reforzado el esplendor de la luz vivísima que, desde su renacimiento, Alemania derrama sobre todos los pueblos cultos. Dentro de la misma reforma literaria iniciáronse dos corrientes distintas: la del corazón y la de la filosofía, la de la poesía y la de la ciencia. Para personificarlas aparecieron Schiller y Goëthe. En vida, fuera del terreno de la pura amistad, no pudieron entenderse nunca; mas sus espíritus se unieron por encima de sus tumbas, y de tal matrimonio originóse una personificación inmortal, cuyo nombre es el genio germánico del siglo XIX. Goëthe y Schiller eran

dos antípodas intelectuales: quizá por este motivo guardaban una afinidad más directa, con respecto al mismo centro de atracción. Aquél deliraba por lo helénico, y el culto severo de la forma se armonizaba en él con sus tendencias autoritarias y aristocráticas; Schiller sentía sed insaciable de ideas nuevas, y su romanticismo desenfrenado aliábase á sus ardientes aspiraciones por la libertad. En filosofía, Schiller profesaba el idealismo de Kant, cuyos principios no cesó de proclamar desde la cátedra de Wéimar. Goëthe inclinábase á cierto pantheismo naturalista, no muy discrepante de las teorías de Spinoza. Schiller en todo tenía ideas más definidas y concretas que Goëthe: éste, en cambio, tenía las más vastas, marcaba tendencias hacia un eclecticismo universal. «Háblase siempre de originalidad—decía á su fiel confidente Eckermnn, pero ¿qué se entiende por tal? No bien nacemos, el mundo comienza á ejercer su influjo en nosotros, ¡y así hasta el fin y en todo! Sólo podemos atribuirnos nuestra energía, nuestra fuerza, nuestra voluntad. Si enumerar pudiera todas las deudas que contraídas tengo con nuestros grandes predecesores y contemporáneos, poco de propio me quedaría. Lo trascendental es el momento de nuestra existencia en que sobre nosotros se opera el influjo de algún gran carácter; Lessing, Winckelmnn y Kant tenían más edad que yo, y de grandes consecuencias fué para mí el que los dos primeros influyeran en mi juventud y el último en mi vejez.» Sin embargo, Goëthe no llegó á ser kantista, por más que con ahinco se aplicase á estudiar las obras del filósofo de Koenigsberg. Schiller—y aquí pruébese la independendencia de sus convicciones,—con ser fervoroso discípulo de Kant, trataba siempre de apartar á Goëthe del estudio de este filósofo, porque comprendía que tales principios no se hermanarían nunca con los de Goëthe; además, Kant nada tenía que darle. Goëthe apreciaba en lo que valían estos y otros consejos; su amigo era el único que podía formularselos, y de nadie, excepto de él, hubiéralos recibido. Así se concibe que Goëthe exclamara, aludiendo á sus relaciones con aquél: «Para mí fué eso como una nueva primavera, en la cual ví todo germinar y todo florecer, y toda la savia desenvolverse en ra-

mas, que alegremente lanzábanse al espacio.» Goëthe poseía una predisposición especial para el estudio: no hubo ramo de la ciencia humana que él no explorase. Pensaba que para cantar la naturaleza convenía el ser un buen naturalista, y que los poetas no podían menos de tener su parte de filósofos. De ahí que en todas sus obras, aparte de su inspiración, y á veces por encima de ésta, denotase un entendimiento intensamente trillado por el estudio asiduo y tenaz, sea de las ciencias naturales, sea de los dramáticos ingleses, sea de la filosofía. Linneo representaba en él la potencia de observación, Shakespeare la potencia literaria, Spinoza la potencia filosófica. Tal es el trípode en que Goëthe asentó su clarísimo y universal talento.

(Se continuará.)





LA
CIVILIZACIÓN EGIPCIA Y GRIEGA
EN AMÉRICA (1).

LEGAMOS á tratar del arte, no en su noción filosófica y en ésta bajo el aspecto estético, no: nada más que teniendo en cuenta la relación que existe entre los monumentos y demás objetos que le representan. Veremos si nuestra tesis recibe por esta parte un nuevo refuerzo. No la hemos formulado, ya lo sabemos; pero nuestros lectores la habrán adivinado. Mucho se ha escrito para dar explicaciones más ó menos claras y aceptables de los túmulos ó enterramientos. Por lo que á los asiáticos y europeos toca nos hemos esforzado en relacionarlos con su verdadero valor en nuestros estudios de *Los orígenes*, y allí hacemos ver en el cap. III lo que según nuestro modo de pensar debe sostenerse. Nada de *céltico*; sí un fondo clarísimamente *egipcio*, modificado poco á poco por el trascurso de los tiempos (2).

(1) Véase la pág. 385 del tomo XLV

(2) *Orígenes de España, Francia é Italia*. Apéndice á la Geografía Histórica de D. Gervasio Fournier, tomo II.—Valladolid, imprenta de Santaren, 1881.

El espíritu en el individuo se conoce por sus manifestaciones. Lo mismo sucede respecto del espíritu de los pueblos. El arte y la lengua son las principales, y bien podemos asegurar que las consecuencias que de estas dos fuentes dimanen son consecuencias verdaderas.

Monumentos primitivos en Egipto, Asia y Europa son los enterramientos. Lo mismo hay que decir con relación á los americanos. Los primeros junto á las aguas del Nilo y aún bajo las caldeadas arenas del desierto, ya en el desnudo suelo, bien en las escavadas peñas, ya también en las pirámides, guardan los restos venerandos de los que vivieron en los primeros crepúsculos de las civilizaciones. Asia imitó su ejemplo, y la Europa es un verdadero campo de aquellas necrópolis, en la que por millares se cuentan los descubrimientos de pocos años á esta parte solamente en España, Francia é Italia, sin contar las comarcas del Norte. Con sólo tener en cuenta los estudios hechos por Lubbosk, Evans, Broca y Burnouf se deducirá que el celtismo es una teoría que debe morir, porque ninguna luz ofrece para la ciencia histórica, y sí una inmensa extensión de tinieblas, en la que aun los de luz y vista más poderosa no pueden menos de andar á tientas. Volveremos á repetir que el egipcio es el elemento esencial de las primeras civilizaciones en el Viejo Mundo. Poco hay en el nuevo que no tenga relación con aquél.

Tres ríos muy conocidos hay en la América del Norte, el Missouri, el Misisipí y el Ohío: en sus cuencas se encuentran restos de vastas fortificaciones y antiguos túmulos. El de Ohío es un gran cono truncado, teniendo una circunferencia que es el doble de su altura. También en el Canadá se ven ruinas de la misma clase. Esto le parece inexplicable al Sr. Pí y Margall (1).

Debemos, no obstante, advertir, que en un precioso Atlas que poseemos aparece una carta especial de América, y que á no dudarlo, es de grandísima importancia para el caso que

(1) *América*, tomo 1.º, pág. 19.

ventilamos. Mientras que las cartas modernas presentan reducido el majestuoso río de San Lorenzo, en ésta tiene una extensión considerable hasta llegar al lago *Montreal*, que se une por una especie de canal con el Ontario. *Fluvius Sorel* es el nombre que allí aparece para el río de San Lorenzo.

Los lagos conocidos hoy con los nombres de *Ouinninpigous* y *Ouinnipeg* (1), se encuentran unidos en el curiosísimo y magnífico de Seutterio por un canal sobre el cual aparecen nada menos que cuatro puentes. Los nombres que allí tienen los lagos son los de *L. Assenipolis* (2) y *L. Christn.* En el primero se cuentan nueve islas. Aún hay más en la América del Norte que no debe echarse en descuido, porque todo ello parece probar haber sufrido estas regiones algún cambio, y por cierto en épocas no muy remotas. Nos referimos al dato curioso de ver la California como una isla perfectamente marcada. Nueva Albión está dentro de ella. Del Estrecho dice: *Fretum Aniani hic esse creditur*. Al golfo le denomina *Mare rubrum* y *M. Vermeio*, y á partir del Norte y del Oriente al Occidente, se hallan los cabos Blanco, San Sebastián, Mendocino y punta de los Reyes. Respecto de esto hay que decir que Hervas cree ser el estrecho de Bering (3). *Buache* (4) fué el que promovió en 1753 la opinión de la existencia del estrecho de Anián, y supone que una colonia de chinos (5) se estableció en parte de la costa de California. Fíjase Hervas para creer que el estrecho de Anián es el de Bering en la representación que le da Enrique Robert en la carta de la América septentrional introducida en la obra de los viajes de *Kook* (6). Después de citar á Torru-

(1) Cortambert, *Nouvel Atlas*, pág. 144.

(2) Assenipolis es nombre griego. ¿Cuándo empezaría tal nombre para una ciudad?

(3) *Catálogo de las lenguas*, tomo 5.º, pág. 79.

(4) Citado por Hervas, tomo 1.º, pág. 356.

(5) Téngase en cuenta la máscara del Museo Arqueológico dada á conocer en el *Museo Español de Antigüedades* por el Sr. Janer, y uno de los objetos que nosotros en dibujo presentamos, y no parecerá tan extraña semejante idea.

(6) Hervas, pág. 393.

bia (P. Fr. Joseph) añade en la pág. 394: *Mas del descubrimiento del estrecho de Anián antes del año 1580 tenemos documentos ciertos. En Italia he visto mapas hechos en Milán que lo representan desde el siglo XVI; y aquí en Roma tenemos un monumento célebre, existente en este colegio romano, en que escribo; y en las célebres lonjas del Vaticano, llamadas de Rafael, otro monumento del año 1580. Este monumento que se ve en la lonja más alta, es la pintura del orbe terrestre, delineado por el famoso geógrafo Fr. Ignacio Dante, dominicano, que puso en ella el estrecho de Anián... Estos monumentos con que convenían varios mapas publicados en Italia antes del año 1600, demuestran haberse hecho antes del 1580 el descubrimiento de dicho estrecho, y la demarcación de él hasta la Nueva España.*

Téngase en cuenta que si estos argumentos prueban su existencia, no empero el verdadero lugar de él.

Hay un dato de Ricciolo (1) citado por Hervas (2) que dice: *A la América septentrional, en el Océano del Sur, pertenece el estrecho de California, llamado Bermejo, cuya largura es igual á la de la isla de California, creída antes Península, y su anchura es de veinte millas alemanas. Sobre dicho estrecho, entre el Reino de Quivira y la Tartaria, está el estrecho de Anián, del que hasta ahora nada sabemos de cierto.*

Quivira está en la costa occidental del golfo de California. La carta de Seutterio coloca al Norte de la misma costa la *región de Anián*, y al Norte del estrecho la *desconocida de Eson* (terra incognita Esonis) (3).

Baudrand (4) escribe que no se sabe dónde está dicho estrecho. Para unos se halla en la Tartaria, donde hoy se pone el estrecho de Eson (5).

Según Moreri (6), los franceses en su tiempo y los holan-

(1) *Geographiae et hydrographiae reformati*, libri 7 a 70. Bapti Ricciolo, soc. J. Bononiæ; 1.661 fol., lib. I, cap. 15, núm. 17, pág. 20.

(2) *Catálogo de las lenguas*, tomo. II, tratado 2.º, cap. 6.º, pág. 288.

(3) Seutterio, carta 7.ª (América del Norte).

(4) Michaelis Baudrand, *Geographiae. Parisiis*, 1.672 fol. (v. 2), v. 1, página 6.

(5) Diccionario.

(6) Véase dónde la coloca Seutterio.

deses han mostrado que estaba entre la *isla* de California, hacia América y la dicha tierra de *Yieso* (1).

Para nuestro caso basta lo apuntado, pues por ello sacaremos algunas consecuencias preciosas, aunque antes de todo deben asentarse las siguientes preguntas:

¿Ha sido isla la California? Todo induce á creer que la respuesta afirmativa debe aceptarse. Así recibe una explicación satisfactoria la pintura que tienen los mejicanos pasando un estrecho. El mismo nombre de Anián parece indicar procedencia de la China, y si por alguno se cree, como arriba queda escrito, que hubo una colonia china no lejos ó tal vez en la misma California, una de las más caras tenida como *peruana* en el *Museo Español de Antigüedades*, y una de las tierras-cottas que el Congreso no tiene en la mesa de procedencia mejicana, porque se ha extraviado antes de recoger los objetos (2), confirman esta opinión. Los pueblos por la semejanza de sus regiones dan nombres á las que para ellos se les presentan como descubiertas.

Que han existido fenómenos y han hecho cambiar la superficie de la tierra, no cabe dudarlo. Para muchos las aguas en el golfo de Méjico han subido de nivel en épocas, si lejanas, no mucho, y como estos desniveles donde verdaderamente se conocen es en los extremos opuestos, lo que en un principio sería *isla*, vióse más tarde como *península*, cual hoy existe la California.

Precisamente, los restos más antiguos aparecen orillas del Missouri, Mississipí, Ohío, Gila y Colorado. Aquí tenemos un paralelismo completo con las regiones africanas, asiáticas y europeas. Los que en esas regiones primeramente vivirían, pasaron por el estrecho á la *California*, donde dejaron pinturas en las cuevas; y de allí descenderían á Méjico. Debo copiar religiosamente lo que encuentro en Hervas, porque

(1) Parece por esto que Eson y Yieso es lo mismo, y Baudrand lo corrobora al decir (citado por Hervas, tomo. II, pág. 289) que este estrecho (Anián) se extiende por el Norte hacia el Japón y China.

(2) En la lámina tiene el núm. 1.

aclara mucho nuestro asunto. Para Hervas (1) es una anécdota. No es extraño; para conocer el valor de muchos datos se necesita estar al corriente de ciertas particularidades que muchos no pueden apreciar.

No debo omitir aquí la anécdota que el Sr. Clavijero (2) ha publicado sobre las antigüedades que hallaron en California algunos de sus misioneros jesuitas, que en el año 1767 vinieron á Italia.

En las montañas situadas entre los 27 y 28° de latitud hallaron muchas cuevas grandes hechas en piedra viva, en que había pinturas de hombres y mujeres con vestido decente, y de varias especies de animales. Entre otros misioneros, el P. Joseph Rotea, misionero de San Ignacio de Kadakaamang, reconoció algunas cuevas, que describió de esta manera. Estaba hecha, dice, como media bóveda que estriba sobre el suelo; tiene 30 pies de largo, 15 de ancho y otros 15 de alto (3). Se veían pintados hombres y mujeres con vestidos no desemejantes á los mejicanos; mas estaban descalzos. Los hombres tenían abiertos y algo levantados los brazos, y entre las mujeres había una que tenía extendida la cabellera sobre la espalda y una cimera en la cabeza. Había también pintadas varias especies de animales de California y de países forasteros.

Los colores parecen imitar á los antiguos que los romanos fijaban con el incausto, pues hasta ahora se conservan vivos. Los vestidos de las pinturas humanas no se usan por los californios. Estos dicen que las pinturas y las cuevas se hicieron por una nación agigantada, que había pasado á California desde el Norte...

¿Recibirán ahora debida explicación los grandes restos que se encuentran á orillas del Gila, conocidos con el nombre de Casas Grandes de Motezuma? Si por allá pasaron los Aztecas y éstos eran diestros alfareros y en los productos de su arte aparecen hermosas imágenes, como las de Egipto, en los objetos de Chihuahua, ¿cuál será la consecuencia?

(1) *Catálogo de las lenguas*. Tomo 1.º, pág. 352.

(2) *Storia della California*. Vol. 1.º, lib. 1.º, pa. 17, pág. 107.

(3) Adviértase que la altura y anchura suman la longitud, siendo cada una de las primeras la mitad de la segunda, cosa muy general en las construcciones egipcias.

Sigamos examinando los restos de las demás construcciones.

El egipcio construyó en sus pirámides soberbios enterramientos que aún duran en medio del asombro de los siglos. Esta forma de dar morada á los muertos nos la recuerda la célebre pirámide de Cholula, en la cual también se han encontrado cadáveres y algunos idólitos basálticos.

En la parte del *Pacífico*, en lo que fué morada de los Mixtecas y Zapotecas, se encontraban aquellas moradas subterráneas llenas de columnas, necrópolis á no dudarlo mejor que templos, escavadas en medio de precipicios y veneradas por el misterioso murmullo de las copas de los árboles que disimulaban tan venerandas riquezas.

¿Y qué diremos de Palenqué? ¿Será necesario detenernos á dar cuenta detallada de los celeberrimos monumentos de la ciudad que tenía dos leguas y media de extensión? Conocido es del mundo sabio cuanto se ha dicho de su palacio colocado *sobre una pirámide*, con su torre *piramidal* de treinta y seis varas de altura, de sus relieves pintados de bermellón. No obstante, de los relieves no podemos menos de decir que en ellos hay una marca egipcia innegable. El bajo relieve de estuco, en el cual se representa á una divinidad sentada en un cogín, la obra más perfecta que ha salido de entre las ruinas, aparecen los genios de las esfinges. La diosa lleva pendiente del cuello el símbolo de la *verdad* y de la *justicia*. AMON, AMON; PTHTHAH, PTHTHAH; cual se encuentra en símbolos escritos en nuestra lápida del Nacimiento (Almería) (1).

Otro de los relieves, en que se hallan un hombre y una mejer frente á frente, teniendo la mujer con ambas manos una serpiente, tanto en la forma de sus trajes como en el adorno de ellos y en la mitra de la mujer, se hallan signos clarísimos de nuestro modo de juzgar. Recuerde el lector que en las cuevas de California algunas pinturas no tenían calzado. Descalza aparece la mujer en la pintura que analizamos.

(1) Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*.

¿Qué civilización era la que estos relieves descubren? ¿Qué hombres eran esos?... Saber qué hombres fuesen aquellos es hoy imposible (1).

Bastantes puntos de contacto dejamos indicados para dar alguna respuesta, á pesar del parecer de tan respetable autoridad.

¿Y los monumentos del Yucatán? ¿y los peruanos? Obsérvese que la primera de las dos regiones poco há estampadas en el papel, entrando en el mar forma como una especie de anzuelo al Sur del Golfo Mejicano. Claro es que, según dejamos arriba dicho, al hacer descender á los que poblaron estas regiones desde la cuenca del Mississipi, han debido pasar algunos años y quizás algunos siglos. La civilización, pues, en el Yucatán no es difícil que encierre diferentes elementos. Si en las teogonías hemos hallado tres, ¿negaremos la pluralidad en las artes?

En las molduras de los edificios yucatecas, ¿se veían reunidas todas las molduras del mundo, así las de Atenas como las de Bizancio, las de Asia como las de Europa? (2) ¿No está el Yucatán frente á Cuba y Santo Domingo? Entonces ¿á qué extrañar que tal suceda cuando, según ya hemos dicho, el dios Langan se ha encontrado duplicado en las dos últimas islas? Venimos, pues, á deducir hasta ahora que si en las teogonías y cosmogonías aparecen mezclados tres elementos, el egipcio, el asiático y el griego, las artes, hasta ahora, nos dan como dominantes el griego y el egipcio, el segundo en mayor escala. Pero aún nos faltan los pueblos del Perú.

¿Quién podrá negar el carácter ciclópeo de estas contracciones? dice el Sr. Pí y Margall (3) refiriéndose á las peruanas. Estoy tan lejos de Humboldt que tengo por eminentemente ciclópea la fisonomía de la arquitectura que examino. Uno de los rasgos más característicos de los monumentos que examino de los Incas es la forma de las puertas anchas en el umbral, en el dintel estrechas.

(1) Pí y Margall. *América*, tomo III, págs. 255 y 256.

(2) Pí y Margall.

(3) *América*, pág. 430, tomo III.

Se las compara, y no sin fundamento, con las de Egipto. Pero yo las hallo también en las obras de los Pelasgos (1).

Todo lo que acabamos de decir tiene grandísima relación con la puerta de Signia (2), el muro de Circei (3), con las ruinas del templo de Setia (4), con los restos de construcciones pelásgicas que presenta Duruy en la lámina 41 de la pág xxxviii, y de un modo notable con las puertas figuradas en las ruinas de los enterramientos de Castel d'Asso (5). Examínense escrupulosamente las pinturas funerarias encontradas en Ceré (6), y dígase si no hay bastante semejanza con los relieves de Palenqué.

¿Qué hacían con los cadáveres? Las momias se encuentran por lo regular acurrucadas, teniendo (como las pinturas egipcias indican) la barba entre las piernas. *Envueltas en una tosca estera de junco, ajustada por una red de cabuya de anchas y espaciosas mallas (7).*

Algunas, principalmente en el alto Perú, desaparecen bajo un empalmado de totora en forma de colmena, que tiene una abertura cuadrada por donde asoma el rostro. Tienen debajo tres envolturas; una faja de algodón, un paño de lana y una sábana fina. ¿No se trasluce aquí claramente la costumbre egipcia?

Al tratar de los dólmenes en nuestro escrito de los *Orígenes de España, Francia é Italia*, hemos establecido una teoría que se refiere al Egipto, si bien teniendo en cuenta las modificaciones que los tiempos subsiguientes han podido introducir. Tratemos ahora esta cuestión importantísima en los túmulos americanos.

Es cosa corriente entre los arqueólogos que donde se en-

(1) No es extraño lo de los Pelasgos. Conservaron mucho de los egipcios, si es que algunos Pelasgos no son los mismos hijos del Nilo. Mucho de la primitiva Grecia es egipcio, como mucho que se llama *céltico* y desconocido es *griego*.

(2) Duruy, *Histoire des Romains*, tomo I, pág. 41.

(3) Ídem, id., id., pág. 42.

(4) Ídem, id., id., pág. 188.

(5) Ídem, id., id., pág. 76 (Introducción).

(6) Ídem, id., id., pág. 84, etc.

(7) Pí y Margall, *América*, tomo I, pág. 440.

cuentran esta clase de enterramientos, han debido de existir las primitivas poblaciones. En efecto, es la primera y más sencilla manifestación del arte. No podrá decirse á su vez por una inducción arqueológica muy constante *que semejantes monumentos deben encontrarse en las primitivas poblaciones, invirtiéndose semejante proposición, según dicen los escolásticos?*

Una vez que nosotros hemos tomado por punto de partida la cuenca de Missisipí, allá hase de acudir para encontrar la prueba. ¿Qué nos dicen los escritores que de esto tratan? *Se cree que pasan de diez mil, sólo en el Estado de Ohío (1).* Los hay en los valles y en los llanos, en las vertientes y en las cumbres de las colinas, aislados y en grupos, etc.

Los hay en los demás pueblos de América—los unos en Méjico y también en Quito;—los hay en la misma Europa, y los usaron ya los (mismos) antiguos griegos; pero en ninguna parte son de mucho tan numerosos como en esas comarcas que bañan el Missisipí y sus tributarios (2). En el fondo, ¿no convienen con los monumentos célticos? Téngase cuidado con las condiciones especiales del lugar y la separación de las comarcas, y se explicarán los accidentes de forma y materiales. Muchos de ellos tienen semejanzas con las formas de los vasos peruanos de nuestra colección, y hay vaso peruano que no discrepa de objetos hallados en Italia. Compárese si no el que tiene una serpiente en el tomo I del *Museo Español de Antigüedades*, pág. 211, y la figura que da á conocer Duruy en el tomo I de su *Historia de los Romanos*, página LVIII (Introducción), de una quimera de la galería de Florencia, que tanto más debe tenerse en cuenta cuanto que otros objetos del *Atlas de Micali*, pl. 14, convienen con algunas *tierras-cottas* mejicanas, uno de cuyos ejemplares tenemos el honor de presentar á la consideración del Congreso. Acuda el lector á los escritos de Brasseur, Pi y Margall, Buhland, Janer, Hübner y cuantos se ocupan de algún modo de tales manifestaciones artísticas, y hallará un abundante caudal de datos que probarán una vez más nuestros asertos.

(1) Pi y Margall, *América*, tomo I, pág. 459.

(2) Pi y Margall.

¿Qué significan las tortugas en relieve del Yucatán? (1)
 ¿Qué las culebras en forma de pilares, teniendo la cabeza en la parte inferior de las construcciones de Jula (2), como sucede con los peces en el templo de las monedas de Abdera (3) y en algunas de las pinturas antiguas de Herculano? (4)

Para concluir lo que al arte pertenece, daré, aunque sea brevemente, noticia de las tierras-cottas cuya figura y originales presentamos, objetos hallados hace cinco meses en San Juan de Teotihuacán (Méjico), y traídos á Europa por un hijo del Sr. Pintó, persona conocidísima en Valladolid. ¿Servirán estos objetos para empalmar de nuevo la civilización mejicana con la de Grecia?

¿Quién no ha oído hablar de las *tierras-cottas*? Entre los egipcios se encuentran multitud de estatuillas en los sepulcros, muchas de las cuales se ven en nuestro Museo Arqueológico.

¿Cuántas no se han visto de Cirenaica, de Ática, Sicilia y Calvi? Semejantes objetos hablan por sí solos. Ahora bien; ¿habría también *coroplastas* en las regiones mejicanas? ¿Se regalarían allí unos á otros y serían consagrados á los dioses en víspera de bodas tales juguetes y objetos, cual se hacía en Grecia y Roma? ¿Tendrían también allí sus fiestas sigillaritanas? ¿Eran exvotos ó símbolos religiosos que se enterraban como eternos compañeros en las tumbas? Atendiendo en verdad cuidadosamente á los hallados en Teotihuacán, parecen pertenecer al menos al segundo período por el trabajo que representan, y en el cual el simbolismo religioso no debía ser tanto como Heuzey pretende en los del mundo antiguo, é Hinojosa defiende (5). No se eche en descuido que los fundadores de Cirenaica pasan por DORIOS en tiempo de Battos I. Que Battos II venció á los egipcios, teniendo principio entre 700 á 600 años antes de Jesucristo.

(1) Waldeck, *Voyage en Yucatán*.

(2) Pí y Margall, *América*.

(3) Flórez Delgado. (Monedas).

(4) *Le pitture antiche*.

(5) *Museo Español de Antigüedades*.

No podríamos ahora, según esto, dar más extensión al dicho del malogrado Constabile, *teniendo en cuenta que una de las consecuencias más importantes de los últimos descubrimientos realizados simultáneamente en Asiria y en las regiones del Asia Menor, del Bósforo, de las islas del Archipiélago y de la Cirenaica ha sido demostrar las relaciones y vínculos que unen entre sí el arte oriental con el arte griego y etrusco* sirva también para unirlo con las regiones americanas. ¿No tiene la generalidad por caracteres fenicios primitivos los que se encuentran en las monedas de Cádiz? ¿No convienen con el objeto dado á conocer por el Sr. Delgado, y que se encontró en las murallas de la misma ciudad? ¿Este, en cuanto al dibujo, no tiene relación con el del *Museo Español de Antigüedades*, tomo II, pág. 156? Los trabajos del Sr. Janer revisten una importancia muy grande, hoy más que nunca. Sus escritos relativos á las máscaras confirman nuestra opinión, al mismo tiempo que sus indecisiones desaparecerían si viviera. ¿Qué debe extrañarnos, pues, tanto elemento egipcio, tanto elemento griego si son las dos ruedas de las civilizaciones antiguas? El Egipto enseñó los tejidos al peruano, como al español de Scetabis, y como aquél tenía dioses en cada *nomos*, diferentes, el peruano hacía lo mismo aun con los dioses de sus concejos.

Si uno de los objetos que presentamos tiene una semejanza muy completa con el que el Sr. Pí y Margall nos da en las láminas de su *Historia de América*, no se aleja mucho del publicado por Duruy en la pág. 56 del tomo I (Introducción) de su *Historia de los Romanos*. Este á su vez, comparado con los dibujos, con las figuras del tomo VI, págs. 175 y 173 *Delle antichità de Herculano es un Baco*. Téngase en cuenta que nuestro objeto de barro americano se ofrece con los ojos salientes, y nuestras monedas españolas de *Asido* ¿de *Bora*? etc., etc., nos presentan los toros en la forma respecto de los ojos. Hay más todavía. En la arquitectura polychroma de la Gran Grecia se encuentra, procedente de Metaponte (1),

(1) Duruy, tomo I, pág. 100.

un mascarón de tierra cocida como el que aparece en la obra tantas veces citada del Sr. Pí.

Las teogonías y las cosmogonías nos dieron á conocer tres elementos: el egipcio, el semítico y el griego; las artes nos ponen delante de la civilización egipcia y la civilización griega. ¿Y las lenguas? Terreno es este muy difícil, escabrosísimo. Con el respeto debido á eminentes autoridades, presentaremos, y nada más, nuestras observaciones cuando se oponga nuestro parecer al de los sabios de nuestros tiempos. Tal vez lo que digamos serán para algunos heregías científicas; no obstante, decimos, con el eminente Lenormant, *que hechos nuevos descubren horizontes nuevos, y que en toda ciencia lo que empieza siendo tenido por heregía, concluye á veces siendo una verdad ortodoxa* (1), *contra toda oposición y condena*. Entremos, pues, en el análisis de algunas lenguas americanas comparándolas con algunas del antiguo mundo.

LENGUAS.

Entremos de lleno en materia, comparando el fondo gramatical del egipcio y del quichua.

Encuétrase en quichua la declinación de la siguiente forma, posponiendo al nombre, adjetivo, pronombre y participio las siguientes terminaciones:

Terminando en vocal la palabra.

Genitivo.....	p
Dativo.....	pac
Acusativo.....	cta

Terminando en consonante ó dos vocales.

Genitivo.....	pa
Dativo.....	pac
Acusativo.....	ta

(1) Lenormant, *Les principes de comparaison de l'accadien et des langues jouraméennes*, pág. 11.

Échase de ver que relativamente á los subfijos en su colocación convienen el quichua y el vasco, pues se tiene:

Genitivo (singular) aren-arena-arenac. (plural) en-ena-enac.
Dativo (singular) arentzat. (plural) entzat.

La lengua vasca comparada con la egipcia ofrece semejanza con el valor del genitivo y del dativo, explicándose el tzat vasco con el *entut* del Nilo (1).

En la lengua de los quichés la preposición *ah* es propia del genitivo, antepuesta; así se dice: *ah-pop*. (El de la estera, el Príncipe.)

NÚMERO.

El *quichua* añade la partícula pluralizante *cuna* declinable. Otro modo de dar existencia al plural es repitiendo el nombre ó pronombre. En egipcio se indica por *u* (subfijo) y por la representación gráfica de *tres*, y algunas veces también por la repetición del determinativo, ó de la palabra completa.

El dual en egipcio termina en *ui*: existe sobre todo en los nombres de objetos duplicados por la naturaleza. En quichua se antepone *purap*, *purapni*, *purapnintin* para los duplicados naturalmente y los que en egipcio terminan en *ni* fónicamente, corresponde el gráfico y fónico *ntin* en quichua.

Debemos advertir que el quichua hace más general el número dual, extendiéndole aun para los seres que, una vez establecida cierta relación, esta relación les es necesaria: por ejemplo, *padre é hijo*: *yayantin* de *yaya* (padre:) *casantin*, *marido y mujer* de *casa* (marido) los casados.

PRONOMBRES.

Singular.	<i>Quichua.</i>	Plural.
Yo—ñoca.		Nosotros—ñocanchic, ñocaycu.
Tú—cam.		Vosotros—cauchic.
El—pay.		Ellos—pay pay.

(1) *Orígenes de España, Francia é Italia*, cap. 3.º, pág. 72.

Euskaro.

Singular.	Plural.
Yo—ni, nic.	Nosotros—gu, guc.
Tú—zu, zuc.	Vosotros—zuec.
El—hura, arc.	Ellos—ayez.

Egipcio.

Singular.	Plural.
Yo—annuk.	Nosotros—anon.
Tú—entuk.	Vosotros—entuten.
El—en tuf (m) entus (f).	Ellos—entusen, entuu.

Respecto del quichua y del vasco se ve claramente la conformidad en las dos primeras personas de singular. La tercera es *h* en una y *p* en otra, cambio sencillísimo atendiendo al cambio de las *labiales* y al tránsito de éstas á la *h*. La *g* de la primera persona del plural está implícita en la *ñ*.

Con relación al egipcio y vasco lo hemos impreso ya en nuestros *Orígenes*.

Las diferencias que al parecer se encuentran son efecto de la mayor antigüedad del egipcio sobre el vasco y el quichua, y por eso se explica muy bien cómo el quichua tiene un dual tan perfecto cual es el dual que podemos llamar *el de las relaciones*, perfectísimo en su forma, y en lo cual pocas lenguas pueden gloriarse de poseerla.

En egipcio tenemos entre los pronombres demostrativos, uno, equivalente á veces al de tercera persona (pronombre) *pan pen* (m) *ten* (f) *apen* (plu. m. f.) el cual conviene admirablemente con el de tercera persona de singular quichua *pay*.

El *hura* del vasco pudiera tener más relación con el de tercera persona yucateca (yucatán) *lay* (aquel) puesto que *r* y *l* son letras líquidas.

Debe, pues, admitirse, al menos hasta ahora, que el paralelismo no puede ser más completo y sobre todo teniendo en cuenta los pronombres posesivos yucatecas *In* (mio-yo), *A* (tuyo-tu), *u* (aquel-suyo), *ca* (nosotros-nuestro), *a-ex* (vosotros-vuestro), *u-ob* (aquellos-suyo), que tenían lugar con el presen-

te y pretérito imperfecto de todos los verbos, á excepción del sustantivo.

El siguiente cuadro de los posesivos afijos en una y otra lengua servirá para hacer desaparecer alguna duda relativa á nuestro trabajo:

<i>Quichua.</i>	<i>Egipcio.</i>
(Mio).....—y-niy-ninniy..	a.
(Tuyo).....—yqui-niyqui..	k (m)—t (f).
(Suyo).....—n.....	f (m)—s (f).
(Nuestro).....—n chic.....	an—en.
(Vuestro).....—yquichic.....	tan—ten.
(Suyo, de ellos)—n-ncu.....	sen—n—su.

Aunque en las dos lenguas arriba expresadas se vean como subfijos, en la de *Nahuatl* (mejicana) aparecen como prefijos: así se tiene:

No—putzouh.....	mi	— cerdo.
Mo—putzouh.....	tu	— »
I—pitzouh.....	su	— »
To—putzouh.....	nuestro—	»
Amo—putzouh.....	vuestro—	»
Te—pouzouh.....	de ellos—	»

En nuestros apuntes acerca de los *Orígenes de España, Francia é Italia*, cap. 3.^o, pág. 74, se ha hecho ver la relación del euscaro Au-xe (Este mismo) Ori-xe (Ese mismo) y del egipcio tes-a (mismo yo), tes-k (mismo tu), tes-sem (mismo-ellos). Fíjense nuestros lectores en el siguiente cuadro quichua y admirarán la notabilísima concordancia.

Mismo-yo.....	quiqui-y.
Mismo-tu.....	quiqui-y qui.
Mismo él.....	quiqui-n.
Mismo (s)-nosotros.....	quiqui-nchic.
Mismo (s)-vosotros.....	quiqui-yquichic.
Mismo (s)-ellos.....	quiqui-n.

Por lo tocante á los numerales, los considero modernos, tanto más que en ellos el número *cinco* (*pichca*) y el seis (*socta*) no distan mucho del griego. ¿Cómo una separación tan completa aun con el mejicano?

¿Y los pronombres relativos? *Ima* nos da el quichua para las cosas: *Mo* el egipcio para cosas y personas. *Pi* en quichua es quién. Un pronombre egipcio demostrativo es parecido al citado.

Llegamos al verbo y damos principio por el auxiliar.

Quichua. (Presente.)

Can-n-y-	ser-yo	(yo-soy).
Ca-n-qui-	ser-tú	(tú-eres).
Ca-n-	ser-él	(él-es).
Ca-n-chic	} ser nosotros	(nosotros somos).
Ca-y-cu		
Ca-n-quichic-	ser vosotros	(vosotros-sois).
Ca-ncu-	ser aquellos	(aquellos-son).

Egipcio. (Presente.)

Uon-a	ser-yo	(yo soy).
Uon-k (m)	} ser-tú	(tú-eres).
Uon-t (f)		
Uon-f (m)	} ser-él	(él-es).
Uon-s (f)		
Uon-an-	ser-nosotros	(nosotros-somos).
Uon-ten-	ser-vosotros	(vosotros-sois.)
Uon-sen	} ser-ellos	(ellos-son).
Uon-n		

Perfecto. (*Quichua.*)

Ca-r-ca-n-y-	ser-ser-yo	(yo fuí).
Ca-r-ca-n-qui-	ser-ser-tú	(tú fuiste).
Ca-r-ca-n-	ser-ser-él	(él fué).

Ca-r-ca-nchic	}	ser-ser-vosotros	(vosotros-fuisteis).
Ca-r-ca-yen			
Ca-r-ca-quichic-ser-ser-vosotros			(vosotros fuisteis).
Ca-r-ca-ncu		ser-ser-ellos	(ellos fueron).

Atendiendo al mecanismo, explícate por sí solo atendiendo á la reduplicación de las primeras letras de *Cany*. Por lo restante es lo mismo.

El *Diccionario egipcio* de Brugsch, pág. vi, Introducción, da cuenta de algunas duplicaciones de sílabas y letras, como subfijos y prefijos en el verbo egipcio, y que sirven para hacer ver la conformidad, no sólo en esto, sino en la manera de dar una significación causal á muchos verbos que existen como tales en una y otra lengua. Esta forma subfija de verbo es general y la encontramos á continuación en el verbo regular que pongo para conocimiento del lector:

Apay (llevar) (quichua).

Presente.

Apa—n—y. Llevar yo (yo llevo).
 Apa—n—qui. Llevar tú (tú llevas).
 Apa—n, etc.
 Apa—nchic, etc.
 Apa—y cu, etc.
 Apa—n—quichic, etc.
 Apa—ncu, etc.

Egipcio.

Meh—a. Yo llevo.
 Meh—k (m). }
 Meh—t (f). } Tú llevas.
 Meh—f (m). }
 Meh—s (f). } Él lleva.
 Meh—an. Nosotros llevamos.
 Meh—ten. Vosotros lleváis.
 Meh—sen. Ellos llevan.

Más claridad le da aún el subjuntivo y por eso le colocamos.

Quichua.

Apa—pti—y llevar que—yo (yo lleve).	
Apa—pti—y qui.....	Tú lleves.
Apa—pti—n.....	Él lleve.
Apa—pti—nchic.....	Nosotros llevemos.
Apa—pti—y cu.....	
Apa—pti—y quichic.	Vosotros llevéis.
Apa—pti—n.....	Ellos lleven.
Apa—pti—n cu.....	

Egipcio.

Enti—a—meh.....	Que yo lleve.
Enti—k (m)—meh..	Que tú lleves.
Enti—t (f)—meh....	
Enti—f (m)—meh....	Que él lleve.
Enti—s (f)—meh....	
Enti—en—meh.....	Que nosotros llevemos.
Enti—ten—meh.....	Que vosotros llevéis.
Enti—sen—meh.....	Que ellos lleven.

Claro es que siendo la relación de la lengua aymara y de la quichua muy grande, puede hacerse extensivo á la primera lo que de la segunda queda dicho.

Séanos permitido antes de copiar un trozo interesantísimo para el caso de la *Historia de Filipinas* por el P. Lector, fray Joaquín Martínez Zúñiga, presentar algunas notas referentes á la lengua *tagala* y á la *chilena*.

El lenguaje chileno no tiene *x*: tampoco el tagalo. El primero usa poco la *b*, *f*, *s*, *z*. La *f* y la *z* no existen en el segundo. La *g* para los chilenos tiene un doble valor; el semejante al nuestro y el propio de los franceses. El tagalo dice siempre *gua*, *gue*.

Artículo.

En chileno es *chi*, único é indeclinable. *Ang* en tagalo variado en *sa-nang* en el genitivo; *sa*, para el dativo; *Nang-sa*

para el acusativo causal, y local, *sa*; instrumental en *nang*. El plural en tagalo se hace posponiendo á *ang nang* y *sa* la partícula pluralizante *maña*.

Como se ve, el *ang* permanece constante y puédesele tomar como invariable, pues la variación de *nang* consiste únicamente en la anteposición de una *n*.

Si el chileno no tiene géneros, empleando voces supletorias para distinguirlos, en tagalo son invariables los adjetivos y sustantivos relativamente al mismo.

Pronombres.

Tiene el chileno *inche* (yo), *incho* (dual), *inchiñ* (plural), y el tagalo *acó* (yo), y las siguientes variaciones en el plural *tagó*, *Camí*, *Quitá* y *Catá*. Tienen al menos una letra radical del mismo órgano.

En el de segunda persona se halla *eymi* (tú), chileno; *Icao* (tú), tagalo; y en los de tercera, en una y otra, son *Taye* (aquél...), para el primero, y *Siyá* (aquél), para el segundo.

Verbo.

Coincide el chileno, en cuanto á los subfijos, con el quichua; respecto de las características temporales, con el tagalo. Este último también tiene por subfijas las características pronomino-personales.

Cuando en tagalo se halla la característica *pa* para el imperfecto, no puede menos de llamar la atención el siguiente pretérito-perfecto y pluscuamperfecto chileno, en el cual la característica es *vu* consonante, la primera letra del mismo órgano que la labial *p*.

Mipiltu—vu— u (creí, había creído).

Mipiltu—vu—ymi (creiste, etc.).

Mipiltu—vu— y (etc. etc.).

.....

.....

.....

Si la sílaba *na* es la característica del pluscuamperfecto y

del futuro imperfecto en tagalo, el futuro imperfecto chileno es como se ve:

- Mipiltu—a— u (yo creeré).
- Mipiltu—a—ymi (etc. etc.).
-
-
-
-

Ahora viene perfectamente la autoridad del P. Zúñiga (1). «No es fácil averiguar el origen de estas gentes (*Filipinas*), pero su idioma podrá suministrarnos algunas luces. Aunque las lenguas que hablan los indios son muchas y diversas, se dan tanto la mano unas á otras, que se conoce claramente son todas ellas dialectos de una misma lengua, como la española, francesa é italiana lo son de la latina. Las preposiciones y pronombres son casi los mismos en todas ellas: los nombres numerales se diferencian muy poco, tienen muchos vocablos comunes y es uno mismo el artefacto. Este idioma, que es uno solo con diversos dialectos, se habla desde Madagascar hasta Filipinas, sin que nadie ponga en ello contradicción. Yo añado que se habla en la Nueva Guinea y en toda la tierra austral; en las Marianas, en las islas de San Duisk, en las de Otaiti y en casi todas las islas del mar del Sur. En una colección de viajes en que se hallan varios diccionarios de los términos que pudieron aprender los viajeros en cada una de estas islas he visto con admiración que los pronombres son casi los mismos que los tagalos, los numerales tan semejantes como los de otra lengua cualquiera de estas islas, y los más de los vocablos los mismos, y con la misma significación que en la lengua tagala. Pero lo que más me hizo creer la identidad de estos idiomas fué el examen que hice con D. Juan Hovel, inglés, que hablaba el idioma de San Duisk con un criado suyo natural de aquellas islas. Hallé que el artefacto era el mismo que el de las len-

(1) *Historia de las Islas Filipinas*, por el R. P. M. L. F. Joaquín Martínez de Zúñiga, del orden de San Agustín, impreso en Sampaloc, 1803.

guas que se hablan en Filipinas, y no me quedó razón de dudar que todas estas lenguas son dialectos de un idioma, el más extenso del mundo que se habla por muchos miles de leguas desde Madagascar hasta las islas de San Duisk, Otaiti é isla de Pasquas, que no dista 600 leguas de América, sin que se oponga á esto el que los indios no entiendan á las gentes de estas islas cuando pasan por sus tierras, como tampoco los españoles entienden á los franceses, ni en estas islas se entienden unas provincias á otras.

En la misma colección de viajes hallé un diccionario de solos cinco términos que los españoles pudieron aprender en la costa patagónica, y el uno de ellos era *Balay*, que en aquella tierra significa casa, y con este mismo vocablo nombran casa los pampangos y visayas. Puede ser esta una casualidad que no prueba que la lengua de unos y otros sea la misma; pero viendo yo además de esto que los nombres de América Meridional suenan como los de Filipinas, procuré buscar algún diccionario de aquella tierra, y no hallándole, examiné con cuidado los pocos términos de la lengua de Chile, que Ercilla trae en su *Araucana*, y los hallé bastante conformes á los de la lengua tagala. El nombre *Chile* no es ajeno de este idioma, en donde el cuervo marino se llama *Cachile*, y es también un pronombre que los malayos dan á los hijos de los Reyes. *Chilian*, que es un pueblo de Chile, es una composición tagala, en que, añadiendo un *an*, hacemos que el término signifique lugar donde hay cuervos marinos. *Mapocho*, que es el sitio donde está la ciudad de Santiago, es otra composición tagala para significar lugar; y así de *Pocquiot*, un género de hierbas, sacamos *Mapocquiot*, lugar en donde abunda esta hierba. *Apo* es el nombre que dan al que gobierna, y este nombre dan estos indios al que tiene alguna autoridad (1) en el pueblo.

En Chile se reduplican los términos ó dicciones como *Itaita*, *Biobio*, *Lemolemo*, *Colocolo*, etc., y lo mismo se hace

(1) Esto parece confirmar la traducción dada por Fita á la lápida de Santiago (España), en sus estudios célticos, traducción que desechamos por impropia y anticientífica aunque no le guste.

en tagalo; y así decimos *Ataata*, *Bilobilo*, *Lebomlebom*, *Colocolo*. Los demás vocablos, ó son tagalos, ó muy semejantes, y es mucha la conexión que en tan pocos nombres se encuentra en estas dos lenguas para ser casualidad, aunque no basta para que digamos que son dialectos de una misma lengua.

Si cotejando los artes y dicciones de estos dos idiomas se hallara que dimanaran de una misma lengua, me atrevería á decir que los indios de Filipinas traen su origen de los indios de la América Meridional, y que la lengua de éstos es el idioma principal, de que todos los de estas islas son dialectos. Muchos tendrán esto por una paradoja, porque estando tan cerca los malayos, parece que deben descender de ellos los filipinos, como generalmente han creído nuestros autores. No puedo negar que estas islas se pudieron poblar fácilmente por los malayos; pero ¿cómo poblaremos las islas de Palaos y Marianas, que distan más de trescientas leguas? ¿Por dónde llevaremos á los que poblaron las islas de San Duisk y Otaiti, que distan dos mil leguas de Filipinas? Todas estas gentes tienen la misma lengua, las mismas facciones, las mismas costumbres, y, por consiguiente, el mismo origen que nuestros indios: no es posible que fuesen de Filipinas á poblar aquellas tierras, porque en toda la zona tórrida reina constantemente el viento Oeste, que, soplándoles por la proa, no les permitirá hacer la navegación á aquellas islas; antes por el contrario, debemos creer que los habitantes de todas las islas del mar del Sur vinieron del Oriente viento en popa, como hemos visto acaecer á los indios de Palaos, que han arribado varias veces á las nuestras costas impelidos del viento, sin que los Lestes les hayan permitido volver á su tierra. Supongamos que entonces no estaban pobladas estas islas; sin duda ellos hubieran sido los primeros pobladores. No sabemos que nuestros indios por un igual accidente hayan sido llevados de los vientos á las islas del Oriente; antes bien, creemos lo contrario, pues á veces los mejores pilotos no pueden hacer esta navegación y se vuelven sin encontrar las islas para donde iban, por necesitar tomar altura para este viaje. En este punto debe-

mos buscar lo más fácil, que es el que los pobladores viniesen del Oriente de isla en isla, y así la tierra más al Leste, donde se halló el idioma tagalo, debe ser el país de donde traen su origen nuestros indios.

Podía alguno detenerse en asentir á esta verdad, movido de que entre los indios se halló entablado el uso de escribir en la forma que lo hacen los malayos; pero pudo acaecer muy bien que trajesen su origen de otras naciones y aprendiesen á escribir de los malayos, los cuales tomarían esta ciencia del continente de la India. El modo de escribir era formando los renglones de alto á bajo, empezando por la izquierda y acabando por la derecha: al modo de los hebreos y de los chilenos, sus caracteres eran enteramente diversos de los nuestros; no tenían vocales, porque siendo éstas solamente tres en esta lengua, *á, é, ú*, poniendo un punto encima ó debajo de la consonante; no poniendo punto alguno, se conoce fácilmente que es la vocal que corresponde á la letra consonante, y se lee muy bien sin necesitar de vocales.»

BERNARDINO MARTÍN MINGUEZ.

(Se concluirá).





LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)



ERO... ¿es que... en efecto?...—comenzó á decir María con un acento de curiosidad.

—No me preguntéis nada—interrumpió bajando la otra los ojos.—Era tan joven é inconsciente... Por lo demás, no trato de justificarme.

—Sin embargo, ¿por qué no hemos de tratar? No os desesperéis—replicó María.

Y quiso hacerle una caricia en la mejilla; pero echando una mirada á sus facciones, se intimidó. Por modesta que sea, es siempre una elegante.

—¿Estáis enferma?—preguntaba durante este tiempo Pauchine á Lise.

—Sí, no estoy buena.

—Ya os entiendo—dijo después de un silencio bastante largo.—Sí, ya os entiendo.

—¿Qué queréis decir con eso?

(1) Véase la pág. 97 de este tomo.

—Ya os entiendo—volvió á decir con énfasis Pauchine, que no sabía qué decir.

Lise se turbó un momento, pero no tardó en abrazar con valentía su partido.

Pauchine afectaba un aire misterioso; calló y volvióse tomando un ademán grave.

—Me parece que son ya las once—observó María.

Todos comprendieron la indirecta y comenzaron á despedirse.

Bárbara Pavlowna tuvo que prometer que volvería al día siguiente á comer, y que traería á Adda; Guedeonofski, que por poco se duerme sentado en un rincón, se ofreció á acompañarla á su casa.

Pauchine saludó á todo el mundo con maneras muy solemnes; pero hallándose después en el pórtico con Bárbara, que estaba subiendo al coche, le apretó la mano, diciéndole otra vez:

—Hasta la vista.

Guedeonofski se había colocado al lado de ella, y durante el trayecto, Bárbara se divertía en poner, como por casualidad, la punta de su pequeño pie sobre el de su acompañante; él se turbaba y se confundía en cumplimientos, mientras que ella sonreía con coquetería, y le molestaba con su mirada cuando penetraba en el coche el reflejo de la luz de algún reverbero de la calle.

El vals que acababa de tocar volteaba aún en su cabeza y la preocupaba. Cualquiera que fuera el sitio en que se encontrase, le bastaba con representarse una sala de baile, sus luces, una vuelta rápida al compás de la música, para que una animación febril brotara en seguida en su alma; sus ojos se iluminaban de un fuego interior, una sonrisa vagaba por sus labios y una cierta gracia lasciva parecía extenderse por toda su persona.

Cuando llegó á su casa, saltó con ligereza del carruaje; sólo los elegantes saben saltar así; se volvió á Guedeonofski, y de repente se echó á reír en sus barbas.

—Es una criatura encantadora—pensó el consejero de Estado, al volver á su casa, en donde le esperaba su criado con

un frasco de bálsamo de Opodeldoch;—felizmente, yo soy ya un hombre tranquilo... Pero ¿por qué se habrá echado á reir?

Marpha pasó toda la noche á la cabecera de Lise.

XL.

Lavretzky permaneció día y medio en Wassitieswkoé, y casi todo este tiempo no hizo más que vagar sin objeto por los alrededores. No podía permanecer en el mismo sitio; la pena le consumía; experimentaba todos los tormentos de una pasión fogosa y sin límites. Recordaba el sentimiento que se apoderó de su alma al día siguiente de llegar, y sus resoluciones de entonces, y se enfadaba consigo mismo. ¿Qué era lo que había podido sacarle de la vía del deber y del único fin que en lo sucesivo era permitido á su existencia? Todavía, y siempre sería la sed de felicidad. «Has querido de nuevo probar la dicha de este mundo—decía hablando consigo mismo,—te has olvidado de que es un lujo en la vida, un favor inmerecido cuando por casualidad visita una vez á un hombre. Pero mi felicidad ha sido incompleta, mentira—dirás.—Y bien, ¿cuáles son los derechos á una felicidad completa y real?» Miró en torno suyo. «¿Quién goza de perfecta felicidad? Mira ese aldeano que va á segar. ¿Puede estar satisfecho de su suerte? ¿Cambiarías tu posición por la suya? Acuérdate de tu madre, cuyas aspiraciones no podían ser más modestas, y qué destino le cupo en suerte á pesar de esa modestia. ¿Has querido hacerte valer á este Pauchine cuando le decías que tu venida á Rusia había sido para labrar la tierra? Y sólo has vuelto para correr, al declinar ya tu vida, detrás de las jóvenes solteras; apenas te has creído libre, cuando, olvidándolo todo, te has puesto á perseguir tus ensueños como un niño persigue á una mariposa.»

En medio de estas reflexiones, la imagen de Lise se ofrecía continuamente á su espíritu, aunque se esforzaba en rechazarla; rechazaba al mismo tiempo otro recuerdo, sin ce-

sar presente en su memoria, con sus pasiones detestadas; un recuerdo en el cual la imagen de la belleza ocultaba un corazón falso y cruel. El criado Antonio notó que su amo no estaba en su ser; durante algún tiempo se contentó con suspirar detrás de la puerta; por fin ya se atrevió á aproximarse á él para proponerle que tomase algo caliente. Lavretzky se encolerizó contra el anciano, le echó del cuarto, y después le dió sus excusas. El afecto de Antonio no hizo más que aumentarse con esto. Lavretzky se sintió incapaz de quedarse en el salón; le parecía que su abuelo Andrés, desde el fondo de su cuadro, miraba con desprecio á su débil descendiente. ¡Ay, ay! ¡Nadas en la superficie!—parecían decirle sus expresivos labios. «¿Será esto posible—pensaba,—que me deje dominar por parecidas quimeras? En la guerra los heridos se imaginan siempre que sus heridas no tienen ninguna gravedad. No nos hagamos ilusiones; yo ya no soy un niño, y después de todo, he visto muy de cerca la felicidad, la he podido creer posible... y se ha desvanecido. Que la rueda de la fortuna dé vueltas aún y el pordiosero pueda volverse rico; pero cuando una cosa no debe ser, no hay que pensar en ella.

Volveré á mi misión sellándome los labios, y sabré condenarme al silencio. Además, no es la primera vez que trato de dominarme. ¿Y por qué he huído? ¿Por qué estoy aquí escondiendo la cabeza como la cigüeña? Dicen que es muy duro mirar á la desgracia frente á frente. ¡Vamos, pues!»

—Antonio —dijo en voz alta,—di que enganchen en seguida mi *tasantass*. Sí—pensó nuevamente,—es necesario imponerse silencio y hacerme dueño de mi corazón.

Con estos ó parecidos razonamientos trataba Teodoro de disipar la pena; pero el dolor era grande y profundo, lo mismo que la víspera.

Parecía que ya había perdido todo sentimiento, si bien no toda la inteligencia. Antonio bajó la cabeza y acompañó tristemente á su amo con la mirada, cuando le vió subir al carruaje é ir á la villa. El caballo marchaba con rapidez; Teodoro, derecho é inmóvil, miraba fijamente al camino que tenía delante.

XLI.

La víspera había escrito Lise á Lavretzky que viniera aquella tarde. Fué éste primero á su casa, y no halló en ella ni á su mujer ni á su hija. Los criados le dijeron que estaban en casa de los Kalitine, y tuvo al saberlo una nueva explosión de furor.

—¡Esta mujer ha jurado envenenar mi vida!—dijo para sí con el corazón lleno de cólera.

Se puso á andar por su cuarto á paso largo, echando á rodar todo cuanto encontraba á su paso, juguetes de niño, libros, objetos femeniles.

Llamó á Justina y le dió orden de que se llevase todas aquellas inutilidades.

—Sí, señor—contestó ella haciendo gestos, y comenzó á arreglar el cuarto como por favor; pero cada uno de sus movimientos hacía sentir claramente á Lavretzky que á sus ojos sólo era un oso mal enseñado. Él miraba con odio en el corazón aquel rostro parisiense y burlón y provocativo, aunque ya estropeado, aquella figura con sus manguitos blancos, su delantal de seda y su gorrita. Al fin la echó de allí, y después de muchas dudas, viendo que no volvía su mujer, se decidió á ir á casa de Kalitine.

Por nada del mundo hubiese querido entrar en el salón de María, en el cual se hallaba su mujer, pero sí al cuarto de Marpha. Recordó que la escalera de servicio de las doncellas daba justamente allí. La casualidad vino en su ayuda, pues encontró á Schourotschka en el patio y le condujo al cuarto de la señora anciana.

La halló sola, contra su costumbre, con la cabeza baja y descubierta y las manos cruzadas sobre el pecho.

Al verle se sintió presa de una viva agitación, se levantó bruscamente y se puso á pasear por el cuarto como si buscara su gorra.

—¡Ay! ¿Tú aquí?—dijo con agitación, evitando su mirada.—¡Adiós! Y bien, ¿qué hay? ¿Qué vamos á hacer? ¿En

dónde estuviste ayer?... ¿Conque ha llegado?... Bien, si... Es preciso de una manera ó de otra...

Lavretzky se dejó caer sobre una silla.

—Sí, sí, siéntate—continuó la anciana.—Has subido aquí derecho; sí, sí, naturalmente. ¿Has venido á ver qué cara pongo yo? Gracias.

La anciana calló, y Lavretzky no sabía qué decir, pero todo lo comprendía.

—Lise, sí, Lise ha estado aquí hace un momento—continuó, atando y desatando los cordones de un saco de labores.—No se siente muy buena. Schourotschka, ¿en dónde estás? Ven aquí, hija mía. No puedes estarte quieta; yo tampoco: me duele la cabeza. Es sin duda ese canto, la música.

—¿De qué canto habláis, tía?

—¡Cómo! ¿Pues no lo sabes? ¿Cómo llamáis á eso? Duos, creo, y siempre en italiano, tchi y cha... Verdaderos gritos de cornejas. Dan unas notas que retuercen el alma. Ese Pauchine, y además la tuya. ¡Y qué bien se han arreglado, pronto y sin ceremonias, como si fuesen parientes! Pero después de todo esto, el perro busca su refugio. Hacen esfuerzos para poner buen semblante, y que no les pongan en la puerta.

—Confieso que á pesar de todo no esperaba esto—respondió Lavretzky;—se necesita un gran atrevimiento.

—No, no, amigo mío; no es atrevimiento, sino cálculo. Pero que Dios la perdone. Dicen que tú la mandas á Lavriki. ¿Es verdad?

—Sí, pongo esta hacienda á su disposición.

—¿Te ha pedido dinero?

—Aun no.

—No tardará mucho. Pero ahora acabo de verte la cara. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¡Schourotschka!—exclamó la anciana de repente.—Vé á decir á la Srta. Lise... es decir, no... pregunta por ella... Está abajo, ¿no es verdad?

—Sí, está abajo.

—Eso es; pregúntale en dónde ha puesto mi libro. Sabrá sin duda...

—Ya entiendo.

La anciana se volvió á agitar; sacaba uno por uno los cajones de la cómoda. Lavretzky estaba inmóvil en su silla. De repente se oyeron ligeros pasos en la escalera, y entro Lise. Teodoro se levantó á saludarla. La joven se detuvo en la puerta.

—¡Lise, Lise mía!—dijo la anciana con acento preocupado.—¿Dónde está mi libro? ¿Dónde le has puesto?

—¿Qué libro, tía?

—¡Dios mío! ¡Mi libro! Además, yo no te he llamado, pero es igual. ¿Qué hacías abajo?... Mira á Fédor, que ha venido. ¿Y tu cabeza?

—Esto no es nada.

—Siempre dices que no es nada. ¿Qué se hace en la sala? ¿Aun dura la música?

—No; están jugando á las cartas.

—Sí, sí, son para todo. Schourotschka, ya ves que tienes ganas de correr por el jardín; vete allí.

—Pero no, señora...

—No razones, te lo ruego. Nastasia Carpovna ha ido sola; vé á acompañarla; es preciso manifestar deferencia á esa buena señora.

La muchacha salió.

—¿Pero dónde tengo la gorra? ¿En dónde la habré puesto? No, no, quédate sentada; aun pueden llevarme estas piernas, aunque viejas... Debe de estar en mi alcoba.

Y echando una mirada con disimulo á Lavretzky, se alejó. Había primeramente dejado la puerta abierta, pero en seguida volvió á cerrarla. Lise se apoyó en el respaldo del sillón, y se llevó muy despacio la mano al rostro. Él no se movió.

—Mirad cómo debíamos volvernos á ver—dijo por último.

Lise retiró la mano.

—Sí—contestó con voz sorda;—pronto hemos sido castigados.

—¡Castigados!—repitió Lavretzky.—Pero vos, ¿por qué habéis de ser castigada?

Lise levantó los ojos á él; no expresaban ni dulzura ni

turbación; solamente parecían más tranquilos y menos grandes. Su rostro estaba pálido; sus labios, ligeramente entreabiertos, habían palidecido también. El corazón de Teodoro se estremeció de piedad y de amor.

—Me habéis escrito: «Todo se acabó»—murmuró él.—Tenéis razón, todo ha acabado antes de comenzar.

—Es preciso olvidarlo todo—dijo Lise;—me alegro que hayáis venido; quería escribiros, pero esto es mucho mejor. No podemos perder tiempo; los dos tenemos deberes que cumplir: vos, Fédor, debéis de reconciliaros con vuestra mujer.

—¡Lise!

—Yo soy quien os lo pide. Es la única manera de expiar todo lo que ha pasado. Reflexionad en ello, y no me lo rehusaréis.

—¡Lise, en nombre de Dios, me exigís un imposible! Estoy pronto á hacer todo cuanto me pidáis, pero reconciliarme con ella ahora...

Consiento en todo, todo lo he olvidado; pero no puedo, á pesar de eso, forzar mi corazón... ¡Tened piedad de mí!... Esto es demasiado cruel.

—No exijo de vos... lo que decís. No viváis con ella si no podéis; pero reconciliaos—añadió Lise, llevándose de nuevo la mano á los ojos.—Acordaos de vuestra hija, y hacedlo por ella.

—Eso, bien—dijo entre dientes Lavretzky.—Y supon-gamos que yo haga eso: sería llenar mi deber. Pero ¿en qué puede consistir el vuestro?

—Esto me toca á mí saberlo.

Lavretzky se estremeció.

—¿Os habréis decidido á casaros con Pauchine?

Lise sonrió imperceptiblemente.

—¡Nunca!

—¡Ay, Lise, Lise!—exclamó Teodoro.—¡Cuán felices podíamos haber sido!

Aquella le miró con interés.

—Ahora veis por experiencia, Fédor, que la dicha no depende de nosotros mismos, sino de Dios.

—Pero esto es porque... sí, porque vos...

La puerta del cuarto inmediato se abrió de repente, y apareció Marpha con la gorra en la mano.

—Me ha costado mucho trabajo encontrarla—dijo, poniéndose entre Lavretzky y Lise.—La había ocultado yo misma en un rincón. ¡Ay, qué desgracia es el ser vieja! Pero la juventud no vale tampoco mucho más. ¿Vas tú mismo á llevar tu mujer á Lavriki?—dijo, dirigiéndose á Fédor.

—¿Yo con ella á Lavriki? No sé todavía—añadió después de un momento de silencio.

—¿No bajas?

—Hoy no.

—Haces bien; pero tú, Lise, creo que debes bajar. ¡Ay, Dios mío! Se me ha olvidado darle el grano al mirlo. Espera un instante, vuelvo en seguida.

Y Marpha se lanzó fuera del cuarto sin ponerse la gorra. Lavretzky se aproximó rápidamente á Lise.

—Lise—le dijo con voz suplicante,—vamos á separarnos para siempre; mi corazón se desgarrá. Dadme la mano en señal de despedida.

Lise levantó la cabeza; su mirada casi sin brillo se detuvo en él.

—No—murmuró, retirando la mano que él le había tendido ya.—No, Lavretzky (le llamó así por primera vez); no os daré la mano. ¿Para qué? Retroceded, os lo ruego; ya sabéis que os amo. Sí, os amo—añadió con fuerza;—pero no, no...

Y se llevó el pañuelo á los labios.

—Dadme al menos ese pañuelo.

Sonó la puerta.

—Tomad—dijo rápidamente Lise.

El pañuelo se escurrió sobre sus rodillas; Lavretzky lo cogió sin darle tiempo á caer, y lo ocultó con viveza en el pecho; al volverse encontró los ojos de Marpha.

—Lise, hija mía, me parece que te llama tu madre—dijo la anciana.

Esta se levantó rápidamente y salió. Marpha se sentó de nuevo en su rincón y Teodoro quiso despedirse.

—Fédor—dijo de repente.

—¿Qué queréis, tía?

—¿Eres un hombre honrado?

—¡Cómo!

—Te pregunto si eres un hombre honrado.

—Creo que sí.

—¡Hum! Pues bien, dame tu palabra de honor que eres un hombre honrado.

—Con mucho gusto; más ¿para qué?

—Esto es negocio mío. Y tú mismo, querido, si piensas en ello, pues no eres ningún tonto, comprenderás por qué te pregunto esto. Y ahora, adiós, y mil gracias por haber venido á verme. Acuérdate de la palabra que has dado y abrázame. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué penoso es todo esto para tí! Lo comprendo muy bien; pero todo el mundo tiene sus penas. Mira, yo antes envidiaba á las moscas.

Mirad—decía,—ésas sí que tienen buena vida en este pícaro mundo; pero una vez ví á una cómo se defendía contra las patas de una araña, y dije para mí: «Parece que éstas tienen también sus días de tempestad.» ¡Qué hemos de hacer, hijo mío!... No olvides, á pesar de todo, tu promesa. Vete...

Bajaba ya Lavretzky la escalera de servicio y se aproximaba á la puerta cochera, cuando vino un criado á decirle que María le rogaba que fuese á su habitación.

—Decidle que ahora no puedo...—respondió Fédor.

—Os ruego que vayáis en seguida—continuó el lacayo,—y me encarga que os diga que está sola.

—¿Se ha marchado ya la gente?

—Sí, señor—dijo el lacayo, conteniendo las ganas de reír. Lavretzky se encogió de hombros y le siguió.

XLII.

María estaba sola en su gabinete, sentada en un sillón á la Voltaire y aspirando el olor de un frasco de agua de colonia. Tenía al lado una mesa con un vaso de agua de flor de

azahar. Estaba agitada y con aire turbado. Entró Lavretzky y la saludó fríamente, diciendo:

—¿Deseabais verme?

—Sí—respondió María, y bebió un pequeño sorbo.—He sabido que habéis ido derecho á casa de mi tía, y os he hecho avisar porque yo tengo que hablaros. Sentaos, os lo ruego.

María tomó aliento.

—Ya sabéis que ha venido vuestra esposa.

—Ya lo sé—dijo Lavretzky.

—Sí, sí; pero es decir que ha venido á mi casa y que la he recibido. Sobre este punto quería tener con vos una explicación. Puedo, gracias á Dios, decir que he merecido una estimación general, y por nada del mundo haría una cosa inconveniente. Aun cuando previera que esto podría seros desagradable, no he podido tomar sobre mí la responsabilidad de cerrarle la puerta. Es parienta mía, gracias á vos; y, poneos en mi lugar. ¿Qué derecho tenía yo para negarle la entrada en mi casa? ¿Convenís en ello?

—Hacéis mal en inquietaros por mí; habéis hecho bien—dijo Lavretzky.—No estoy incomodado de ninguna manera, no tengo intención de prohibir á Bárbara Pavlowna que visite á sus conocimientos. Solamente no he entrado hoy en vuestro cuarto porque no deseaba encontrarme con ella, nada más.

—¡Ay, cuánto me alegro de oír eso de vuestra boca!—exclamó María.—Además, no podía esperarse menos de la nobleza de vuestros sentimientos. En cuanto á mi inquietud, no hay en ella nada que pueda sorprenderos: soy mujer y soy madre. En lo que concierne á vuestra esposa, no puedo ciertamente ser árbitro entre los dos; así lo he dicho á ella. ¡Es tan amable! No se puede menos de hallar placer en su conversación.

Lavretzky se sonrió con ironía, dando vueltas al sombrero, que tenía en la mano.

—Y además quería deciros—añadió María aproximándose un poco más á él,—¡si vierais qué aire tan modesto y tan respetuoso tiene! ¡Es conmovedor! ¡Si vierais qué bien me

ha hablado de vos! «¡Yo soy—me ha dicho—la culpable con él, no le he sabido apreciar, es un ángel y no un hombre!» Sí, sí, esta es su manera de hablar: un ángel. ¡Se halla tan arrepentida! Os doy palabra de que nunca he visto un arrepentimiento parecido.

—A propósito, María—dijo Lavretzky,—desearía saber una cosa: me han dicho que ha cantado aquí; ¿fué esto en el instante de manifestar su arrepentimiento, ó bien...

—¡Ay! ¿Cómo no os da vergüenza de hablar así? Ha cantado y tocado al piano, pero sólo por serme agradable, porque se lo pedí con insistencia y casi mandado. La veía tan triste que la quise distraer; además, había oído decir que tenía mucho talento músico, y con efecto, es una mujer completamente acabada; preguntádselo á Guedeonofsky. ¿Y aún la acusáis?

Lavretzky se encogió de hombros.

—Además, vuestra Adda es un ángel—continuó María.— ¡Qué chica tan deliciosa! ¡Qué bonita y qué talento tiene! ¡Qué bien habla el francés! Y comprende también el ruso.

Me ha llamado tía. No es nada huraña, como suelen serlo las chicas de su edad; se os parece de un modo increíble. Los ojos, las cejas son de vos completamente. Confieso que no me gustan mucho los niños pequeños, pero estoy enamorada de vuestra hija.

—María, permitidme que os pregunte la causa que os obliga á hablarme así.

—¿Qué causa?—María aspiró el agua de Colonia y bebió un sorbo.—Os hablo así... para... porque... soy parienta vuestra y tomo el mayor interés en todo lo que os concierne; sé que vuestro corazón es excelente. Escuchad, primo mío, al fin y al cabo soy una mujer de experiencia y no arrojé mis palabras al viento; perdonad, perdonad á vuestra esposa.

Los ojos de María se llenaron súbitamente de lágrimas.

—Pensad en esto—añadió;—la juventud, la inexperiencia, tal vez también los malos ejemplos, la causa de no estar al lado de su madre para conservarla en el buen camino... Perdonadla, Fédor; ya ha sido bastante castigada.

Las lágrimas de María corrieron por sus mejillas sin que tratase de enjugarlas; la gustaba llorar.

Lavretzky estaba en ascuas.

—¡Dios mío!—pensaba.—¡Qué suplicio! ¡Qué día el de hoy!

—¿No me respondéis?—continuó María.—¿Qué debo pensar de esto? ¿Es posible que seáis tan cruel? No, no quiero creerlo. Comprendo que mis palabras os han convencido. Dios os recompense vuestra bondad, Fédor. Aceptad, pues, de mis manos á vuestra esposa.

Lavretzky se levantó involuntariamente y María también, y pasando detrás de un biombo, hizo aparecer á Bárbara Pavlowna. Pálida, medió muerta, con los ojos hundidos, tenía el aire de haber abdicado todas las preocupaciones personales y haberse puesto por completo en manos de María.

Lavretzky dió un paso hacia atrás.

—¿Estáis aquí?—exclamó.

—No la acuséis—se apresuró á decir María;—no quería de ninguna manera quedarse, pero yo se lo he mandado, y yo también la hice sentar detrás de ese biombo. Ella aseguraba que esto os enfadaría aun más, pero yo no he querido escucharla, porque os conozco mejor que ella misma. Aceptad, pues, de mi mano vuestra esposa. Id, Bárbara, no temáis nada. Arrojaos á los pies de Teodoro—la llevó de la mano,—y que mi bendición...

—Esperad, María—interrumpió Lavretzky con una voz sorda, pero vibrante.—Probablemente os agradan escenas sentimentales (no se equivocaba en esto, pues María había conservado desde el instituto el gusto á los efectos teatrales); os divierten, pero hay personas á quienes no les gustan. Además, no es con vos con quien voy á hablar, pues no sois el personaje principal de esta comedia. ¿Qué deseáis de mí, señora?—añadió volviéndose á su mujer.—¿No he hecho ya por vos todo lo que podía hacer? No me vengáis con que esta entrevista no ha sido preparada por vos, porque no lo creería, y ya sabéis que tengo derecho á no creerlo. ¿Qué queréis, pues? Tenéis bastante talento, y no hacéis nada sin algún fin. Debéis comprender que el vivir con vos, como antes, me sería ahora imposible, no porque os quiera mal, sino

porque me he vuelto otro hombre. Ya os lo dije al día siguiente de vuestra llegada, y vos misma en aquel momento, en el fondo de vuestro interior, me dabais la razón. Pero queréis rehabilitaros en la opinión pública, y no os basta vivir en una casa mía, sino que queréis que vivamos bajo el mismo techo, ¿no es esto?

—Deseo que me perdonéis—murmuró Bárbara Pavlowna sin levantar los ojos.

—Lo que desea es que la perdonéis—repitió María.

—No por mí, sino por Adda—continuó á media voz.

—No por ella, sino por su Adda—volvió á repetir María.

—Perfectamente. ¿Lo queréis así?—dijo Lavretzky con esfuerzo.—Pues bien; sea, consiento hasta en esto.

Bárbara Pavlowna lanzó sobre él una rápida mirada.

—¡Dios sea bendito!—exclamó María.

Y volvió á empujar del brazo á Bárbara.

—Ahora recibid, pues, de mi...

—Esperad os digo—interrumpió Lavretzky.—Consiento en vivir con vos, es decir, en llevaros á Lavriki y quedarme allí el tiempo que tenga fuerza para ello; después partiré, pero volveré de vez en cuándo. Ya lo veis, no quiero engañaros; pero no exijáis más de mí. Vos misma os reiríais si llenase los deseos de vuestra respetable parienta, si os estrechase contra mi corazón, asegurándoos que... todo lo que ha pasado no ha ocurrido nunca, que el árbol arrancado va á volver á florecer. Pero comprendo que es preciso someterse. ¿No es así como entendéis estas palabras?... ¡Qué importa! Lo repito, viviré con vos... No, no puedo prometerlo... Me reconciliaré con vos, os reconoceré aún como mujer mía.

—Dadle al menos la mano á fin de que ya no dude más—dijo María, cuyas lágrimas se habían secado hacía ya mucho tiempo.

—Nunca he engañado á Bárbara Pavlowna—respondió Lavretzky,—y me creerá sin eso. La llevaré á Lavriki, pero acordaos de que en cuanto salgáis de allí se romperá nuestro tratado. Ahora permitidme que me aleje.

Saludó á las dos señoras y se salió muy de prisa.

—¿No os la lleváis en vuestra compañía?—gritó el ama de la casa.

—Dejadle—murmuró Bárbara Pavlowna.

Después abrazó á la anciana, dándole gracias y besándole la mano, llamándola su ángel salvador.

María recibía todas estas caricias con aire de condescendencia; pero en el fondo de su corazón no estaba contenta ni con Lavretzky ni con su mujer, ni de aquella escena que había preparado. No la encontraba bastante sentimental, pues á su parecer, Bárbara debió haberse arrojado á los pies de su marido.

—¿Cómo no me habéis comprendido—le dijo,—á pesar de que os empujaba diciendo arrodillaos?

—Ha sido mucho mejor así; tranquilizaos, querida tía, todo ha pasado perfectamente.

—¡Oh! Pero él es más frío que el hielo—continuó María.—Vos no habéis llorado, es verdad, pero yo ¡cuántas lágrimas no he vertido! ¡Quiere encerraros en Lavriki como en un convento! Pues qué, ¿no podréis siquiera venir á verme? Los hombres no tienen corazón—añadió alzando la cabeza de una manera significativa.

—En cambio, las mujeres sabemos apreciar la bondad y la generosidad.

Y dejándose escurrir dulcemente sobre las rodillas de María, enlazó con sus brazos el redondo talle de la buena señora, estrechando contra ella el rostro. Este rostro sonreía con malicia mientras volvían á correr las lágrimas de María.

Durante este tiempo había vuelto á su casa Lavretzky, y encerrándose en el cuarto de su criado, se había echado sobre un diván, en donde pasó hasta el día siguiente por la mañana.

XLIII.

El día siguiente era un domingo: el sonido de las campanas que anunciaban la primera misa recordó á Lavretzky, que no había cerrado los ojos en toda la noche, otro domingo en el que, por complacer á Lise, fué á la iglesia.

Se levantó á toda prisa; una voz misteriosa le anunciaba que la vería aún allí aquel día. Salió de su casa, cuidando de no hacer ruido y encargando que dijeran á Bárbara Pavlowna que no se había despertado aún, pero que estaría á la hora de la comida, y se dirigió á paso muy largo del lado que le llamaba el triste y monotonó eco de las campanas.

Llegó demasiado pronto; no había casi nadie en la iglesia; el sacristán, de pie en el coro, rezaba las horas; su voz era interrumpida de vez en cuando por las toses que resonaban á compás, unas veces altas, y apagándose otras. Lavretzky se quedó al lado de la puerta.

Los fieles iban llegando unos tras otros; se detenían, hacían la señal de la cruz y saludaban á todos lados; sus pasos resonaban en la bóveda vacía y en el silencio.

Una vieja enferma y vestida con un traje de capucha estaba de rodillas al lado de Lavretzky y oraba con fervor; su rostro amarillo y arrugado, su boca sin dientes expresaban una viva emoción; sus ojos encarnados permanecían fijos é inmóviles en la imagen de la *iconostase*; su mano huesada salía continuamente de debajo del vestido y hacía lentamente y con un ademán brusco grandes signos de cruz.

Un aldeano de espesa barba y de rostro avinagrado, con los cabellos y el traje muy desordenados, entró en la iglesia y se arrodilló de golpe, persignándose varias veces, sacudiendo la cabeza y echándola hacia atrás, después de prosternarse hasta el suelo. En sus facciones y en todos sus movimientos se pintaba un amargo dolor. Lavretzky se acercó á él y le preguntó qué tenía. El aldeano retrocedió con aire temeroso y brusco, pero después de mirarle dijo con voz hueca:

—Se me ha muerto mi hijo.

Y volvió á arrodillarse.

¿Qué podría reemplazar para éstos el consuelo de la iglesia? pensó Lavretzky. Él mismo trató de rezar, pero su corazón estaba tan oprimido y tan duro, que su pensamiento marchaba lejos. Esperaba á Lise, y Lise no venía; la iglesia iba llenándose de gente, pero la joven no llegaba por ningún lado. Había empezado la misa, acabado la lectura del Evangelio y comenzaba el ofertorio, cuando se adelantó un poco

y vió á Lise. Estaba allí antes que él y no la había visto, oculta entre la pared y la reja del presbiterio, inmóvil, sin mirar á su alrededor.

Lavretzky no separó de ella los ojos hasta el final de la misa y le dirigió el último adiós. La multitud comenzaba á marcharse y ella seguía siempre en su sitio, tal vez esperando á que Lavretzky se fuese.

Por último se persignó por última vez y salió sin volverse, acompañada solamente por una doncella.

Lavretzky salió de la iglesia después que ella y la alcanzó en la calle; iba á paso muy largo, con la cabeza inclinada y el velo echado.

—Buenos días, Lisabeta—dijo en alta voz y fingiendo indiferencia.—¿Me permitís que os acompañe?

Lise no respondió; él continuó andando á su lado.

—¿Estais contenta de mí?—le preguntó, bajando la voz.—¿Sabéis lo que pasó ayer?

—Sí, sí—murmuró la joven.—Está bien.

Y andaba aún más aprisa.

—¿Estáis contenta?

Lise hizo solo una señal con la cabeza.

—Fédor—le dijo con voz tranquila, pero débil,—voy á dirigiros una súplica: no vayáis más á mi casa; marchaos lo más pronto posible; más tarde podremos vernos, un día, dentro de un año. Ahora, alejaos; hacedlo por mí, concededme esta gracia en nombre del cielo.

—Estoy dispuesto á obedeceros en todo; pero ¿vamos á separarnos así? ¿No me diréis ni una palabra?...

—Fédor, en este momento que marcháis á mi lado... á pesar de eso, estáis muy lejos, muy lejos de mí. Y no sois vos sólo...

—¡Acabad, os lo suplico!—exclamó Lavretzky.—¿Qué queréis decir con eso?

—¡Ya lo sabéis! Tal vez... Pero suceda lo que quiera, olvidadme... No, no me olvidéis, acordaos de mí.

—¿Yo olvidaros?

—Basta ya; adiós. Dejadme...:

—¡Lise!...—comenzó á decir Lavretzky.

—Adiós, adiós—repitió ella. Y bajándose aún más el velo, continuó su camino casi corriendo.

Lavretzky la siguió con la vista, y después, con la frente inclinada, se volvió, yendo á tropezar con Lemm, que iba con el sombrero metido hasta los ojos y la mirada fija en el suelo.

Hubo un momento de silencio.

—Y bien, ¿qué me decís?—preguntó al fin Lavretzky.

—¿Que qué os digo?—contestó Lemm con tono de mal humor.—No tengo nada que deciros. Todo ha muerto, y nosotros también. (*Alles ist todt, und wir sind todt.*) Vuestro camino es el de la derecha, ¿no es cierto?

—Sí, á la derecha.

—El mío á la izquierda. Adiós.

...Al día siguiente por la mañana, Fédor partió con su mujer para Lavriki. Bárbara iba delante con Adda y Justina en su coche, y él la seguía en su *tarantass*. Todo el camino fué la niña en la ventanilla, admirándose de todo, de las aldeanas, los campesinos, las *isbas*, los pozos, los *dougas*, los caballos, las campanas y el vuelo de los cuervos; Justina participaba de su admiración; Bárbara Pavlowna se reía de sus observaciones y sorpresa. Estaba de buen humor; antes de salir de la villa de O... tuvo una conferencia con su marido.

—Comprendo vuestra posición—le dijo; su penetrante modo de ver la demostró que nada podía ocultarle;—pero concededme al menos la justicia de comprender que soy fácil de contentar, y que no os importunaré ni os molestaré en manera alguna; quería asegurar el porvenir de Adda, que es cuanto me hacía falta.

—Sí, habéis logrado todo cuanto deseabais—le respondió Fédor.

—Ahora sólo sueño con enterrarme para siempre en la soledad; no olvidaré nunca vuestros beneficios.

—¡Vamos, pues!—dijo interrumpiéndola su esposo.

—Sabré respetar vuestra independencia y vuestra tranquilidad—añadió ella acabando la frase que tenía preparada.

Lavretzky le hizo un profundo saludo, y Bárbara com-

prendió que su marido le daba gracias en el fondo de su corazón.

Al día siguiente por la tarde estaban en Lavriki; una semana después partía Lavretzky en dirección á Moscou, dejando á su mujer cincuenta mil rublos para el gasto.

Al día siguiente de su marcha llegaba Pauchine, á quien Bárbara Pavlowna había rogado que no la olvidase en su retiro. Le recibió lo mejor posible, y hasta la caída de la tarde resonaron los compases de la música, los cantos y las conversaciones alegres en francés, en la casa y en el jardín.

Pauchine pasó tres días en casa de Bárbara Pavlowna, y al despedirse, estrechando fuertemente sus lindas manos, le prometió volver muy pronto, y cumplió la promesa.

XLIV.

Tenía Lise en el segundo piso de la casa de su madre un cuarto pequeño, limpio y claro para ella, cuyo mueblaje consistía en una cama blanca, una mesa de escribir, tiestos en los ángulos y delante de las ventanas, un estante con libros y un Crucifijo en la pared.

Aquel cuarto conservaba el nombre del cuarto de la niña. Lise había nacido allí. Al volver de la iglesia, en donde la había visto Lavretzky, lo arregló todo con particular esmero, limpió el polvo, examinó y ató cuidadosamente sus cuadernos y las cartas de sus amigas, echó la llave á todas sus cajas, regó las flores, tocándolas todas una á una. Hacía todo esto sin precipitarse y sin ruido; su rostro expresaba una preocupación dulce y conmovida. Al fin se detuvo en medio del cuarto, miró lentamente en torno suyo y se aproximó á la mesa, encima de la cual estaba colgado el Crucifijo, cayó de rodillas, apoyó la cabeza en las manos, fuertemente cruzadas, y quedó inmóvil en esta actitud.

Así fué como la halló Marpha, entrando momentos después. Lise no la había sentido venir, y la anciana salió en

puntillas, y al llegar á la puerta, tosió varias veces. Lise se levantó con viveza, se limpió los ojos, en donde brillaban las lágrimas en el borde de sus párpados.

—¡Ah! Ya veo que has arreglado de nuevo tu celdita—observó Marpha inclinándose como para oler una rosa abierta nuevamente.—¡Qué delicado perfume!

Lise miró á su tía con aire soñador.

—¿Qué palabras acabáis de pronunciar?—murmuró.

—¿Cómo qué palabras?—continuó vivamente la anciana.—¿Qué quieres decir? ¡Esto es horrible!—exclamó de repente arrojando al suelo la gorra y sentándose en la cama de Lise.—Esto es superior á mis fuerzas; van ya cuatro días que estoy como en un horno ardiendo; no puedo fingir por más tiempo, no puedo verte palidecer, secarte, llorar; no puedo, no puedo.

—Pero ¿qué tenéis, tía?—balbuceó Lise.—Yo no tengo nada...

—¡Nada!—exclamó Marpha.—¡Puedes decir eso á otros! ¡Nada! ¿Y quién estaba ahora de rodillas? ¿Quién tiene aún húmedos los ojos? ¡Nada! Pues mírame. ¿Qué has hecho de tu rostro, de tus ojos? ¡Nada! ¡Como si yo no lo supiese todo!

—Esto pasará, tía; dejad al tiempo transcurrir.

—Esto pasará, pero ¿cuándo? ¡Dios mío! ¡Señor! Pero ¿le amas de veras hasta ese punto? Si es un viejo, querida mía. Además, yo no digo nada en contra de él; es un hombre honrado, no critica. Pero somos todos buenas gentes; el mundo es muy grande, y hombres honrados como él siempre se encuentran.

—Os repito que esto pasará; ya ha pasado.

—Escucha, hija mía, lo que tengo que decirte—exclamó de repente Marpha, haciendo á Lise que se sentara sobre la cama á su lado, y arreglando unas veces sus cabellos, otras su *fichú*.—Ahora en el primer momento es cuando te parece que tu pena no tiene remedio. ¡Ay, alma mía! Sólo para la muerte no hay recurso. Di sólo con resolución: «¡Vamos, no quiero dejarme abatir!» Y te admirarás de cuán pronto y fácilmente pasa tu aflicción. Ten paciencia.

—Tía mía—volvió á decir Lise,—ya pasó, todo ha pasado.

—Pasado... ¿cómo ha de haber pasado, si estás toda conmovida? ¡Y me dices que ha pasado! ¿Es así como esto pasa?

—Sí, tía, ya ha pasado. Pero ¿querréis venir en mi ayuda?—exclamó Lise con una animación repentina, echándose al cuello de Marpha.—Querida tía, sois mi amiga, socorredme; no os enfadéis y tratad de comprenderme.

—Pero ¿qué es lo que sucede? ¿Qué hay, hija mía? No me asustes, te lo suplico; voy á gritar; no me mires así, habla pronto; ¿qué pasa?

—Quiero... quiero...

Lise ocultó el rostro en el pecho de Marpha.

—Quiero entrar en un convento—murmuró con voz sorda. La anciana dió un salto en la cama.

—Haz la señal de la cruz, hija mía; reflexiona en lo que vas á hacer. ¡Dios sea contigo!—balbuceó la buena señora.—Acuéstate, paloma mía, y trata de dormir un poco; todo esto, vida mía, proviene del cansancio.

Lise levantó la cabeza; sus mejillas estaban ardiendo.

—No, tía, no habléis así; estoy decidida; he orado, pidiendo á Dios consejo; todo se acabó; no puedo quedarme ya á vuestro lado. Una prueba como esta debe de dar sus frutos; no es ésta la primera vez que pienso en eso.

La dicha no está hecha para mí; entonces mismo, cuando la esperanza me sonreía, sentí oprimirse mi corazón. Ya lo sé todo, conozco mi falta y la de los demás, así como también la manera con que se enriqueció mi padre; ya lo sé. Es preciso expiar, expiar todo esto con la oración. Siento dejaros, dejar á mamá y á Lenotchka; pero no hay aquí nada que hacer, lo comprendo; no es aquí donde debo vivir; ya me he despedido de todos, he saludado á todo lo que hay en la casa por última vez; algo me llama que me dice que me encierre para toda la vida. No me detengáis, no me disuadáis, venid en mi ayuda ó me iré sola...

Marpha escuchaba con espanto á su sobrina.

—Está mala, delira—pensó.—Hay que mandar á llamar

al médico; pero ¿á cuál? Guedeonofski hablaba el otro día de un buen facultativo, pero como miente siempre... ¿Quién sabe si diría la verdad?

Peró cuando se hubo persuadido de que Lise no deliraba, de que no estaba enferma y que respondía acorde á todas sus objeciones, se afligió y se asustó seriamente.

—Pero ¿tú sabes bien, paloma mía, lo que es la vida del claustro? Van á mantenerte con aceite de cáñamo muy verde, vestirte de lienzo burdo, te harán levantar aunque haga frío, y no podrás soportar eso, Lise mía. La influencia de Agafea es la que obra sobre tí; ésa es la que te ha levantado de cascos. Pero ella comenzó por gozar de la vida; comienza tú también por vivir.

Déjame al menos morir tranquila, y después haz lo que quieras. ¿Se ha visto nunca eso de entrar en un convento por amar á un hombre? Dios me perdone. ¡Por una futesa! Pues bien: si no puedes más, haz una peregrinación, vé á rezar á algún santo; pero no tomes el velo. Vamos, vamos, hija mía...

Y Marpha se puso á llorar amargamente.

Lise la consolaba, secando sus lágrimas, llorando también, pero seguía inflexible. En su desesperación trató Marpha de amenazarla prometiendo que diría todo á su madre; trabajo inútil. Sólo á fuerza de muchas instancias obtuvo de Lise que retuviera la ejecución de su proyecto seis meses; en cambio, Marpha trató de ayudarla á obtener el consentimiento de su madre si á esos seis meses no cambiaba de resolución.

Apenas comenzó el frío, cuando Bárbara Pavlowna, bien pertrechada de dinero, y á despecho de su promesa, abandonó el campo y fué á establecerse en San Petersburgo, en donde tomó un cuarto modesto, pero elegante, buscado por Pauchine.

Éste había dejado el gobierno de O... antes que ella. En los últimos tiempos de su estancia en O... había por completo perdido la benevolencia de María, y cesado de repente de ir á verla y casi no salía de Lavriki. Bárbara Pavlowna se había apoderado de él al pie de la letra: no es

posible usar otra frase para expresar el poder absoluto y sin límites que ejercía ésta sobre su voluntad.

Lavretzky pasó el invierno en Moscou, y en la primavera siguiente supo que Lise había entrado en el convento de B..., en una de las provincias más retiradas de Rusia.

(Se concluirá.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



TERMINADA la legislatura, puede decirse que la política se ha declarado en huelga; sacáronla de su centro de acción, del campo de sus operaciones, del Parlamento, donde con tan absoluto dominio impera, provocando debates que son escándalos, atizando las pasiones que se convierten en aceradas armas de combate, abriendo horizontes á la discordia, poniendo en choque perenne doctrinas y personalidades, como si todo eso, la lucha por el poder, el interés del medro, las satisfacciones de la ambición ó el amor propio contribuyeran de ningún modo, poco ni mucho, á regenerar las condiciones oficiales de la patria, á mejorar la administración, á aminorar la deuda, á aliviar los tributos, á facilitar nuevas perspectivas al desarrollo del comercio, al progreso de la industria, al bienestar de la agricultura.

Pasan esas solemnes discusiones políticas, en las que todo se controvierte, hondos problemas legislativos, fútiles inconsecuencias de los hombres de partido, el más ó el menos de libertad fantástica de que en la esfera pública se disfruta, y después de aquellos aparatosos alardes de verdadera elocuencia tribunicia, estéril manifestación de las brillantes aptitudes que por regla general distinguen en tal concepto á nues-

tros estadistas, que son quizá los primeros oradores del mundo, las Cortes se cierran, el recinto de las Cámaras yace en la soledad del abandono más completo, y nadie vuelve á acordarse de las reñidas contiendas sostenidas con verdadero ensañamiento por una y otra parte y terminadas luego con un afectuoso apretón de mano en los pasillos ó alguna plácida ingeniosidad en el salón de conferencias.

¿Qué queda del último debate político apenas trascurridos quince días? Quedan en el *Diario de sesiones* del Congreso unas cuantas páginas modelo de galanura de dicción, de brillantez de imágenes, de intencionadas impugnaciones y hasta de profundos conceptos, si se quiere. ¿Algo más? Nada más. Las cosas siguen como estaban, el Gabinete intacto, con abrumadora mayoría en los dos Cuerpos colegisladores, siquiera desprestigiado en la opinión, que censura enérgica sus procedimientos y protesta indignada de sus mistificaciones.

De mogollón, en tropel, por relación, que se dice en los centros burocráticos, han sido á última hora aprobados y sometidos al *exequátur* de la sanción regia todos esos múltiples proyectos de concesión de carreteras, de subvención á empresas, de trasferencias de crédito, etc., etc., que, navegando en conserva de leyes más trascendentales é importantes, forman ya parte de nuestro complicado mecanismo jurídico-administrativo.

¿Reportará de todo ello algún beneficio cierto y positivo el agobiado país contribuyente, las clases que producen y trabajan, la decantada reorganización del ejército, el consabido fomento de la marina de guerra? Triste es decirlo, pero es más triste todavía tener que reconocerlo. La prosperidad material, la prosperidad más digna de preferente atención y solícito cuidado de parte de los Gobiernos, nada ha ganado en estos últimos tiempos de la dominación fusionista, cuya nota característica es la negación en el poder de todos los principios que había afirmado en la oposición.

¿En Hacienda?... Yo, dice el Sr. Cuesta, sigo y seguiré denodadamente los planes rentísticos y financieros del señor Camacho. Ya se sabe cuál ha sido el resultado de esos planes.

¿En Gobernación?... El Sr. Gullón no se distingue ciertamente por su iniciativa, de la que no tenemos (¡desgraciados!) ni una sola prueba.

¿En Ultramar?... El Sr. Núñez de Arce plagia lamentablemente como Ministro (él que es tan original como poeta), las singulares componendas de sus compañeros de Gabinete.

¿En Marina?... El Sr. Rodríguez Arias no hace, ni hará nada. Ya ha dicho candorosamente que no tiene dinero ni se lo dan, como si dentro del actual presupuesto no hubiera términos hábiles para entrar á saco á ese cúmulo de abusos, intemperancias é irregularidades que constituyen el actual modo de ser de nuestra Armada.

¿En Estado?... Aún se recuerda con vergüenza, en esta tierra donde tan fácilmente se olvida todo, el fracaso de Saida, significativo precedente de las malhadadas aventuras de Santa Cruz de Mar Pequeña.

¿En Guerra?... Hablen por nosotros los periódicos militares, hablen los oradores del Congreso, muchos de ellos amigos íntimos y hasta hechura del General Martínez Campos, que, al combatir el presupuesto del ramo, han hecho la más lóbrega pintura del presente y el porvenir de nuestro ejército, falto del material más indispensable, exuberante en personal, mal dotado y peor comido.

¿En Gracia y Justicia?... Lo que con relación á ese departamento sucede no tiene nombre. Un republicano de la víspera, monárquico del día siguiente, pecador antes y después contra el prestigio de su representación y las conveniencias del Estado, trasiega jueces y fiscales á su antojo, soporta con resignada tranquilidad las más graves acusaciones, ve con ojos de aparente indiferencia la justificada sorpresa que produce su continuación en los Consejos de la Corona, y con todo transige, de todo prescinde y á todo se somete á cambio de prolongar un día más el amargo disfrute de su inopinado y perturbador encumbramiento.

Sólo el Sr. Gamazo, dicho sea en honor de la verdad, ha dado muestras de hallarse á la altura de su cargo, alentando esperanzas de que su paso por el Ministerio de Fomento ha de dejar honrosa y satisfactoria huella. Muestras, sin embar-

go, y nada más: que aún espera una mirada compasiva el estado lastimoso de la instrucción pública, víctima irredenta de la proverbial despreocupación del Sr. Albareda.

Por lo demás, la situación de los partidos no aparece suficientemente esclarecida en términos que un criterio imparcial y desapasionado pueda señalar ni siquiera con jalones el camino reservado á la marcha de los sucesos en España. ¿Es un hecho la formación de la izquierda? ¿Tiene verdadera significación de bando importante con principios determinados, jefe reconocido y enseña respetada?

No hablemos del Duque de la Torre. Por caduco ya y por impotente, los elementos congregados bajo su honoraria jefatura buscan ávidos un verdadero jefe de pelea capaz de inspirarles en la lid el arrojo de que se sienten faltos y de conducirlos á la victoria arrollando al Gobierno del Sr. Sagasta. ¿Pero dónde está ese jefe? El Sr. Martos declara que no quiere serlo; que simpatiza con la izquierda, que comparte los ideales de sus hombres, ya que éstos se hallan propicios á acatar sumisamente los de aquél: no puede pedir más; pero protesta de su filiación en el nuevo partido, de su ingreso en ese ejército en el que, todo lo más, se aviene á figurar como cuerpo franco. De esta suerte las cosas, en esta actitud la única personalidad con prestigio é importancia suficientes para dirigir las desmanteladas huestes del General Serrano, la desorganización es su patrimonio, errar por el desierto de los desengaños su indefectible porvenir.

Con lo cual, rotas en definitiva las capitulaciones matrimoniales entre sagastinos y demócratas, éstos se alejan cada vez más de la tierra prometida y aquéllos desmienten lastimosamente la misión que pretendieron realizar al encaramarse, mediante *la crisis del miedo*, según la llamará la historia, á los primeros puestos en la administración de los intereses nacionales. Si el actual Gobierno no representa la causa de la libertad, ¿qué representa? El orden tiene más respetables y más autorizados órganos.

El exiguo grupo del Marqués de Sardoal, incrustrado en la mayoría, empieza á darse por defraudado y á mostrarse resentido, visto que apenas se le otorgan otros honores ni

otra pró que los consigüentes á la calidad de escolta, en cuyo rango vive dentro del vivac ministerial.

Los progresistas de buena fe, muy raros, vivaquean también mal contentos y mohinos, como quien debe y no paga. Persuádense de que prometieron y no dan, de que son apóstatas convictos y confesos.

¿Cuál solución surgirá de todo este cúmulo de contradicciones y desaciertos, pugnas y malquerencias? Por el pronto, ya lo hemos anticipado, la política es diosa que rinde su cetro y amansa sus impaciencias durante los ardores del estío. Trascurrirá el verano, y entonces... entonces el Sr. Sagasta lo menos se atreve á cambiar dos, á lo sumo tres, de sus colegas de Ministerio.

*
* *

Tiene grandísima importancia y ha de producir eficaces resultados la reunión en Valencia de un Congreso sociológico, al cual han acudido más de 250 miembros representantes de gremios, instituciones y sociedades diversas.

Allí han tenido elocuentes órganos el socialismo más radical y el individualismo más intransigente. El orden más completo ha imperado, sin embargo, en los debates. No es esto poco, como lisongero síntoma del adelantamiento de las costumbres, escudo seguro de la tolerancia recíproca de las ideas.

Allí se ha abogado por el socialismo práctico y se ha dicho que los obreros piden trabajo y rechazan la caridad del Estado y la de la Iglesia; que esto no implica el colectivismo, porque la propiedad es respetable mientras los capitalistas respeten los derechos de los obreros; que el Estado debe incautarse de la propiedad ó del capital que no se haga servir á la producción y que permanezca inactivo, por ejemplo, los campos que yacen incultos, los montes; que siendo misión del Estado evitar el mal social, debe usar de estos medios preventivos para que no se produzcan los hechos de *La mano negra*; que hay obreros *armónicos*, es decir, que aspiran á la armonía entre el

capital y el trabajo, porque el individualismo es anárquico y perturbador, más que el colectivismo y la anarquía misma; que la instrucción no es bastante por sí sola para resolver el problema social, cuando el obrero no cuenta con suficientes elementos de subsistencia; que para resolver los conflictos entre el capital y el trabajo deben nombrarse los Jurados mixtos que tengan la garantía del Estado, así como éste debe regular el trabajo de niños y mujeres.

Se ha afirmado también que la cuestión social no es mirada con bastante interés por los capitalistas á quienes más de cerca interesa; que el conflicto de la cuestión social dimana de las tendencias contrarias, de parte del capitalista á aumentar sus beneficios, y de parte del obrero á mejorar su salario; que debe resolverse por mutua transacción de unos y otros, inspirándose en el principio de la solidaridad de intereses de la producción, y en este sentido que la solución debiera ser individualista, completándose con la acción del Estado, el cual puede explorar y hacer la estadística de los puntos en que haya necesidad de braceros y frontadantes gratuitamente; que la caridad es contradictoria del ahorro del obrero; que conviene el establecimiento de sociedades obreras de crédito personal y sociedades cooperativas de producción y consumo.

Se ha argüido, por fin, que la cuestión social reviste aspecto puramente económico, pero que tiende á convertirse en problema político, como lo demuestran las frecuentes perturbaciones del orden público; que el cuarto estado está llamado á serlo todo, como lo es el tercer estado en los tiempos presentes; que lo que debe hacer la libertad de patronos y obreros y se reconoce como conveniente por todos, es preciso que lo imponga el Estado haciéndolo obligatorio, y en su consecuencia, que el Estado debe imponer los Jurados mixtos para dirimir las diferencias entre capitalistas y obreros.

Los debates han sido sustanciales y han demostrado que en los tiempos modernos los fines sociales se sobreponen á las cuestiones políticas. El pan es el gran ariete de la transformación social de que el mundo está en inminente perspectiva. Poco importa que se dé al pueblo una línea más

ó menos de libertad política si no tiene la libertad civil, que ha de permitirle asegurar su sustento.

Uno de los más importantes acuerdos del Congreso sociológico ha consistido en declarar que la solución de la cuestión social, en cuanto se refiere á la mejora de los trabajadores, debe fundarse en el ejercicio del derecho de asociación, á fin de que alcancen su debido desarrollo las instituciones de previsión, mutualidad y patronato, en interés de los obreros, como las de relación y armonía en interés del trabajo y del capital; y por otra parte, el Estado debe contribuir á la solución del problema social de un modo exclusivo en cuanto al reconocimiento y consagración del derecho, y temporal supletorio y suficiente, en cuanto á su poder tutelar.



Pocos años, al llegar la presente estación en que como dictador nos tuesta y exaspera el sol, dejan de registrar el folletín y la gacetilla discusiones á mano armada, batallas campales y *pseudos* lances de honor con navaja ó con florete, que ponen en riesgo la seguridad y la vida de personajes más ó menos conocidos en los barrios bajos ó entre las clases altas, en la plaza de Toros, en el Ayuntamiento ó en el Congreso de los Diputados.

A la lista de esos crímenes vulgares, acogidos con desdeñosa indiferencia por los murmuradores y hasta por las autoridades, hay que agregar en la presente crónica dos episodios más ó menos caballerescos, pero de suyo interesantes por la calidad de las personas que en ellos han tenido papel de protagonistas.

Los Jardines del Buen Retiro presenciaron la vindicación violenta de una supuesta ofensa, que llevó á la casa de socorro primero, y postró en el lecho del dolor después á un conocido periodista, cuyo pecado consistió, por lo visto, en hacer su estilo de la misma condición que su apellido.

El Circo Hipodromo estuvo á punto de ser testigo de otra

colisión entre periodistas también (el periodismo va á acabar por posponer la pluma á la lanza), y aun transpira en la prensa diaria, y es de tener produzca á la postre consecuencias la cuestión al parecer terminada junto al Dos de Mayo.

Como si el cólera, segur en mano, no amenazase cortar él solo todos estos disentimientos bélicos, que empiezan por sentar la exclusivista teoría de que hay quienes *no caben juntos en el mundo*.

¿Qué mayor justificación para los exterminios del viajero del Ganges?

U.





REVISTA EXTRANJERA

DASARON en París, sin demostraciones de grande entusiasmo, esas fiestas del 14 de julio con que la República francesa quiere enaltecer la fecha memorable del 14 de julio de 1790. Se ha inaugurado, no obstante, la estatua de la República en la plaza del Château-d'eau, y con este motivo pronunció Mr. Oustry, prefecto del Sena, el imprescindible discurso, fotografiado en las siguientes palabras: «En julio de 1789, la nación repetía el grito de libertad dado por los vencedores de la Bastille. Su soberanía se levantaba sobre las ruinas del absolutismo. Hoy también, entre las oleadas de hombres agrupados al redor de la estatua de la República, que la saludan con sus aclamaciones, se ven ciudadanos procedentes de todos los puntos del territorio, porque esta es la fiesta de la democracia francesa.»

Pero en esta fiesta nacional no quiso tomar parte el Gobierno, porque sabía que el Presidente del Ayuntamiento, Mr. Mathé, en el discurso que había de pronunciar en aquella ceremonia, no sólo reclamaría la autonomía municipal, sino también el indulto de los anarquistas de Montceaut-les Mines, de Luisa Michel y sus cómplices. El Gabinete presidido por Mr. Ferry se encontraba, pues, en condiciones sin-

gulares. Hostil por necesidad á la organización de la autonomía comunal, no podía autorizar con su presencia la fiesta, sin aparecer como asociándose á las reivindicaciones autonomistas de los ediles parisienses; no podía dejar pasar sin protesta el voto formulado en favor de los anarquistas condenados en Riom, Lyon y París, porque este voto condenaba las decisiones de los tribunales de justicia y el acuerdo de la Cámara que rechazó la proposición de amnistía presentada por Mr. Barodet.

La ceremonia tuvo, pues, un carácter exclusivamente municipal, viniendo á ser una protesta de la anarquía contra el orden legal. Al rededor de la estatua levantada en la plaza del Château-d'eau afirmó la *commune* el 14 de julio su derecho de ciudadanía, y al caer el velo que cubría aquel monumento apareció á la vista de los franceses el símbolo del imperio de la demagogia que incendió la gran ciudad y ensangrentó sus calles.

*
* *

Los nombres de Francia y de Inglaterra ocupan durante los últimos quince días las columnas de los periódicos europeos. Se trata en primer término del canal de Suez, definitivamente é irremediabilmente en manos de los ingleses, por más que otra cosa parezca.

Creyéndose el Sr. Lesseps dueño de su propiedad y teniendo en su poder la concesión exclusiva de todo canal marítimo entre el Mar Rojo y el Mediterráneo en Egipto, quiso abordar ante el Gobierno de S. M. Británica la cuestión del porvenir de su empresa, ya bajo el punto de vista de las mejoras que su propiedad exige, ya en lo concerniente á los derechos y tasas que han de percibir los propietarios del canal.

El Gobierno inglés, reconociendo el derecho del señor Lesseps, parecía animado de un espíritu generoso y de un gran respeto al derecho, firmando sobre el particular un acuerdo los Ministros de la Reina y el Sr. Lesseps. En virtud de este acuerdo los accionistas del canal marítimo de

Súez se comprometían á practicar inmediatamente un segundo canal ó, para hablar con mayor exactitud, á duplicar la vía actual, que hoy se considera insuficiente para el servicio, suprimiendo la tasa especial de pilotaje y disminuyendo los derechos de tránsito á proporción del aumento de los productos hasta llegar al *mínimum* de cinco francos por tonelada.

Pero rotas y sin efecto han quedado al fin las estipulaciones de tal convenio. La opinión pública se ha pronunciado de una manera enérgica en Inglaterra contra el acuerdo de Lord Gladstone, y atemorizado éste ante la estrategia parlamentaria del jefe de la oposición, Stafford Northcote; asustado ante la coalición de conservadores, irlandeses, radicales y hacendistas; perplejo ante las vacilaciones de sus propios amigos y el poder de sus enemigos en el Parlamento, ha querido ante todo salvar la cartera que se le escapa de las manos, decidiéndose á abandonar la realización del convenio que ya había firmado.

De lo ocurrido resulta que el Ministerio británico, apoyado en declaraciones de los letrados de la Corona, ha reconocido y proclamado formalmente el monopolio exclusivo de toda comunicación marítima entre ambos mares por el istmo egipcio, monopolio otorgado por noventa y nueve años á la compañía del canal de Súez, presidida por Lesseps. Pero en contra de esta declaración y de este reconocimiento se presenta un sentimiento de hostilidad ruidosamente manifestado en la prensa de todos matices, en los *meetings* populares y en el Parlamento.

Pueden los hombres de Estado, que forman el actual Gabinete inglés, respetar los derechos de Mr. Lesseps, principalmente porque Inglaterra se considera hoy señor de Egipto y su posición conquistada á orillas del Nilo le impone una circunspección que en otro caso no tendría; pueden los actuales Ministros creer que no ha llegado aún el momento de provocar la implacable enemistad de los franceses; pero no hay que hacerse ilusiones: existen en la atmósfera y en la opinión pública, á orillas del Támesis, pronunciadas corrientes anti-francesas, que la política explota, y que pudieran en

un momento dado romper las buenas relaciones oficiales que aún existen, y despertar todas las pasiones y antiguos rencores de raza. Si, como es muy posible, llegase hoy al poder un Gabinete tory, bastaría el más insignificante incidente para destruir la aparente armonía; y no cabe duda que en el caso de una guerra europea ó de una insurrección en las Indias, Inglaterra, cualquiera que fuese el partido gobernante, se apoderaría inmediatamente del canal de Suez para defender esa gran vía marítima por todos los medios posibles, á pesar del Sr. de Lesseps y contra el mundo entero.

La política alemana ha conseguido aislar completamente á Francia en Europa. Tiene ya formada la liga de las potencias centrales; no puede dar la República un paso en el continente sin verse expuesta á peligrosos conflictos, y el día en que exista una verdadera inteligencia entre el Imperio alemán y la Gran Bretaña, podrá darse por concluída la acción del Gobierno francés en el mundo entero.

No es Inglaterra, por lo visto, partidaria del sistema de las compensaciones. En las dificultades que ha encontrado Francia en sus relaciones con el Bey de Túnez y los agentes italianos, no se puso la diplomacia inglesa del lado de los intereses franceses; en la expedición que llevó tropas francesas á Túnez encontró el Gabinete de París serias dificultades suscitadas por Inglaterra; en la del Congo y en la del Tong-King, y hasta en Madagascar, los intereses mercantiles de Inglaterra presentan una actitud de consecuencias poco tranquilizadoras en favor de la buena amistad que se proclama.

No hay más que un consuelo para Francia, y es que la opinión inglesa no tiene todo el eco necesario en Europa. En el ardor de su acción, cada vez más expansiva, no quieren los ingleses comprender que en su impetuosa carrera chocan un poco en todas partes, como acaba de demostrarse en la famosa cuestión de las medidas contra el cólera: toda Europa echa en cara á la señora de Egipto que su policía sanitaria haya sido mucho menos severa que la del antiguo Gobierno indígena, anteponiendo sus intereses particulares á las garantías que todos los países consideran indispensables para evitar la invasión de la epidemia; todo Europa pregun-

ta lo que significa ante tales hechos la solidaridad de los pueblos civilizados en la obra humanitaria.

Pero lo prudente, lo cuerdo para Francia, no contando con amigos ni aliados, sería indudablemente seguir una política tranquila, huir de aventuras, renunciar á vastos horizontes, fortificarse en medio del recogimiento, no dar á nadie pretexto para el ataque y esperar que los sucesos permitan salir de una situación creada por circunstancias fatales.



Fácil es observar que una mala estrella persigue las llamadas expansiones coloniales de la República francesa.

—¿Estamos en guerra con el Annam?—preguntaba hace pocos días el Duque de Broglie al Ministro de Negocios extranjeros Mr. Challemel-Lacour.

La ruptura de las negociaciones con la corte de Hué parece que constituye un estado de guerra; pero la guerra no debe existir, porque nada se ha dicho de ello á las Cámaras ni á las potencias extranjeras, lo que sería violar á la vez la Constitución y el derecho internacional. Sin embargo, Mr. Challemel-Lacour creyó poder salir del paso diciendo que Francia no está ni en paz ni en guerra con la corte de Hué, aunque esto le inquieta muy poco, como tampoco le inquieta el averiguar si los soldados franceses han de verse enfrente de tropas indisciplinadas ó de un Gobierno formal y bien pertrechado. Dispénsenos el Sr. Ministro francés; la cuestión es, sin embargo, muy importante. Si existe un conflicto con el Annam, el cuerpo expedicionario es insuficiente, tienen que duplicarse ó triplicarse las fuerzas expedicionarias y los sacrificios de hombres y de dinero que ha de costar la conquista, y todo ello debe interesar grandemente á las familias de los soldados y á los contribuyentes llamados á sacrificar sus intereses.

Por otra parte, graves dificultades surgen del lado de Madagascar. Parece que el Almirante Pierre, habiendo bloqueado y bombardeado Tamatave y la costa, ha aprisionado después

al secretario del cónsul inglés y á varios misioneros británicos, miembros de la *London Missionary Society*, acusados de haber mantenido inteligencias con el enemigo. Tamatave ha sido declarada ciudad francesa, se han hecho desaparecer las banderas consulares, diciéndose á los cónsules que estaban en la obligación de hacerse acreditar por sus respectivos Gobiernos.

Esas noticias, no confirmadas todavía, han sido muy bastantes á suscitar acaloradas discusiones en uno y otro lado del canal de la Mancha. Bien puede ser que se hayan abultado los hechos; pero lo cierto es que el almirante Pierre, vencedor de los hovas, será sacrificado á las exigencias inglesas. Asegúrase en efecto que el Vicealmirante Peyrou, prefecto marítimo de Tolón, ha sido llamado por telégrafo á París y es el designado para reemplazarle en el mando de la división naval del Mar de las Indias.

Los ingleses dicen que Pierre debió limitarse á ocupar la aduana de Tamatave y que no es hora ya de protestas platónicas. El *Times* ha recibido un despacho de Calcuta diciéndole que las autoridades militares de aquella ciudad y las de Bombay tienen la orden de informar acerca del número de buques disponibles para el transporte de tropas, y que el *Euryalus* y el *Tourmaline* han salido de Trinquemale para la isla de Mauricio.

Y es natural la actitud de Inglaterra. Hay en el fondo un negocio y la especulación fué siempre el agente que más eficazmente movió á los diplomáticos de Londres.

Las misiones fueron siempre en manos del *Foreing-Office* un instrumento, no precisamente de civilización, sino de colonización pacífica.

Los hovas son hoy los neófitos de los pastores galicanos. Estos les animan con su apoyo, les impelen á la conquista de la isla entera, seguros de reinar con ellos. Los malgachos, de origen malasio, reducidos primero á la pequeña provincia de Imerina, han crecido rápidamente y aun se les considera superiores á las demás razas, aunque su cultura es muy poca. Groseramente supersticiosos y sujetos á la autocracia despótica que reina en Madagascar, con creencias gro-

seras, considerando como á un sér sobrenatural á todo sabio, á todo individuo que se distingue por sus acciones, han sido materia disponible y un gran elemento para la productiva propaganda inglesa. Los misioneros de Londres vieron un anchísimo campo abierto á sus esfuerzos; los apóstoles anglicanos aparecían como filántropos devotos y pastores celosos en catequizar las almas; pero más que de revestir el espíritu de sus catecúmenos con la ciencia divina, se cuidaron de cubrir los cuerpos con telas de procedencia inglesa; la divina religión de Jesús produjo demandas de mercancías, y el negociante siguió paso á paso al evangelista.

Desde que se introdujo el cristianismo en las islas de la Polinesia, cada misionero protestante da al comercio europeo y americano 10.000 libras esterlinas anuales; los misioneros de Madagascar no han llegado á tanto; pero según confiesa Mr. Libree, la ganancia que cada uno de ellos representa para Inglaterra, todo *ad majorem Dei gloriam*, representa unas 2.000 libras de importación anual.

Después del breve reinado en la isla de Madagascar de Radama II, soberano de rara independencia y de incontestable elevación de miras, los propagandistas anglicanos dominan con Ranabalona II, que continúa la dinastía de las Reinas, habiendo definitivamente terminado la influencia católica y francesa. La crisis actual estaba, pues, prevista, y lo sensible para Francia es que haya surgido en los momentos en que la República tiene tantos asuntos sin resolver sobre el tapete.

*
*
*

El Gabinete Ferry ha conseguido del Senado francés poderes discrecionales que le permitirán, durante los tres meses de vacaciones parlamentarias, disponer arbitrariamente del personal de los tribunales de justicia.

Esperaban algunos que aquella alta Asamblea se negaría á abordar ese complicado asunto de la reorganización de la magistratura, ó cuando menos daría toda la amplitud posible á un debate que envuelve la independencia de los jueces y

los derechos de los acusados. Pero no ha sucedido así: los últimos días de la independencia de la magistratura francesa llegaron, y la prensa entera se lamenta que se haya hecho cuestión de partido la noble institución de la justicia, heredera de las tradiciones de los antiguos Paramentos, que había sobrevivido á todos los regímenes.

El magistrado, según el nuevo sistema, no es más que un servidor del Gobierno, y la palabra servidor puede difícilmente conciliarse con la idea de independencia. Se quieren de los magistrados servicios; se ha querido una ley de venganza política; y armado con ella el Ministro, puede suprimir, destituir y obrar en una palabra arbitrariamente, satisfaciendo todos los rencores de partido y todos los apetitos posibles, obrando al capricho de intrigas y denuncias interesadas.

El Gobierno republicano ha conseguido su objeto. Tendrá jueces absolutamente republicanos, ó mejor dicho, exclusivamente políticos. Lo de menos es la majestad de la justicia.

*
* *

El mundo entero ha seguido con el mayor interés y hasta con evidente simpatía el curso de la enfermedad y del alivio del Conde de Chambord. Algunos días hace que los amigos del augusto enfermo le consideran salvado, aunque la ciencia esté incierta ante un mal que le ha tenido á las puertas de la tumba y los más ilustres doctores se limiten á hipótesis que dan lugar á dudas sobre la naturaleza de una afección, todavía envuelta en el misterio.

La muerte del Conde de Chambord ejercería indudablemente extraordinaria influencia en la situación del partido monárquico. Su curación exaltaría el entusiasmo y el sentimiento religioso de aquellos que en la monarquía ven la encarnación del derecho divino. Cuando nació Enrique de Borbón, le llamaron «hijo del milagro;» si llega á salvarse, á pesar de los siniestros pronósticos, sus partidarios saludarán en él al protegido del cielo.

Pero es también evidente que no todos los monárquicos

profesan culto al dogma político y tradicional que representa el Conde de Chambord. La sumisión de los Príncipes de Orleans al jefe de la casa de Borbón en 1875, fué un acto destinado á realizar la unidad dinástica, sin fusionar las dos grandes fracciones del partido monárquico, la que sigue afecta al antiguo régimen y la que acepta las ideas y las conquistas de la revolución moderna.

Y las diferentes aspiraciones entre los partidarios de la monarquía autoritaria y de la monarquía parlamentaria, entre los liberales de 1830 y los intransigentes de la Restauración son precisamente hechos inevitables de que pudiera aprovecharse la República, si esa República hubiese tenido el buen criterio de abrir á todos franca, solemnemente y de par en par sus puertas, siendo respetuosa hacia todos los derechos y conservadora de todas las libertades.

El antagonismo de larga fecha acentuado, fatal é innegable entre orleanistas y legitimistas, daría nuevas fuerzas á instituciones sensatas y libres de persecuciones, violencias y ostracismos, dividiendo á sus enemigos y aumentando la imposibilidad material de sustituir lo existente.

Ni ese buen sentido ha tenido la República que hoy se halla, por desgracia de los franceses, en poder de modernos jacobinos.

S.

